



EL CHOCOLATE

DEPOSITADO EN LA BIBLIOTECA DEL
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Entre las muchas observaciones que hicieron los historiadores de la conquista de Méjico, y que trasladaron como curiosidades, á los libros que escribieran para dar fe de presencia en tierras hasta entonces ignoradas de los sabios del Antiguo Mundo, merece fijar la atención, aunque no sea más que por un momento, en el hallazgo de una bebida, que, usual entre los súbditos de Motezuma, fué alabada, apenas conocida, por los acompañantes de Hernán Cortés.

Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* al hablar de la manera y persona del grande Motezuma y «de cuán gran señor era», dice así: «Traíanle frutas de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca y de cuando en cuando; traían unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres (*en este lenguaje habla*); entonces no mirábamos en ello, mas lo que yo vi, que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao, con su espuma, y de lo que bebía, y las mujeres le servían al beber con gran acato: y al tiempo de comer le servían algunos indios truhanes que le decían gracias y otros que le cantaban y bailaban, porque el Motezuma era muy aficionado á placer; y á aquellos mandaba dar

de los relieves y jarros de cacao. Luego comían los de su guarda, y otros muchos, sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo; pues jarros de cacao, con su espuma, como entre mejicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita». (Véase Caldera (*Trib. med. mag. et polit.*, p. 467). Vemos por esta descripción, no tan sólo el buen regalo del infortunado monarca, sino la curiosidad despertada en el historiador, ante el uso de semejantes jarros con bebida tan gustada y sabrosa.

Por curiosidad unos, y por no hallar bebida de más agrado otros, debieron catarla los conquistadores; y si de primera intención no pudo ser aceptada como agradable al paladar, luego admitida fué como alimenticia, para estómagos de débiles y delicia de glotones. Y como pruebas de nuestro aserto, podríamos citar el instinto de imitación que guiara á aquéllos, y las públicas manifestaciones de desagrado de soldados como Benzo, que á falta de bebida más gustosa, toleraron la mejicana, aunque confesando era más propia «de puercos que de hombres.» Pero la costumbre hace ley, y presto cundió entre los extranjeros la moda de la nueva bebida hecha con cacao; y no sólo fué incluído éste en material de exportación, sino que fué aceptado el fruto como moneda corriente, entre propios y extraños; llegando más tarde á servir como pago de derechos municipales, ya que no lo fuera por derecho de conquista. Y este hecho puede verse consignado, tanto en la obra de Antonio Herrera, escrita á principios del siglo XVII, como en *La histoire du Nouveau Monde*, impresa en 1640 de Jean de Laet, el cual hasta asegura que las limosnas se hacían en aquella clase de fruto. Al ser introducido en España el cacao, también hubo quien pensó en utilizarle como moneda, y tal vez con razón sobrada, en aquellos tiempos tan escasos de dinero como sobrados de tributos, y que tan magistralmente describiera Quevedo en sus *Sueños... y vigiliás*. Y pueden recordarse con este motivo los *Memoriales impresos*, de Fr. Pedro Flores de León, regente de los Estudios de San Basilio, de Salamanca, y en los que trató de la introducción en Cas-

tilla del cacao como moneda, alegando, «que por su sequedad y dureza tenía permanencia sin corrupción, y propiedad para ser moneda menuda y municipal, como lo era en Nueva España. Que hecho ó deshecho le quedaba siempre su valor iutrínseco, y fácil de introducir para las cosas menudas, de ocho reales abajo. Que sería moneda que no se podía cercenar, falsificar ni adulterar, etc.» Ahora bien, para poder formar una idea del valor del cacao á fines del siglo XVI y comienzos del XVII no hay más que tener en cuenta que la *carga* valía 400 pesos oro, y la *carga* se dividía en tres *xiquipilis*; el *xiquipil* en veinte *contles*, y el *contle* tenía cuatrocientos cacaos. A mediados del siglo XVII, el precio de la *carga* bajó á cincuenta pesos de oro.

La fecha exacta de la introducción del cacao en España no es bien conocida, pues mientras algunos autores aseguran que á la vuelta de Hernán Cortes dieron á conocer sus acompañantes las delicias de la bebida mejicana, y como testimonio trajeron el fruto de Nueva España, otros historiadores, fundados en la biografía del italiano Carletti, el cual dió á conocer en Florencia la bebida de cacao, atribuyen á este viajero la importación del nuevo fruto en la vieja Europa. Creemos es más razonable la primera presunción, pues, si bien es cierto que hasta principios del siglo XVII no se extendió por España el conocimiento de tal bebida, tal vez fuera causa de ello el servir de manjar sólo en la mesa de los potentados y ser muy escasos los que pudieran gustarle, siendo como era de difícil adquisición por su alto precio. Además de estas suposiciones, pudiéramos citar como dato curioso que mucho antes de la vuelta de Carletti á Florencia (1606) habían traducido é impreso en Venecia la obra del dominico Luis López, con fecha del año 1590, y en ella se hacían referencias del cacao y del modo de tomarlo en bebida, á usanza de mejicanos. De todas maneras, hasta principios del siglo XVII no se generalizó el uso del chocolate como bebida, como lo prueba la relación *De potus chocolatis*, escrita en 1663, en la cual su autor, el médico Gaspar Caldera, dice que «el chocolate había empezado á usarse hacía cuarenta años».

Para conocer los componentes que entraban en la fabricación del chocolate para uso de los mejicanos es suficiente el copiar el nombre de aquéllos, según están impresos en el libro de Juan de Barrios, dado á la imprenta en 1609. Los ingredientes eran: el cacao, xochinacatzli, pimienta de Tabasco, tilxochítl, mecaxochítl, achiotl, atole, azúcar, agua tibia y chile, productos todos ellos de aquel país, tan rico en excitantes. En España se reformó algo la fórmula de los componentes del chocolate, y en 1618, según el testimonio del Dr. Marradón, de Marchena, á cien cacaos había que añadir libra y media de azúcar, dos onzas de canela, catorce granos de pimienta de Méjico, media onza de clavo y dos reales de anís y achiote, pudiendo añadirse almendras, nueces y agua de azahar. Años después, el Dr. Colmenero, de Ledesma, modificó esta fórmula, haciendo la pasta con la proporción de á cien cacaos agregar media libra de azúcar, dos granos de pimienta, anís, clavo, rosas de Alejandría, campeche, canela, almendras, nueces y la cantidad suficiente de achiote para dar color.

Siguiendo estas fórmulas, más ó menos al pie de letra, se fabricó el chocolate en España durante el siglo XVII y parte del XVIII, y para llevar á cabo esta elaboración se guardaron escrupulosamente las prácticas de los mejicanos, no sólo en el difícil arte de tostar el cacao, sino en la manera de hacer la trituration de él y el modo de mezclar los componentes de la pasta. Y así vemos que el tostado se hacía en vasijas de barro y «despedida la cascarilla y el palito duro, que es dañoso» (Barrios), se trituraba el cacao en el *metate*, piedra combada ligeramente y sobre trípodes para colocar debajo un brasero, que diera calor necesario á la piedra, pues sin él era imposible hacer la pasta de cacao, aunque el rodillo pasara y repasara al hacer la trituration de aquél y su mezcla con el azúcar. Los demás ingredientes eran por lo general agregados en pasta, ya hecha con anterioridad, y mezclados por trituration lenta con el azúcar y el cacao al final de la tarea. En el siglo XVII la elaboración del chocolate fué hecha por artesanos, que cobraban, según las *Pragmáticas de tasas*, doce reales y un azumbre de vino, labran-

do diariamente tareas de diez y seis libras de cacao en limpio.

El chocolate así elaborado era pesado en libras y dividido en onzas, para mayor comodidad de los compradores, los cuales tenían buen cuidado de exigir al vendedor no sólo que fuera envuelto en *papel gris*, sino que estuviera colocada la pasta en sitio fresco, pues de otro modo, la alteración de ella podía ser manifiesta, al perder el brillo que la diera el molde. El chocolate, así preparado y vendido bajo el nombre de *Chocolate de salud*, llevaba en sí, en muchas ocasiones, sustancias especiales escogidas por la moda ó por el gusto de los consumidores, y si fué en aquellos tiempos muy alabado el que contenía como esencias aromáticas la de vainilla, ámbar y naranjo, no por eso dejaba de ser famoso el chocolate de Madrid con su hierba doradilla, el de Ávila con su pimentón y el de Pamplona con su pimienta y genjibre.

Fr. Manuel Ordóñez, en la obra de Cortijo, dice, al referirse á la pasta de que nos ocupamos, que «en el siglo pasado se vendía solamente en las boticas, como los r cipes, para nuestro remedio», y por esa cita podemos deducir no sólo que el chocolate fué tenido como medicamento especial, sino considerado como agente terapéutico, digno de la custodia de los farmacéuticos del siglo XVII. Además de esto, y para complemento testimonial, puede verse en la obra del Doctor Barrios la colección de fórmulas de chocolate especial para los diversos temperamentos. Se titula *Libro en el cual se trata del chocolate, qué provechos haga y si sea bebida saludable   no, y en particular de todas las cosas que lleva, y qué receta conviene para cada persona, y cómo se conocer  cada uno de qué complexión sea para que pueda beber el chocolate, de suerte que no le haga mal* (Méjico, 1609), y el autor da, para los de complexión cálida la fórmula siguiente:   cien cacaos, medio chile, poca canela, sin anís, almizcle ni cosas olorosas y más achiote de lo ordinario y hecho en agua tibia; para los sanguíneos poco anís, chile y azúcar y ninguna aroma ni achiote, y para los flemáticos chocolate sin achiote y más anís, canela y chile, y bebido caliente.

El Dr. Colmenero de Ledesma, en su *Tratado de la*

naturaleza del chocolate, impreso en Madrid en 1631, da la explicación del por qué se empleaban en la elaboración ciertos ingredientes, y, por lo que dice, se saca en consecuencia que el *clavo* servía para hacer buen aliento, la *canela* se empleaba como estimulante de función renal y porque *aclara la vista*, la *rosa de Alejandría* como laxante, el *achiote* por ser medicina contra el mal de piedra, la *pimienta* por ser excitadora de Venus, y el *anís* por ser aplacador de Eolo; y hasta la *nuez*, por su acción colagoga, fué admitida en pócima tan alabada.

Vemos, pues, que el chocolate fué tenido por gran triaca en España durante el siglo XVII, y como medicamento hizo su entrada en Francia para servir de remedio al mal que aquejaba al Arzobispo de Lyon, Alfonso Luis de Plessis. Este Cardenal tomó el chocolate elaborado por religiosos españoles y siguiendo los consejos de su médico René Moreau, el cual, en la traducción de la obra de Colmenero de Ledesma, dice que había sido consultado por el Cardenal acerca de los propiedades terapéuticas del chocolate *en años anteriores* al 1642, fecha de la traducción del libro de Colmenero, lo cual indica que, como medicamento fué considerada la pasta de cacao durante el siglo XVII.

Más adelante, en el siglo XVIII, el chocolate empezó á ser elaborado por el gremio de especieros, quedando reducidos los componentes de aquél al cacao, la canela ó la vainilla y el azúcar, generalizándose algo la costumbre de añadir á la pasta masa de bizcocho para hacerle más espeso al diluirlo en el agua. Y al mismo tiempo que en las tiendas de especería se vendía el *chocolate de salud*, en las boticas se preparaba un chocolate medicinal, en el cual entraban como ingredientes principalísimos productos de la farmacopea; y á nuestros días ha llegado el uso de esta forma de administración para hacer agradables tónicos, como las sales de hierro, la quina y otras amargas; vermífugos, como la raíz de helecho macho y la corteza de granado; afrodisiacos como el almizcle, y purgantes como el sen. Llegando á tener fama de específicos algunos de los chocolates así elaborados en el siglo XVIII, como el de Blegny en Francia, para

uso de los que sufrían las consecuencias «de la más universal de las enfermedades galantes» y que necesitaban por ello el socorro del... solimán.

Como la elaboración del chocolate se había generalizado en los conventos, al intentar la competencia los especieros, no pensaron en hacerlo mejor, sino que para abaratarlo restaron de cacao y canela lo que sumaban en componentes, no siempre inofensivos para la salud del parroquiano. Y por esa razón aseguraba el licenciado Robles Cornejo que «el chocolate es aparejada bebida para mezclar en ella todas maldades», y en su tiempo ya había quien afirmaba que el ladrillo molido entraba como simple, en la pasta de chocolate, «que todo se puede temer, y más en bebida en que se conocen tan mal las cosas que lleva», dando con esto prueba de la codicia despertada en los fabricantes de aquel siglo, codicia ampliamente desarrollada en años posteriores cuando la adulteración del chocolate se ha visto perfeccionada con los primores de la química. Para que pueda juzgarse la importancia de esta adulteración, basta con citar algunos de los aditamentos más usados, como harina de trigo, arroz, lentejas, guisantes, judías, habas, maíz, almidón, fécula de patata, dextrina, aceite de olivas y de almendras dulces, yema de huevo, sebo de ternera y de carnero, estoraque, bálsamo de tolú, benjuí, castaña, goma tragacanto, aserrín de madera, cinabrio, óxido rojo de mercurio, minio, carbonato de cal, etc., etc. Y si el Dr. Monlau, en el año 1846, decía que «la autoridad está en conciencia obligada á remediar los constantes y lastimosos abusos que de algunos años á esta parte se advierten con escándalo en la fabricación del chocolate», ¿qué dijera en estos años donde la adulteración casi no existe por haberse introducido en el comercio un cacao sofisticado, al decir de algunos, de mejor género que el de Teobroma?

Á pesar de todo, el chocolate llegó á ser bebida normal en España en el siglo pasado; y al perfeccionarse la elaboración con los molinos especiales, ya citados por Antonio Lavedan en 1796, y el empleo del paila en el tostado, fué modificándose aquélla; y aunque en el día se emplea la *tarea* á

brazo, el uso de la fabricación á vapor ha conseguido casi vulgarizar los tostadores mecánicos, los molinos trituradores, los mezcladores ingeniosos y el trepidador automático, que hace inútil el trabajo manual para adaptar la pasta al molde.

Durante los últimos años del siglo XVI y primera mitad del XVII, los españoles siguieron la costumbre de los mejicanos en la manera de tomar la pasta del chocolate; y si bien es cierto que aquéllos no aceptaron como buena la mezcla de dicha pasta, ya diluída en agua con el *atalle*, caldo hecho de maíz, tal y como lo tomaban los indígenas en Nueva España, sin embargo, en el modo de hacer el chocolate llamado Pinoli y en la preparación de la bebida se guardaron por algún tiempo las prácticas tradicionales. El chocolate Pinoli se hacía mezclando en agua fría partes proporcionales de chocolate y harina de maíz, batiendo el total hasta conseguir la famosa espuma, *flor del cacao*; espuma que, espolvoreada de canela, constituía un manjar delicado, según el parecer de Robles Cornejo. A pesar de la fama que adquirió el Pinoli, se le señaló muy luego algunos inconvenientes, pues en el año 1591 el Dr. Juan de Cárdenas, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, dice así: «Juzgo por muy malo el beber aquella espuma, supuesto que no es más que un poco de aire que avienta el estómago, impide la digestión y aun se suele poner (como dicen) sobre el corazón y causar terribles tristezas».

La práctica más seguida para hacer la bebida de chocolate en el siglo XVII y XVIII fué la de echar á pedacitos la pasta en agua fría y después, á fuego lento, batir el líquido teniendo cuidado de no llegar á la ebullición, para evitar que la manteca del cacao se separara del resto de los componentes. Y aunque algunos autores aconsejaron echar el polvo de la pasta en agua ya hirviendo, no obstante, fué aquélla la práctica más generalizada entre los españoles de pasados siglos. La cantidad de masa y líquido empleado para cada toma, variaba según el gusto del consumidor; pero lo más frecuente era de tres onzas de agua por cada onza de pasta, teniendo en cuenta la evaporación de aquélla. La preparación se hacía

en vasija que por su forma recordaba el *Apastlet* de los mejicanos y la cual ha llegado á nuestros días con el nombre de chocolatera, haciéndose el batido con un molinete especial. Esta vasija, al principio hecha de barro, fué con el tiempo fabricada en metal, y con este motivo podemos recordar las célebres chocolateras que los embajadores siameses regalaron á la corte de Francia en 1686, las cuales llamaron tanto la atención á los cortesanos de la época, por ser obra del Japón y ser de plata con flores de oro. (Franklin, *La vie privée d'autrofois.*)

Así como la chocolatera ha sido el utensilio de cocina en cuyo seno se elabora la pasta al convertirla en bebida, así también ésta ha necesitado un vaso idóneo, capaz y manuable para el servicio del que la tomara. Y sin que entremos en el rebusco de razones por las que unos, al llamar al dicho vaso *jícara*, recuerdan la palabra árabe más ó menos parecida, y otros, el nombre que los mejicanos daban al árbol del cacao, lo cierto y positivo es que la jícara ha sido, es y, si la moda no dispone otra cosa, suponemos que será la copa que á los labios del bebedor llevó en los pasados siglos, y llevará en los futuros, el delicioso bebistraje de Méjico, el néctar español de las pasadas centurias y el sencillo alimento del que por tal le tomare. Desde el *tecometetl* de los indígenas mejicanos hasta las ricas jícara de plata y oro de un célebre Regente de Francia, el material empleado en ellas, la forma y la medida han variado tanto como el precio pagado por ellas, el gusto del artista ó la cantidad de bebida que habían de contener. Las jícara de Génova, cuya docena valía en 1608, 408 maravedises; las fabricadas en Sajonia para el rey Carlos III y su esposa Amalia, de las cuales algún ejemplar se ve en el Museo Arqueológico de Madrid, y las jícara estilo Imperio, usadas por Fernando VII é Isabel de Braganza, son muestras diferentes de la variedad á que nos hemos referido, en cuanto al precio, en cuanto al gusto artístico desplegado en ellas y en cuanto á la capacidad, pues de la jícara apenas cocida, usada, y ya sin asidero, á la pintada por Vanloo en Sajonia para la vajilla de nuestros Reyes; de la jícara de porcelana de la fábrica del Retiro, muy ador-

nada con retratos y flores, á la maciza y cincelada jícara de plata que de lujo y ostentación servía á ricachos de pasados años, han mediado infinitas clases de ellas, de todos modelos y para todos los gustos. Casi se puede decir lo mismo del plato ideado por el Marqués de Mancera, á fines del siglo XVII, para servir de portajícaras y hacer manuable éstas. Las mancerinas y las jícaras, ó han sido hechas del mismo material, con lo cual han podido usarse aparejadas, ó se ha preferido la mancerina metálica por evitar la rotura del anillo que sujeta la jícara ó pocillo.

Indiquemos ahora, muy someramente, las horas en que acostumbraban á tomar la bebida de chocolate nuestros antepasados. Los españoles de Méjico, en el siglo XVII, tomaban el chocolate tres veces al día; por la mañana, y después de la comida, era servido caliente; por la tarde, y como refresco, era bebido en frío. En España, y sobre todo en Madrid, no hubo en los primeros años orden alguno en la selección de horas para usar aquella bebida, pues el autor Pinelo, en 1636, decía que no podía haberlo, «por haber personas que lo beben á todas horas, desde la mañana á la noche las veces que pueden, y el no ser mucho más es por la costa que tiene, no porque el gusto no lo pida». Á los que por el alto precio del comestible no les era permitido tal exceso, gustaban de la bebida por la mañana, en ayunas, «porque entonces el propio calor de esta sustancial bebida ayuda á gastar todas aquellas flemas que de la cena y comida del día pasado han quedado en el estómago» (Dr. León); y por la tarde, de cinco á seis, no siendo prudente tomar el chocolate después de la cena, según el parecer de Pinelo, «por cuanto el calor de la especia haría salir el manjar del estómago antes de tiempo y sin dejarlo digerir». Esta costumbre fué la más seguida por los españoles en los años posteriores, y aunque á fines del siglo XVIII el Dr. Lavedán, en su *Tratado de los usos y abusos del chocolate, etc.*, aconsejó no tomar esta bebida á no ser en ayunas, pues por la tarde al mezclarse con otros alimentos «podía entrar la fermentación y ser origen de obstrucciones rebeldes», sin embargo, continuó rigiendo la tradicional merienda para uso de débiles y

regalo de visitas, añadiendo los primeros yemas de huevo para hacer más nutritivo el chocolate, y siendo el bizcocho ó el pan pringado deleite tanto más gustoso cuanto más chocolate llevara del pocillo á la boca del goloso.

No obstante los consejos del Dr. Barrios, al decir que «es bebida que quiere que en bebiéndola no se beba tras ella ni comer otra cosa, ni que se haga ejercicio, sino que se esté un poco sentado, porque si se bebe y se hace ejercicio anda nadando en el estómago y mal se junta y pega á las paredes del estómago», fué la opinión general de los médicos partidaria del trago de agua después del uso del chocolate en bebida. Y estaba fundada la recomendación en creencias galenistas, muy en auge por aquella época de dimes y diretes entre maestros. Pero demos de lado estos detalles y entremos en cuestiones de más importancia.

¿Qué razón pudo haber para que los españoles considerasen al chocolate como bebida medicamentosa á los pocos años de la conquista de Méjico? Indudablemente al ver los españoles las consecuencias del uso del chocolate entre los indígenas de Nueva España, en los que la bebida suplía en muchas ocasiones á otro género de alimento, siendo capaz por sí sola de mantener en vigor las fuerzas de aquellas gentes, pensaron haber encontrado una bebida de tan maravillosos dones que hacía punto menos que innecesaria toda alimentación. Por otro lado, los efectos experimentados en aquellos conquistadores, que imitaron á los conquistados tomando el chocolate como bebida excitante, fueron motivo para creer en tal medicina desde el momento en que las digestiones eran más fáciles, aligerándose el hígado de sus cargas ó mejorando el intestino de sus ligerezas. Y como tal medicamento se importó en España el haba de Méjico, para servir de base á bebida tan reconstituyente y nutritiva como el chocolate.

Juan de Barrios, en 1609, decía que el chocolate suple á toda comida, «porque con ella ni es menester pan, carne ni bebida», lo que prueba la creencia de aquel autor en una sustancia ingerible capaz de suplir á los alimentos más precisos. Santiago Valverde, de Sevilla, en 1625 escribe un

libro para demostrar que «el chocolate es conveniente bebida para originar calor en tiempos fríos», y Juanini en 1689 admite en el chocolate propiedades tónicas marcadísimas en todos los sujetos que no sean biliosos ni melancólicos. Y al mismo tiempo que los médicos españoles propagaban estas enseñanzas con sus libros, en Francia, el Dr. Blegny recomendaba el chocolate en las afecciones del pecho, contra el insomnio, contra los cólicos y la disentería aceptando como buena la propiedad astringente de la bebida, en contra de la opinión del médico de Marchena Dr. Marradon. Y si el célebre Dr. Lemery, en sus alabanzas, decía «que el chocolate, de cualquiera manera que sea tomado, es un buen restaurador propio para reanimar las fuerzas abatidas y para excitar el vigor, pues él resiste á la maldad de los humores, él fortifica el estómago, el cerebro y las otras partes vitales; él dulcifica las serosidades muy acres que descienden del cerebro al pecho; él excita la digestión y abate los humos del vino», otro autor, no menos célebre, Jerónimo Piperi, llegó á calificar al chocolate «como bebida divina, celestial, sudor de las estrellas, semilla vital, divino néctar, bebida de los dioses, panacea y medicina universal, etc.», alabanzas todas ellas que ponen en evidencia no sólo la idea que tuvieron nuestros antepasados de la pasta de chocolate como *medicina*, sino además el grado de entusiasmo con que recibieron y señalaron á la bebida mejicana.

¿Quiere decir esto que absolutamente todos los autores que escribieron sobre la materia en cuestión patrocinaron esta idea del exclusivismo del chocolate como medicamento, sin que hubiera alguno que sólo le considerara como alimento? ¿Pudo haber alguna mira interesada en negar á esta bebida sus cualidades alimenticias, y únicamente atribuirle condiciones terapéuticas? Preguntas son éstas que al parecer no tienen alcance alguno, pero que en siglos pasados hubieran podido ser origen de polémicas. En los años que corren, y á fines del *siglo de las luces*, no ha lugar á tales miedos de controversia; que ahora nos ocupamos en cosas más serias y de resultados más prácticos, y en el presente no están los médicos y canonistas dispuestos á llenar los textos de razones

en pro de la acción alimenticia del chocolate ó en contra de su propiedad terapéutica.

En el siglo XVII, esta cuestión, al parecer tan baladi, fué motivo de discusión abierta y causa de no pocos artículos, que como saetas manejaban canonistas y médicos para dar un espectáculo nada edificante á los indiferentes en la lucha, que á buenos sorbos tomaban el chocolate sin miedo de prohibición. La importancia de estas discusiones puede comprenderse sólo con la lectura de un libro impreso en Madrid, en el año 1636, y cuyo título es: *Cuestión moral: si el chocolate quebranta el ayuno eclesiástico; por el licenciado Antonio de León Pinelo*. Ahora bien: ¿era el chocolate considerado como medicamento?, pues con él no regían las leyes del ayuno. ¿Se admitía el chocolate como sustancia alimenticia?, pues quedaba sujeto á la reglamentación de aquel precepto. Sin que aceptemos como buena la aseveración del Dr. Franklin, que indica como *únicos* sustentadores de la primera opinión, es decir, de la que sólo admite en el chocolate la propiedad terapéutica, á los canonistas y gentes religiosas, y á su vez señala á los médicos como *únicos* defensores de la bebida como alimento, pues hemos visto que éstos como medicina la alabaron también, hemos de convenir en que la resistencia mayor para dar al chocolate su carácter de alimento existió entre las personas de vida religiosa, sin que por eso digamos que *todas* fueran exclusivistas, ni que faltara quien atendiera á razones y aceptara como indiscutible la potencia alimenticia del cacao, canela y azúcar.

Los defensores de la acción terapéutica exclusiva del chocolate, además de apoyarse en los estudios de algunos médicos, fundaban sus juicios en la creencia de que tal bebida era «un estomacal de cuya absorción no había consecuencias», siendo en todo caso uua *bebida esencial* que podía usarse en todo tiempo como el agua y el vino; y hasta llegaron á creerse infalibles citando, como si en realidad hubiera existido, una bula del Papa Clemente VIII.

Los partidarios de la acción alimenticia de aquella bebida, como Pinelo y Lavedán en España y Hecquet en Francia, fundaron sus razones en hechos palpables y clarísimas ex-

periencias, estableciendo que el chocolate era más nutritivo que la leche, siendo tan *alimenticia una onza de cacao como una libra de carne de vaca*. Aunque el parecer de estos últimos autores fué el que prevaleció con el trascurso de los años, no obstante, antes que se rindieran á la evidencia los contrarios, dieron rienda suelta al deseo de tomar el chocolate en días de ayuno, provistos de argucias inspiradas por la flaqueza humana, y muy tranquilos por haber hallado la fórmula que ambicionara su deseo. Esta fórmula que adaptaron como justa á su instinto moral, se cifraba en la peregrina idea de admitir como buena la práctica de tomar chocolate *sólo una vez entre comidas*, «pues si era bebida perdían poco, y si no lo era no arriesgaban mucho, pues los podía excusar de «pecado mortal la parvidad de la materia». El Obispo de Viterbo, en 1664, decía: «Chocolates non sit per se primo alimentum aut cibus, licet per accidens nutriret,» pero antes que él demostrara sus dudas con suposición semejante, un religioso español, Fr. Antonio Vázquez en su *Confesionario general*, etc., dijo, «que al penitente se le preguntara *si ha ayunado ó sin necesidad bebido chocolate*». Y por último, como muestra de despreocupación moral, transcribiremos unos párrafos de una carta de Mad. de Sévigné á su hija, en 28 de Octubre de 1671: «J'ai voulu me raccommo-der avec le chocolat, j'eu pris avant hier pour digérer men diner, afin de bien souper, et j'eu pris hier pour me nourrir et pour jeûner jusqu'au soir: il m'a fait tous les effets que je voulois. Voilà de quoi je le trouve plaisant, c'est qu'il agit selon l'intention».

Ya que hemos citado á las personas más religiosas como entusiastas decididos del uso de chocolate en todo tiempo, aunque en días de ayuno bajo condición, y sin que tomemos nota del dicho de Marradón, al afirmar que en Nueva España se tomaba el chocolate hasta en el templo y durante el oficio, copiaremos íntegro el final de la obra que escribió Cortijo á principios del siglo pasado, y que no deja de tener interés por lo extravagante. Dice así: «Con esto descanso, »y dando un suspiro vuelvo á mis trece; cada uno se morirá »como pudiere, pero yo, muera de repente ó de pensado,

»aunque sea de dolor de costado, como no me muera muy
 »temprano, debajito de la casulla vieja que me ha de dar
 »mi parroquia en diez ducados tengo de llevar mi jícara de
 »chocolate, á costa de veinte maravedises, y la Bula de la
 »Cruzada encima á expensa de dos reales y medio; y quiero
 »que esta cláusula tenga fuerza de última voluntad, y desde
 »luego renuncio al derecho de revocación, y doy por nula
 »cualquiera cláusula preservatoria que se presentare en con-
 »tra de ésta, aunque sea firmado de mi nombre, y presenta-
 »da por cualquiera persona eclesiástica, aunque esté cons-
 »tituída en dignidad. Y así lo firmo en esta ciudad de Ávila
 »á 20 de Abril de 1729.—S. C. S. R. E.—D. Thomas
 »Cortijo Herráiz, presbítero». ¿Cabe más entusiasmo por la
 bebida del chocolate?

Puede decirse que la parte de cacao, canela y azúcar, úl-
 tima fórmula de aquel chocolate que trajeran los conquista-
 dores de Méjico para servir de medicina al principio, y des-
 pués de golosina alimenticia, pues tal vez fué más gustado
 por lo sabroso que ingerido por lo nutritivo, entró de lleno
 en la categoría de los manjares predilectos durante el pasa-
 do siglo, siendo *purgador de malos humores* bebido en ayunas,
 aperitivo eficaz, postre saludable bajo la forma de pastilla,
 tónico alimenticio después del sesteo y regalo inapreciable
 en días solemnes. Y si en la corte de Francia, la Reina Ma-
 ría Teresa, según Mad. de Montpensier, á escondidas toma-
 ba el chocolate para que no vieran los palaciegos su desme-
 dida afición á dicha bebida, incurriendo tal vez en alguno de
 aquellos pecados veniales que en más de una ocasión ator-
 mentaran á la buena esposa de Luis XIV, en la corte que
 dejó, en España, el uso y hasta el abuso de la bebida ni
 necesitaba de escondrijos, ni era vicio que requiriese la so-
 ledad como único testigo. Si bien es cierto que la Facultad
 de Medicina de París no dió su voto en pro del uso del cho-
 colate hasta 1661, lo que pudiera justificar los temores de
 María Teresa, en nuestra patria sólo la *prenoción vulgar*
 gritara contra el abuso de la bebida, cantando aquella copla
 que cita Fr. Ordóñez en el libro de Cortijo:

«De tomar chocolate
murió una Reina;
mas no tomara ella tanto
y no se muriera».

á cuya copla y como comentario añade el buen regente de la Universidad de Santiago, «acaso llevaría otra mezcla si no paría».

Esta observación del R. P. Ordóñez nos lleva como por la mano al recuerdo de los males que al chocolate achacaron en pasadas épocas, no sólo las gentes vulgares, sino personas de reconocida ilustración y claro entendimiento, las cuales, al imputar maleficios á dicha bebida, pudieron confundir el daño ocasionado por ella en determinados sujetos, poco propicios á tomarla, con el perjuicio hecho á la salud por ocultos ingredientes, manejados por acción criminal, enmascarados con el aroma de buen chocolate y contenidos en indiferente pocillo. Aparte de la repugnancia de algunos autores médicos para aconsejar el uso de esta bebida á sus clientes, como el inglés Lister, que en 1598 calificábala de «grosero alimento bueno sólo para estómago de indios», y el español Marradón, que atribuyó al chocolate la muerte de una joven, por oclusión intestinal, podemos citar algunas acusaciones hechas contra el uso de dicha bebida y que dan testimonio de credulidad cortesana ó de ideas muy en consonancia con el espíritu dominante en no muy lejana época.

Los palaciegos franceses inculparon al chocolate el haber afeado los dientes á la Reina Christina. La Marquesa de Ccëtlogon, según Mad. Sévigné, por tomar tanto chocolate, dió á luz un niño *negro como el diablo*. Y ya hemos visto cómo en España al chocolate se acusó de haber sido causa de la muerte de una Reina. Moratín refiere en las notas que puso á un auto de fé celebrado en Logroño que en el convento de Dominicas de Cangas había tres monjas endemoniadas, y el padre Froilán Díaz instó al vicario de aquéllas para que les preguntase por el hechizo del Rey Carlos II; hecha la pregunta, contestó el demonio que el hechizo se lo habían dado en *chocolate*, compuesto de *sesos* para quitar la salud y *riñones* para corromperle... el aura. De lo cual se deduce que al cho-

colate se le ha considerado capaz no sólo de hacer mal por sus cualidades peculiares, sino muy idóneo para llevar en su seno materiales extraños á él y dispuestos para el crimen. Y tan generalizada ha sido la suposición, que las gentes denominaron á la propinación alevosa del veneno *jicarazo*; y de *jicarazo* alevoso pudiera calificarse el que, según la gente de baja estofa, se da á la persona á quien se quiere *ligar*, con añadiduras de uñas raspadas y secreción no muy pura, si tal maleficio no tuviera en su contra la inocuidad para la función que tratan de alterar con chocolate *tan compuesto*, y en su favor, el asco á que mueven tamañas supersticiones del pueblo ignorante.

Pero dejemos ya esta cuestión de los males que pudo originar el chocolate, más ó menos compuesto y dispuesto para el daño de determinadas personas que hicieron uso de él, y volvamos al recuerdo de aquellas que hicieron alabanza perpetua de esta bebida, virgen de aditamentos peligrosos y capaz tan solamente de dar gusto al paladar delicado y vigor al que la tomare.

Lampillas, en su *Ensayo de la literatura española*, dice del chocolate que «las grandes ventajas que logran con él las personas dedicadas al estudio le hacían digno, á la verdad, de ser recordado en la historia literaria y aun de llamarse con razón *bebida de estudiosos*», y como fué idea muy admitida en el siglo XVIII la de la propiedad excitadora de la memoria por el uso de la pasta de cacao, de ahí el encomio de Lampillas y el por qué del consejo de Dufour al aprobar la costumbre seguida por los predicadores de su época, que tomaban el chocolate como auxiliar efficacísimo durante el estudio de sus sermones. Tal vez se exageró algo las buenas cualidades de la bebida en aquellos años que pasaron, al creer de buena fe en las encomiásticas de que la dotó Jerónimo Piperi, pues al decir que «aumenta la virilidad, retarda las canas, dilata la vida hasta la decrepitud y á cualquiera edad, aun la más tierna, se puede dar», hemos de ver expresada más la satisfacción del que ensalza lo que á él le agrada, que razonado lo que dice con falta de verdaderas pruebas.

Estas exageraciones, más propias de la poesía que de la

prosa, llegaron hasta lo inverosímil en algunos autores que del chocolate escribieron para cantar sus beneficios, y por no hacer más largo este artículo, sólo como muestra copiamos dos décimas, escogidas entre las diez, que el presbítero Cortijo compuso para dar un final adecuado á su obra *Examen sobre el uso del chocolate*:

«Es rocío celestial,
cifra de todo alimento,
conservación y aun aumento
del húmido radical;
néctar divino y vital,
medicina de los males
y, en fin, de virtudes tales,
que si acaso la bebieron
á su eficacia debieron
ser los dioses inmortales.

.....
Si en los ángeles cupiera
algún terreno deseo,
sólo de este licor creo
que su ansia toda fuera.
Dudar, juzgo si pudiera,
si tal anhelo tuvieron,
pues por lo amigos que fueron
de amar bienes y gozarles,
se podría preguntarles
que si acaso le bebieron.»
.....

Y póngase ahora, como contraste de pensamientos tan elevados y tan cerca de las nubes, la composición química del cacao, tan parecida á la de la leche en sus principios:

Albúmina	18
Teobromina.....	2
Materias grasas.....	50
Féculas	10
Goma.....	6
Sales y celulosa	4
Agua	10
<i>Total</i>	<u>100</u>

y tendremos la representación del ayer y el hoy: el ayer con su poesía y el hoy con su brutal materialismo: el botánico

Linneo dando el nombre de *manjar de los dioses*: al cacao, y el higienista moderno conceptuando al chocolate hasta como alimento de difícil digestión.

Si de recuerdos vivimos, el chocolate, al avivar aquéllos, da á nuestra memoria motivos para pensar en glorias pasadas, que constituyeron vida de pueblos y de generaciones más idealistas que la nuestra. De aquella generación que llevara á sus hijos más heroicos á la conquista de Méjico no queda más que el recuerdo de haber existido; de las victorias de Hernán Cortés, sólo restan los apuntes de la Historia; de la dominación de los españoles en aquellas tierras tan sólo subsisten, como recordatorios, algunos monumentos, unas cuantas páginas de libros de crítica histórica, para uso de vencedores y vencidos, no siempre imparciales, y la certeza de que fué perdida después de haber dado á aquel suelo sangre de conquistadores, á aquellos indígenas, la única y verdadera religión, y á aquella parte del mundo el nombre de Nueva España. Y por testimonio de aquellas luchas y prueba de aquel dominio nos queda para recuerdo una bebida que, en lugar de incitar al sueño para encontrar el olvido, aclara la memoria para enseñanza de vanidosos...

Pero no sólo representa el chocolate esa pasta importada á España en el siglo XVI, la presea del victorioso que hace de un fruto moneda, y de una bebida triaca, para reyes y poderosos, para pobres y enfermos. Esa bebida manifiesta con la historia de su uso la pobreza del Erario español en los comienzos de un siglo de poetas y de duendes; la lucha entre doctores más ó menos galénicos y entre canonistas más ó menos apegados al uso del chocolate; la aparente tranquilidad de reinados muy felices, pero socavados por un nuevo régimen que más tarde había de alterar el reposo social; la era de positivismo y de igualdad, que da á *todo* el valor en que se vende y para todos es igual cuando se compra. El chocolate fué la bebida con que obsequiaba la corte de Luis XIV á sus invitados en días de solemne recepción: bebida de cortesanos y de abates. El chocolate fué el manjar escogido por frailes y monjas para regalo de sus bienhechores y para colación en sus ayunos: bebida de estudiosos

y de débiles. El chocolate es la bebida que trae á la memoria el estrado de la casa española, con retratos de antepasados, tapices y cornucopias, amplios sillones y bordado sofá, para galas de dueños y cortesía de visitas, muy regadas con aromática bebida de chocolate, prueba de amoroso afecto de aquéllos. Y por último, el chocolate fué no sólo la bebida de los cortesanos, el manjar de los religiosos, el regalo de los pudientes, sino que fué el vehículo del bien ó del mal, del medicamento que cura ó del veneno que mata; bebida tan ridículamente ensalzada como abatida, y sin más ventaja que prestarse á todo para ganancia de especieros.

Es más, el chocolate bien elaborado, con sus componentes, cacao, azúcar y canela, no se espesa en su preparación en el agua caliente; para conseguir este espesamiento es para lo que ha intervenido, en la mayoría de las veces, la adulteración de la pasta. El vulgo, gran sabio, exigió hasta en frase proverbial, el espesamiento del chocolate, y pidiéndolo *bueno y espeso*, fácilmente dió la razón al que dándoselo le engañaba. ¿Este detalle no dice nada en la historia de esta bebida? ¿No enseña una de las cualidades de ella, pres-tándose á servir como mala, cuando como *bueno*, porque es clara y amarga, no la quieren? Pero hagamos punto, pues el símil nos conducirá sin quererlo á cuestiones muy morales, pero ajenas ya á la bebida de que tratamos.

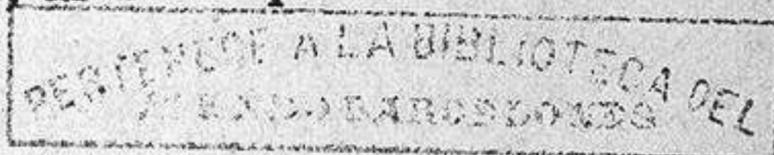
En este siglo, el chocolate representa para nosotros un productivo artículo de comercio, tal vez no portador de la fama que en siglos pasados llevó el elaborado en España, pero al fin producto bien presentado, con cromitos para regalo de niños y papel de estaño para que se conserve la frescura y el brillo de la pasta. Es el desayuno predilecto de muchos, ya en bebida, ya en pasta á la parisién, y forma parte de la merienda en casas dónde aun arde la lámpara de la tradición, no tan cuidada como parece. Es la cena del pequeñuelo, y su purgante, cuando la madre previsora ocultó con la bebida la presencia del sen. Es el regalo de la puerpera; el ansia del enfermo, que espera encontrar con él fuerzas para su cuerpo y anuncio de pronta mejoría. Es el

obsequio del fraile y el tradicional almuerzo del sacerdote. Es la última bebida de media noche para el trasnochador y la primera para el que madruga.

Si bebiendo café se comprende la excitación nerviosa, la locuacidad, la chispeante conversación y la tensión de ánimo que aviva el ingenio, tomando chocolate se piensa casi involuntariamente en el reposo, en el razonamiento sereno y en la tranquilidad de espíritu. Conspiradores tomando café, se comprende; pero tomando chocolate, no. A Napoleón I le criticaron algunos porque tomaba mucho café, pero éstos ignoraban que no era el café el causante de las malas digestiones del Emperador, primero, porque no lo tomaba, y segundo, porque el cáncer del estómago era el único causante de sus males. Pues bien, Napoleón era decidido partidario del chocolate, y á fe que mejor se comprende al Capitán del siglo tomando bebida que le diera reposo que no bebiendo excitantes.

El chocolate en nuestros días no es más que una de tantas bebidas que alimentan lo suficiente para ser consideradas como nutritivas. Y sin concederle los dos extremos que le atribuyera un autor del siglo XVII, al decir que:

es triaca, si está ralo;
si está espeso, es veneno,



podemos aceptarlo, dentro de los límites de la bondad, como pasta de confites, como bebida usual y hasta como condimento ó salsa de moderno arte culinario.

Y si el cacao, al formar parte del *racaut* de los árabes, del *wakaha* de los indios y del *kaiffa*, constituye un alimento más ó menos parecido al chocolate, al ser la base de éste hace de él sustento agradable, útil y bueno, portador de sustancias nutritivas y engendrador de actividades.

JOSÉ DEL CARMENAL.



JOVELLANOS

CONSIDERADO COMO POETA Y COMO PROSISTA (1)

JOVELLANOS PROSISTA

Se ha dicho, y no sin razón, de Jovellanos que, habiendo sido únicamente en muy raras ocasiones gran poeta cuando escribía en verso, acertó á serlo muchas veces en sus trabajos en prosa; sobre todo en aquellos, donde por la elevación é importancia de sus asuntos, ó por tratar materias que tienen más ó menos estrecha relación con la literatura ó las bellas artes, á cuyo estudio por especial vocación sentíase como llamado, y en cuyas obras por lo tanto su mente y su fantasía hallaban por directa ó indirecta manera más fuentes de goces estéticos, parecía como que, al calor de éstos, se enardeciese su imaginación, se avivase la lumbre de su entendimiento, y brotasen de su pluma los más apropiados conceptos y las imágenes más encendidas para con más animación y fuego expresar lo que pensaba y sentía.

Por esto, porque en sus producciones en prosa, que no menos admiran por su número que sorprenden por la diversidad de sus géneros y de sus temas, á par que aparecen

(1) Véase la página 267 de este tomo.

como retratados al natural y con maravillosa exactitud el magistrado integérrimo, el discreto economista, el político en alto grado previsor y atento siempre al bien común, jamás á su aprovechamiento propio, el patricio sobre toda ponderación honrado, incapaz de doblegarse ni á las esperanzas de encumbramientos, ni á las amenazas de las caídas, el protector generoso y celosísimo de los intereses del país en general y en particular del que le vió nacer, y donde quiso la Providencia que fuese, después de una existencia agitadaísima, á exhalar su postrer aliento, muéstranse igualmente en animado trasunto el escritor eminente y el varón docto en multitud de literarias y científicas disciplinas, hasta de las menos conocidas y por pocos estudiadas en su tiempo. Y porque por dichos trabajos se pueden además estudiar y en toda su realidad conocer y paso á paso seguir los más importantes sucesos de su vida, desde el punto y hora en que, obligado á dejar los tranquilos goces de que en el cumplimiento de sus deberes de magistrado y en la regalada amistad de sus buenos amigos había disfrutado en Sevilla, hubo de pasar á la corte, donde si al principio, como en más vasto y adecuado teatro abierto á su talento, pudo hallar poderosos y alentadores estímulos y medios eficacísimos que le pusieran en camino de acrecentar la fama de su nombre y prestar mayores servicios á su patria, que tanto amaba, alcanzando, gracias á los primeros, honroso asiento en las Academias de la Lengua, de la Historia y de San Fernando y en la Sociedad de los Amigos del País, y logrando por los segundos elevadísimos cargos hasta en la gobernación del Estado, encontró más tarde, gracias á una de esas vueltas repentinas de la voluble fortuna, crueles sinsabores, desengaños amarguísimos, persecuciones desafortunadas hasta el destierro. Y porque muchos de aquellos trabajos, ó fueron fruto de los forzosos ocios, ó medios para por ellos amortiguar los rudos y dolorosos golpes de la adversa suerte, ó distracción á los roedores tormentos con que afligen al ánimo inesperadas y dolorosas ingratitudes, ó motivos de estudio para por este camino y el de la resignación cristiana devolver al ánimo la tranquilidad perdida; dando por todos

esos medios más luz y vigor al entendimiento para mejor conocer y abrazar lo bello, más fuerza á la voluntad para con mayor hervor apasionarse y practicar lo bueno, y al ingenio más lumbre y vigor para alcanzar la más perfecta y depurada expresión de las ideas y de los sentimientos, por todo ello, con más amor y empeño de lo que me fué dado hacerlo en la primera parte de este mi trabajo, procuraré, en lo que alcancen mis fuerzas y lo permita el breve espacio de tiempo que consiente la índole del mismo en esta su segunda parte, ocuparme en Jovellanos como escritor en prosa, ó sea en emitir el juicio—por ser mío humilde y sin pretensiones de acertado—que como tal me merece.



Son tan sobresalientes y de tan buena ley las dotes que avaloran las producciones en prosa de nuestro autor, aun consideradas bajo su forma, ó sea por su dicción y estilo, que es por donde, procediendo con orden lógico, hay que comenzar á juzgarlo, que creo que por ellas se puede sin reparo dársele, como á una voz le ha sido concedido por casi todos los críticos que en sus obras se han ocupado, el título de príncipe de los escritores de su tiempo: título, sea dicho de paso, que, si alguien pudiera disputárselo ó compartir con él, sería nuestro insigne filólogo Capmany y Montpalau, que es entre aquéllos el que más se le asemeja por su amor á las bellas artes y hondo sentido estético, que le llevaron, como á él, á sentir y á admirar, como más arriba dejo indicado, antes que ninguno de sus contemporáneos, las bellezas del arte ojival; y por el ardor y constancia con que trabajaron uno y otro, por medio de enseñanzas teóricas y por la autoridad de su ejemplo, en limpiar la lengua castellana de los graves lunares con que la afeaban escritores ramplones y literatos de pacotilla, por desconocimiento de los primores y de las riquezas de aquella habla y por abuso de vocablos exóticos, en su mayor parte importados de Francia.

Que en tan provechosísima tarea les ayudó á maravilla y por poderosa manera, el esclarecido humanista D. Grego-

rio Mayáns y Ciscar, varón en todo linaje de saberes literarios y morales aventajadísimo, con su *Retórica*, más que por sus reglas—en las cuales no fué un paso más allá que los preceptistas que le habían precedido—por la muchedumbre y variedad de los ejemplos que la enriquecen, no hay nadie medianamente versado en la historia de nuestras letras que lo ignore. Á ellos, pues, ora con las ricas antologías que dieron á la estampa, verdaderos tesoros de modelos de elocución y estilo, donde se ostentaba con toda la riqueza y la pompa de sus más preciosas riquezas nuestro hermoso romance castellano, y entre las cuales lleva la palma la de Capmany, por ninguna otra aventajada hasta ahora y que es difícil que lo sea en adelante; ora con las enseñanzas que, como maestros consumados en el conocimiento y manejo de nuestro idioma, dieron por medio de sabios y atinados preceptos y consejos, y de sus escritos, dechados de lenguaje y de buen gusto, debióse no tan sólo que se lograra detener, ó debilitar cuando menos, aquellas corrientes de extranjerismo; y si no limpiar del todo nuestro idioma de las herrumbres con que lo desfiguraban el desmañado prosaísmo y el mal gusto de muchos de los que creían enriquecerlo salpicándolo de palabras de fuera de casa, minorar los estragos que en nuestro idioma con su torpeza ó su afán de novedades en él causaban, sino que además contribuyeron con aquellas sus enseñanzas, y con la autoridad que añadían á ellas sus propios escritos, á formar aquella generación intermedia entre los últimos escritores en prosa del arte neoclásico y los primeros astros de la escuela romántica, y que ilustraron con sus producciones ingenios tan eminentes como Quintana, Moratín (D. Leandro), Lista, Reinoso, Alcalá Galiano y Martínez de la Rosa. Y de que aquellos trabajos y esfuerzos para salvar nuestro romance de la corrupción á que se precipitaba no fueron estériles, ni se malogró la labor de la Academia Española, creada expresamente para *limpiar, fijar* y devolver su antiguo esplendor á la lengua castellana, dan preclaro testimonio los escritos en prosa de dichos ingenios; como dan, por otra parte, la medida de la gravedad de la crisis por que aquélla pasaba y de lo mucho que su remedio urgía—ya que

dicha crisis agravábase por momentos amenazando con acabar con cuanto aún quedaba del antiguo vigor, majestad, elegancia y pureza de la misma—las tristes pinturas que del menoscabo á que había llegado nuestra hermosísima habla trazaban algunos de los más renombrados críticos de aquellos días, entre las cuales séame permitido señalar á mis lectores, como una de las más vigorosas y con más valiente pluma trazadas, la que se lee en el opúsculo de Forner, que lleva la rúbrica de *Exequias de la lengua castellana*, que dió á la estampa con el título de *Sátira menipea* (1), tan leído en su tiempo como hoy de pocos conocido.

De las superiores dotes de escritor que valoran las obras en prosa de Jovellanos, decía hace breves momentos que sería tarea fácil darlas á conocer y apreciarlas en su justa estima, ya que á una voz las han encomiado nuestros más conspicuos críticos é historiadores de nuestra literatura. Así, pues, sin descender á recoger y agrupar los elogios que como hablista y estilista se le han prodigado por cada uno de los numerosos trabajos sobre multitud de sujetos—fruto de su infatigable pluma y en su mayor parte de su celo por la prosperidad de España—que forman el conjunto de sus obras completas, y en especial por los que tienen más relación con los asuntos literarios y artísticos, tales como el *Discurso sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias*, de que hice mención más arriba; la *Oración inaugural pronunciada al dar principio á las enseñanzas del Real Instituto asturiano*; la *Memoria sobre los espectáculos y diversiones*; la *Descripción histórica del Castillo de Bellver de Mallorca*, de la cual son como ampliación y coronamiento las *Memorias sobre los conventos de Santo Domingo y de San Francisco, de la Catedral y de la Lonja*; el *Elogio de las Bellas Artes* y el de *D. Ventura Rodríguez*, y algún otro escrito de menos importancia, varios de los cuales, sin embargo, nos ofrecerán ocasión de entresacar de ellos fragmentos por quienes, á la vez

(1) COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por D. Leopoldo de Cueto. Tercera edición, tomo III.

que se pueda mejor apreciar lo mucho que vale su autor como escritor, se complete su retrato moral y literario; sin descender, repito, á recoger los elogios que por cada una de sus muchas y variadas producciones se le han prodigado, con lo cual no haría más que recargar esta parte de mi trabajo de citas que, por ser muy parecidas en el fondo, habían de dar á la misma tanta mayor monotonía y fatigar más la atención del lector, cuanto mayor empeño pusiera en multiplicarlas, limitaréme á trasladar aquí los juicios que acerca del conjunto de sus escritos han emitido dos críticos eminentes, á saber, Alcalá Galiano y Piferrer; quien, no menos que aquel famoso escritor, merece tan honroso dictado, por más que su fama bajo aquel concepto haya apenas salido fuera los términos de nuestro principado (1); juicios en los cuales si bien coinciden por punto general uno y otro crítico, adviértese en el del primero, como en el de quien procedía de la antigua escuela neoclásica, por más que fuese cuando lo formulaba, á fuer de neófito, ardoroso amator de las nuevas ideas literarias, cierta estrechez y cortedad de miras, indicio de que quedaban en él algunos resabios del modo de juzgar de aquella escuela; mientras que en el de nuestro paisano, como de quien había nacido, por decirlo así, y sido educado en los principios del romanticismo, adviértese más libertad y expansión, y puntos de vista más altos y trascendentales.

Hé aquí uno y otro juicio:

«Jovellanos, decía Alcalá Galiano á sus oyentes en sus *Lecciones sobre la Historia de la literatura en el siglo XVIII*, pronunciadas en 1847 en el Ateneo de Madrid, á que aludí

(1) Cuando estas líneas escribía no había salido aún á luz el tomo I de *La literatura española en el siglo XIX*, del P. Blanco García, quien, al poner á aquel nuestro malogrado amigo en el número de nuestros más famosos críticos de los tiempos modernos, dando á conocer con las breves pero calurosas frases que le dedica el muchísimo aprecio en que merece ser tenido bajo aquel concepto, ha hecho que saliese de los relativamente estrechos límites á que su reputación estaba reducida. Hoy, gracias á dicho escritor, no menos que á los elogios que de Piferrer ha hecho Menéndez Pelayo cuantas veces se le ha ofrecido ocasión—y no han sido pocas,—de sus dotes como escritor, de sus intuiciones artísticas y de su instintivo amor á lo bello, el autor de los tomos de *Cataluña y Mallorca*, de los *Recuerdos y bellezas de España* y de la *Colección de clásicos españoles*, ocupa un puesto de honor en la historia de nuestra moderna literatura.

en la primera parte de este escrito, Jovellanos es sin disputa una de las primeras glorias de España, tomando en su conjunto el escritor y el hombre, las doctrinas y las formas de sus escritos. Pero con decir que es de las primeras, no digo sea la más alta, ni que su composición literaria esté del todo exenta de lunares. Es en el estilo correcto, elegante con frecuencia, puro en la dicción, lleno de número, vivo de imágenes cuando escribe en prosa. En sus *Elogios* y en otras composiciones de sus primeros días, se acercó al gusto francés en el estilo llamado académico, no pecando, sin embargo, de hinchazón como Thomas, ni de ingenioso rebuscamiento como Fontanelle: menos frío que D'Alembert, es en general superior á estos modelos; pero con todo incurriendo un tanto en los vicios del género, que vienen á reducirse á componer una elocuencia ficticia. Andando el tiempo creció su estilo en robustez, si no en elegancia, y vino á ser uno de los escritores más *ciceronianos* que ha conocido el mundo, empapados en la manera y espíritu de los oradores latinos...» Y después de citar algunos escritos suyos donde campea su hermoso estilo en multitud de pasajes de la más elevada y pura elocuencia, «en sus mejores obras, añade, tenía las faltas anejas á sus excelentes cualidades. Su composición es, en general, verbosa, y se siente en ella el artificio retórico y algo de amaneramiento; faltas que en su gran modelo Cicerón, con ser tan superior su mérito, no deja de advertir una crítica, aunque severa, justa». Hasta aquí Alcalá Galiano.

Don Pablo Piferrer, después de hacer notar la diversidad de materias que fueron objeto de sus escritos, advierte tan oportuna como discretamente, que á pesar de no ser extraño al espíritu de los enciclopedistas, resplandece en toda aquella variedad de sus obras una condición preciosísima y no concedida á los que se formaron con los filósofos del pasado siglo, es á saber: un sentimiento religioso acendrado y sencillo, un amor á la patria ilimitado, un fondo de benevolencia para con todos sus semejantes, que fácilmente le granjea el corazón de los lectores. «No olvido, añade, que no me incumbe trazar su retrato moral; mas no puedo abs-

tenerme de decir que sobre ningún punto escribió sino con gran conciencia, que sintió como pocos la verdadera belleza, y que, anticipándose á los tiempos futuros, adivinó, en fuerza de ese sentimiento estético, los principios que ahora han cambiado la faz de la literatura y del arte. Y no tan sólo los adivinó, sino que su mirada penetró en las más de las particularidades y en la misma nomenclatura, hasta el punto de legar á la posteridad claras y fijas ideas fundamentales, y parte de los procedimientos de la escuela moderna. La arquitectura, la escultura y la literatura reconocen hasta qué punto precedió Jovellanos á la restauración que ahora ha venido desde países extranjeros; la literatura, que, restaurada por los Goethe, los Schiller, los Walter Scott y los Chateaubriand, levanta con respeto y delicia el velo de aquellas imágenes, fuertes ó delicadas, esbeltas y siempre puras y expresivas, que supo evocar del seno de la Edad Media. Por esto, duele que los negocios del Estado consumieran la mayor parte de su tiempo; y aun fuera de desear que, limitándose su erudición y menguando su amor á las empresas tan útiles que promovió, se hubiese retraído un tanto de las ciencias para consagrarse con mayores bríos á lo que constituía su principal talento. Mas ya que no dedicó á la literatura todas sus obras, al menos en ninguna dejó de probar que hasta en las cuestiones más áridas sabía introducir interés y colorido. En verdad, es muy para admirado cómo en tanta variedad su estilo se sostiene y se acomoda á cada asunto, sin perder en su fondo la fisonomía que lo caracteriza. Siempre puro, noble y correcto, pocas veces se le nota inelegante, ni destituido de fluidez, nunca obscuro. No es menos cierto que ya no ofrece siempre, ni tampoco á menudo, aquella manera de clausular tan amplia, tan rotunda, tan numerosa, que tanta armonía, majestad y pompa había comunicado á la prosa de los Leones y de los Cervantes. No en vano le separaba de éstos toda una época de corrupción: el espíritu francés se había arraigado demasiado, aun entre los mismos que comenzaron á restaurar la lengua; y cuando ya nuestra prosa había nacido con distinto arte, y todo acá estribaba en las ideas francesas, ¿qué

mucho que también él adoptase lo que, por tan admitido, había de parecer natural á su época? Con mayor razón podría inculpársele de que formuló con alguna afectación muchos de sus discursos y de que, ó por amplificar un concepto, ó por reforzar el tono, se hizo á veces declamatorio. Mas en otros de estos discursos, la oratoria académica cuenta con otros tantos modelos; al paso que en varias de sus memorias, levantándose sobre su tono ordinario de mesurada reflexión, se reviste de imágenes brillantes y enérgicas, pinta con extraordinaria viveza, perora con fuerza y enciende el entusiasmo. De esto hace principalmente alarde en las materias que herían más profundamente su imaginación y despertaban su sentimiento de la belleza; pues entonces, como si su alma se desasiera del cúmulo de conocimientos adquiridos con su estudio y con sus cargos, se remonta con fuerzas mayores, por más geniales, y habla con la voz elocuente que su propia inspiración le comunica. Por esto, en mi sentir, sin que de ninguna manera se desaconseje la lectura de todas sus obras, ni en cuanto al buen sentido se excluya ninguna, deberían proponerse como las más acabadas en este particular ó las más abundantes en trozos animados y vigorosos, la *Descripción de Bellver*, la *Oración sobre el estudio de las ciencias naturales*, el *Elogio de D. Ventura de la Vega* y sus notas, el de *Carlos III*, el *Informe sobre el libre ejercicio de las Artes*, el del expediente de la *Ley Agraria*, y la magnífica *Descripción de la isla de Mallorca*, tal como la descubría desde el castillo de Bellver, escritos en que la lengua castellana reapareció, ya que no con las mismas proporciones de los tiempos pasados, con todo el esplendor, la elegancia y el brío que habían de sacarla de su abatimiento y señalar una nueva época» (1).

Por tan exacto y acabado tengo este juicio crítico de Jovellanos, trazado por quien fué por pocos igualado en su tiempo—cuando había traspasado apenas los umbrales de su juventud—en lo puro y elevado del sentido estético, y de nadie, por ventura, superado en intuición artística y amor

(1) *Clásicos españoles, Colección de trozos, etc.*, por D. Pablo Piferrer.—Barcelona, imprenta de Tomás Gorchs, 1846.

á la belleza, que diera en este punto y hora por terminada mi tarea si únicamente á poner en el lugar que le correspondía el mérito de Jovellanos como escritor la hubiese limitado. Mas como aspiro, no tan sólo á señalar, siquiera sea fijándome por modo más especial, de entre sus escritos en prosa, en los que, teniendo más relación con mi asunto, ó sea en los que en más alto punto han puesto su fama de perfecto hablista y estilista discretísimo, pueden ofrecer más evidentes testimonios de cuán acertado anduvo el joven crítico catalán en aquel su juicio, si que también á completar, si me es dado alcanzarlo, el que formé de sus opiniones literarias; ampliar, con más detenimiento que lo hice en la primera parte de este trabajo, el concepto que de él formulé como crítico, y señalar, con nuevos y más señalados testimonios, las contradicciones, ó si se quiere atenuar el vocablo, los cambios ó modificaciones que en su manera de pensar y sentir adviértense en él bajo aquel concepto, así respecto de las artes plásticas como de la literatura; cambios y modificaciones hijas en él, en parte, de las varias causas que allí quedan indicadas; en parte y por ventura en mayor grado, de las circunstancias y encontrados accidentes de su agitada existencia, al logro de este propósito, con lo cual completaré el plan que en esta última parte de mi trabajo me he trazado, destinaré las páginas que me faltan para dar por terminada mi tarea.

Por lo que se refiere á la evolución ó cambio de ideas que respecto de las bellas artes verificóse en el gusto de Jovellanos, además de que no á mí, sino á los que tomen sobre sí la labor de dilucidar el tema propuesto por la Academia de San Fernando corresponde ocuparse, de tan discreta y acertada manera lo ha dado á conocer y explicado en brevísimas líneas el tantas veces citado Sr. Menéndez y Pelayo en el siguiente pasaje de su áureo libro de la *Historia de las ideas estéticas en España*, que creo excusado añadir una palabra más á las suyas. «En la crítica de Jovellanos, dice al juzgar las obras estéticas que tienen como medio de manifestación el color y la línea, pueden señalarse dos períodos muy distintamente caracterizados. Pertenecen al primero los es-

critos anteriores á su deportación á Mallorca, en los cuales Jovellanos, á pesar de su habitual elevación de espíritu y del vigor de imaginación con que siente y se asimila lo bello y parece como que vuelve á crearlo con sus palabras, no traspasa en general los horizontes de la escuela de Mengs y de Milizia, entonces dominantes, por más que ya comience á notarse en él cierta curiosidad arqueológica que le lleva hacia los monumentos de la Edad Media, y cierta propensión á admirar las obras artísticas que caen fuera del estrecho círculo en que se movía la crítica de los Llagunos, Azaras y Bosartes. En el segundo período estas tendencias llegan á relativa madurez, y algunos pasajes de sus disertaciones mallorquinas hacen á Jovellanos legítimo precursor del romanticismo, por el sentimiento y color local con que restaura y anima mentalmente los templos, los alcázares y los castillos de la Edad Media, volviéndolos á poblar con las sombras de los que un día los habitaron» (1).

No de mucho y con la precisión con que, según acaba de verse, fija Menéndez el distinto criterio en dos épocas muy señaladas de la vida de nuestro autor en que juzgó las obras del espacio y sobre todo las arquitectónicas, es posible establecer los diferentes períodos en los cambios ó contradicciones que se advierten en él, y se reflejan en sus escritos, respecto de sus opiniones literarias; así como tampoco es dado siempre determinar los caminos por quienes pasó de unos á otros principios en lo que á la ciencia de lo bello en las producciones de la palabra se refiere. Más aún—y esto aumenta la dificultad de la labor que me he impuesto,—aparecen algunas veces aquellas tan vagas, que es poco menos que imposible determinar qué es lo que acerca de las mismas pensaba en un momento dado; como en otras ocasiones parece que hay en él dos hombres que, dentro de un espacio de tiempo determinado, opinan de distinto modo; de suerte que es por demás dudoso decidir si nos encontramos en presencia de un antiguo discípulo de Luzán, que no acierta á soltar los andadores con que diera sus primeros pasos en el campo

(1) Obra citada, tomo III, volumen II, pág. 455.

de las bellas letras, ó del inspirado veyente en cuyo entendimiento se reflejan, inciertos, si se quiere, pero visibles, los albores de la nueva, aún no nacida, escuela que debía venir á reemplazar, á la vuelta de algunos años, la en que había estado hasta aquel punto afiliado.

Veámoslo.

Sean los *Elogios de las Bellas Artes* y de *D. Ventura Rodríguez*, que en cierto modo mutuamente se completan—este último enriquecido con multitud de eruditísimas notas que casi constituyen juntas un curso de historia de arquitectura,— el tema primero donde estudie á Jovellanos como escritor y como crítico. Bajo el punto de vista literario ocupan sin disputa dichos *Elogios*, según el unánime dictamen de distinguidísimos críticos, lugar preferente entre todas las mejores producciones que brotaron de su castiza y elegante pluma, y de los cuales ha podido escribir Menéndez y Pelayo que «son acabados modelos de aquel género de oratoria académica, un tanto pomposa y aliñada en demasía, pero grande, majestuosa y noble, en que se mostró émulo del mismo Tulio. De uno y otro podría citar muchísimos pasajes en que, acalorada su mente por el entusiasmo que en él despiertan su amor á las artes bellas y sus simpatías hacia sus cultivadores y Mecenas, se levanta más allá de los términos adonde pueden llegar los artificios de la oratoria y empiezan las espontaneidades y arrebatos de la verdadera elocuencia». El mencionado crítico, en las palabras que dejó transcritas, aludía á aquel pasaje del susodicho *Elogio á las Bellas Artes*, donde, hablando de la escuela de pintura sevillana, rompe en aquel elogio de Murillo—que aquel crítico encontraba sin embargo incompleto—y en el de Velázquez, que era para Jovellanos el pintor predilecto, y digno de ser escrito en letras de oro. Permítanme mis lectores que, después de recomendarles que saboreen los primores de dicción y de estilo que esmaltan uno y otro elogio, traslade aquí las elocuentes líneas donde, lamentando el escaso aprecio en que tenían los próceres de su tiempo las obras de arte, sobre las cuales—baldón para ellos y para los que en nuestros días les imitan—daban la preferencia á los fútiles adornos más de moda, exhala

su dolor en estas sentidísimas quejas: «¿Quién podrá recordar sin lástima aquel tiempo en que, á favor de la universal confusión, iban saliendo de nuestros confines la mayor parte de los preciosos monumentos que tantas personas de buen gusto habían recogido en el largo espacio de dos siglos? ¿Adónde están ahora aquellas copiosas y exquisitas colecciones que honraban otras veces los palacios de nuestros grandes y las casas de nuestros nobles? ¿Qué se ha hecho de aquellos preciosos museos, formados á tanta costa, aumentados con tanto afán y poseídos con tanto gusto? Que se abran por un instante á nuestra vista los palacios de la corte y de las provincias; entremos de repente en ellos, busquemos las obras de los célebres artistas recogidas por nuestros abuelos... Pero ¿qué digo? ¿Preguntamos siquiera por aquellas venerables series de retratos que conservaban en otro tiempo á sus poseedores la historia de sus familias y la imagen de sus ilustres ascendientes? ¿Qué se hizo de ellas? ¿Cómo han desaparecido de nuestra vista? ¿Á tanto pudo llegar el descuido, que no exceptuásemos del común menosprecio los semblantes de nuestros mismos abuelos? ¿Por ventura podremos aplicarnos aquella sentencia de Plinio en tiempo de Trajano? «Desde que nuestras costumbres, decía, no se parecen á las de nuestros mayores, nos curamos muy poco de conservar sus imágenes.»

«La pintura, decía también Plinio, era un arte noble cuando los reyes y los pueblos la sabían apreciar; mas ya han logrado desterrarla los mármoles y el oro.» ¡Oh! ¿Qué diría si viese nuestras casas, no ya cubiertas de láminas de oro y adornadas con raros y exquisitos mármoles, sino vestidas de estofas y damascos, ó, lo que es peor, de humildes lienzos y de ridículos papeles?» (1).

Es, pues, indudable que en los mencionados *Elogios*, lo propio que en muchas otras de sus producciones, en especial en las que quedan apuntadas como las mejores entre las suyas, álzase Jovellanos como escritor á grande altura. Mas ¿puede, con justicia, colocársele al mismo nivel como crítico?

(1) *Obras de Jovellanos*, tomo I, pág. 358.

También al considerarle bajo este concepto, por más que lo haga en breve resumen, he de verme obligado hasta cierto punto, por la ley del plan que me he propuesto, á ir, si cabe decirlo así, á la zaga del autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*, á cuya autoridad es poco menos que imposible no acudir en materias literarias, ó como maestro de crítica que es en ellas, ó como explorador y como ningún otro conocedor de sus secretos; por lo que me han de perdonar mis lectores que me aproveche, con el respeto con que lo hago siempre que beneficio sus enseñanzas, de sus ideas en lo que á mi propósito convenga en esta parte de mi trabajo.

Apuntaba más arriba la idea de que Menéndez encuentra á faltar algo al elogio de Murillo por Jovellanos. Hé aquí lo que de él escribía: «Crítica brillante, pero incompleta. Todas las cualidades exteriores de Murillo están aquí: sólo falta—¡inexplicable olvido en un hombre tan creyente como Jovellanos!—el alma del pintor, su inspiración cristiana». Distracción, me permitiré advertir aquí, en nuestro eximio crítico inexplicable. En el punto en que escribía aquellas palabras no se acordaba, sin duda, de que cuando componía aquel elogio no era Jovellanos el creyente de los últimos años de su vida; era, por el contrario, aún el Jovellanos en artes y en letras, perdóneseme el vocablo, pseudo-pagano. Y de ser así encuéntranse repetidísimos testimonios en multitud de pasajes de los susodichos *Elogios*.

Y aquella deficiencia que encontraba Menéndez en el juicio de Murillo, encuéntrase por igual modo y por idéntico motivo en otros muchos juicios de nuestro autor, en muchas de sus obras referentes á asuntos literarios ó artísticos, sobre todo cuando se ocupa en las artes cristianas, ya que entonces y en muchísimos casos, no tan sólo son aquéllos deficientes, sino contradictorios. Sin género ninguno de duda, al igual que Capmany, como en otra ocasión dejo apuntado, desviándose del unánime dictamen de sus contemporáneos, bien que no con tan alto sentido estético como aquél, acertó á ver en los edificios ojivales religiosos bellezas y primores donde todos los arquitectos de su tiempo no veían más que

caprichos ó creaciones absurdas del llamado por la mayor parte de ellos *bárbaro gotismo*. Pero con la misma pluma con que en el *Elogio de las Bellas Artes* había calificado de «seria, rica y llena de adorno la arquitectura de los templos góticos» y puesto á las nubes «la suntuosidad, la delicadeza, la seriedad augusta de las iglesias de Burgos, Toledo, León y Sevilla, en quienes—dice—parece que el artista apuraba todo su saber para idear una morada digna del Ser Supremo, y dentro de las cuales el hombre se sintiese penetrado de una profunda y silenciosa reverencia; y que, apoderándose de su espíritu, le dispusiese suavemente á la contemplación de las verdades eternas», al examinar á la *luz de los principios del arte* las partes del edificio, convertíanse para él en defectos la prodigiosa multitud de delgadas columnas reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas, lo cual calificaba de menudencia y nimiedad en el trabajo; lo que para él resultaba ser, visto á aquella lumbre, intrincado laberinto de capiteles, torrecillas, pirámides, templetos derramados sin orden ni necesidad por todas las partes del templo; y hacía que no acertase á ver más que desproporción entre su elevación y anchura, entre las partes sostenidas y las que sostienen, entre lo principal y lo accesorio; y, en suma, y dejándose llevar de aquel criterio, daba también el nombre de bárbaro al arte que había engendrado lo que nosotros consideramos como maravillas, y él tenía por graves defectos, y prodigaba excesivos elogios á Brunelleschi y á sus imitadores porque, inspirándose en los reglas de Vitruvio y en el estudio de los monumentos de la antigüedad, habían venido á acreditar un nuevo gusto arquitectónico, que había de acabar con el que había prevalecido hasta entonces.

Mas sí se siente como oprimido el ánimo cuando, á par que reconoce y admira el alto ingenio de Jovellanos y la belleza de su corazón lleno de no común sentimiento religioso, y dotada de no vulgar sentido estético su mente, da pena verle, atada su fantasía y oscurecida su clara inteligencia por fríos dogmatismos y hondas preocupaciones de escuela, juzgar no pocas veces con tan menguado criterio las obras del arte cris-

tiano, analizando y rebajando, y hasta desconociendo con harta frecuencia los primores de sus detalles (1), sin acertar á penetrar y menos aún á comprender el espíritu que lo informa, y por el cual se levanta sobre cuantas formas arquitectónicas ha inventado el ingenio humano á través de los siglos.

Con no menos sentimiento, por no desviarse ni un ápice de los preceptos de Luzán, cual en las obras arquitectónicas por no apartarse de las reglas de Vitrubio, le vemos reprobar las producciones de nuestro teatro, hasta aquellas que hubiesen servido algún día de modelo á otras de fuera de casa, y fuesen, según él, dignas por otra parte de perdurable alabanza por sus inimitables bellezas, tales como la novedad de su invención, la belleza de su estilo, la fluidez y naturalidad de su diálogo, el maravilloso artificio de su enredo, la facilidad de su desenlace, el juego, el interés, el chiste y sales cómicas que brillan á cada paso en ellas; y todo por haber osado sus autores prescindir de la tiránica ley de las tres unidades, sin parar mientes que, si tantas y tan estimables bellezas atesoraban, era en gran parte por no haber querido sujetarse á tan duro yugo; en cambio, parece como que el espíritu se dilata y respira en una atmósfera más pura cuando se lee la *Oración* que pronunció en el Instituto Asturiano sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias, á que hice alusión en otra parte de mi trabajo, y que es por ventura la obra suya donde por más íntimo lazo brillan unidas las soberanas dotes del escritor elocuente y el aventajado y discreto crítico, y donde mejor, acaso, que en ninguna otra obra suya se elevan y sostienen uno y otro en la misma altura. Nada en ese escrito de vacilaciones ni dudas. Lo que como crítico piensa, aunque sean con-

(1) Fuerza es, sin embargo, confesar, y lo hacemos con el mayor gusto, que en las notas del *Elogio á D. Ventura Rodríguez*, escrito cinco años después del de las Bellas Artes, no se muestra tan severo al juzgar las diferentes partes, los detalles y los adornos de los edificios religiosos ojivales, antes les prodiga epítetos de loa, que revelan cierto cambio en el sentido estético de su autor. No obstante, y como si no le fuese posible desprenderse del todo de sus preocupaciones de escuela, calificaba en el mismo punto y hora «las torres góticas de ociosísimo ornato», y al par que de «la más noble la menos necesaria, ó, por mejor decir, la más inútil parte de los edificios sagrados».—*Elogio de Ventura Rodríguez*, nota II, pág. 384 del tomo I.

ceptos que bajo su pluma puedan parecer atrevidos, lo piensa con seguridad, lo razona con vigor y lo expresa con elevada y ardorosa elocuencia. Como literato esfuérase en comunicar á sus jóvenes oyentes el entusiasmo que siente por las bellas letras y en demostrarles que, no tan sólo es compatible su cultivo con el de las ciencias, de las cuales muéstrase también amador apasionado, sino que son dos ramas unas y otras del humano saber, que dan frutos más numerosos y sazonados cuanto más unidas crecen. Admirador fervoroso de la antigüedad y de sus soberanos modelos, cree, no obstante, que ni se debe empeñar á los alumnos de su Instituto en largos y penosos estudios de las lenguas muertas, á fin de que puedan beber directamente en sus fuentes purísimas los sublimes raudales de poesía que produjeron los soberanos ingenios de Grecia y Roma, ni apartarles, para entregarse á su estudio, del trabajo que deben consagrar al cultivo de los conocimientos científicos. Discípulo, sobre todo encarecimiento, sumiso y por lo tanto obediente hasta la servidumbre de los rígidos cánones de los preceptistas que fían en la imitación de aquellos preclaros modelos sus más gloriosos triunfos literarios, rompe en dicha *Oración*, como en otra parte de este mi escrito dejé sentado, con aquellos viejos cánones, para fundar en el estudio directo de la naturaleza, no tan sólo ya la esperanza, sino hasta la certeza de alcanzar por este camino menos dudosos y más duraderos triunfos. No he de repetir el pasaje de aquella *Oración* que transcribí entonces, ni recordar el breve pero expresivo juicio que de él escribió Menéndez y Pelayo; mas como en las escasas líneas allí trasladadas no se indicaba sino como un esbozo, si vale decirlo así, del pensamiento que se proponía inculcar á su auditorio Jovellanos, creo que no ha de parecer fuera de su lugar é impertinente á mis leyentes que traslade aquí los elocuentes términos con que desarrolla y refuerza aquel pensamiento, dándoles de paso una nueva muestra de cuán á maravilla sabe hacer alarde, cuando el sujeto que trata lo requiere, de sus elevadas condiciones de escritor. «Y hé aquí también—dice—adónde deseamos guiarnos por medio de esta nueva enseñanza (la de las lenguas

modernas). Su fin es sembrar en vuestros ánimos las semillas del buen gusto en todos los géneros. Para formarle, para hacerle germinar, hartos modelos escogidos se os pondrán á la vista de los antiguos en sus versiones, de los modernos en sus originales. Estudiad las lenguas vivas; estudiad, sobre todo, la vuestra: dad más á la observación y á la meditación que á una infructuosa lectura, y sacudid de una vez las cadenas de la imitación; separaos del rebaño de los metodistas ó copiadores, y atreveos á subir á la contemplación de la naturaleza. En ella estudiaron los hombres célebres de la antigüedad, y en ella se formaron y descollaron aquellos grandes talentos en que, tanto más que su excelencia, admiramos su extensión y generalidad...»

«¿Queréis ser grandes poetas? Observad, como Homero, á los hombres en los importantes lances de la vida pública y privada, ó estudiad, como Eurípides, el corazón humano en el tumulto y fluctuación de las pasiones, ó contemplad, como Teócrito y Virgilio, las deliciosas situaciones de la vida rústica. ¿Queréis ser oradores elocuentes, historiadores discretos, políticos insignes y profundos? Estudiad, indagad como Hortensio y Tulio, como Salustio y Tácito aquellas secretas relaciones, aquellos grandes y repentinos movimientos con que una mano invisible, encaminando los sucesos humanos, compone los destinos de los hombres y fuerza y arrastra todas las vicisitudes políticas. Ved aquí las huellas que debéis seguir; ved aquí el modelo que debéis imitar. Nacidos en un clima dulce y templado, y en un suelo en que la naturaleza reunió, á las escenas más augustas y sublimes, las más bellas y graciosas; dotados de un ingenio firme y penetrante, y ayudados de una lengua llena de majestad y de armonía, si la cultivareis, si aprendiereis á emplearla dignamente, cantaréis como Píndaro, narraréis como Tucídides, persuadiréis como Sócrates, argüiréis como Platón y Aristóteles y aun demostraréis con la victoriosa precisión de Euclides» (1).

JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS.

(Concluirá.)

(1) Lugar citado, tomo I, pág. 332.



LA GÁRGOLA

Le motejaban todos
de adusto, fiero, impenetrable, huraño,
insensible á los goces de la vida,
monstruo sombrío del linaje humano.
Era como la gárgola del templo,
que arroja desde lo alto
del murallón vetusto y carcomido,
el agua de la lluvia, en forma de arco.
Clavadas en el muro
las garras de león, sobre el espacio.
el escamoso cuerpo
tendido boca abajo,
y las fauces abiertas y profundas,
como si amenazara devorarnos,
parece, al que lo mira desde el suelo,
un engendro satánico.
Pero subid arriba, más arriba
del misterioso endriago,
y veréis en el hueco de su espalda,
en el verduzco légamo formado
por la humedad y el polvo,
nutrirse, al tibio rayo

del sol de primavera,
las violetas de cáliz perfumado,
picotear el jilguero
la semilla del cardo,
y aderezar su nido los vencejos
en aquel escondrijo solitario,
menudo paraíso de colores,
de luz, de amor, de besos y de cantos.

También había luz, también había
perfumes delicados
de místicas violetas,
y sonrisas de amor, allá en lo arcano
del alma de aquel hombre,
adusto, fiero, impenetrable, huraño.
Sólo que era preciso
para poderlo ver... subir muy alto.

JUAN ALCOVER.





UN CENSOR DE COMEDIAS (1)

Pero dejando á un lado las muchas razones especulativas que pudiera alegar contra unas proposiciones tan contradictorias, vamos á la práctica. La Bermejo ha representado en este año varias comedias de las que los galanes la han querido poner en lista, sin sainetes nuevos, sino viejos y muy malos, sin tonadillas nuevas, sino antiguas y muy insulsas, y esto en el verano, en que los compositores de música tenían obligación de dar seis tonadillas nuevas, las que reservaron hasta que ella concluyese su turno, y con todo eso ha tenido tan buenas y mayores entradas que la María del Rosario con sainetes nuevos y tonadillas nuevas que ésta solicitaba para oscurecer á su rival (2). No hay más que ver

(1) Véase la pág. 292 de este tomo.

(2) Que la Tirana y otras primeras actrices, aun siendo tales, cantaban en las tonadillas y sainetes, en las introducciones y apropósitos, está puesto fuera de duda; pero además contrataban las compañías *partes de cantado* que diariamente hacían papel en las obras mencionadas, porque hay que saber que la mayoría de los sainetes tenía música, y si no la tenía se intercalaba. La representación dramática ha perdido su carácter. En el siglo XVII las actrices declamaban, cantaban y algunas veces bailaban; en el siglo XVIII suprimieron el baile; en el XIX suprimieron el canto. El Teatro Español, y aun la Comedia, en ciertas noches resultan demasiado serios para esa multitud que quiere divertirse y lo paga.

Sabemos todos que en los tiempos de la Tirana y de la Bermejo se organizaban y distribuían las funciones de los teatros de la Cruz y del Príncipe de muy distinto modo de como se organizan y distribuyen en el Español y en la

los Diarios y hacer un paralelo, y se verá ser cierto lo que digo. La excelente comedia nueva original *El señorito mudo* comedia es, y comedia que, hasta que ella la admitió, ningún comediante la apreciaba, ni quería jamás representarla por más diligencias que hizo con ellos el Ingenio, y representada por la Bermejo tuvo el aplauso que es notorio. *Las cuatro naciones* comedia es, y comedia en que la Bermejo dió evidentes pruebas de su proporción y habilidad para las sales y gracias cómicas; y aun pongo cualquier cosa por ella á que si la dan sainetes graciosos de una paya, de una maja, de una boba y otros caracteres ridículos los desempeñará cual ninguna. La *Eugenia*, la *Esposa persiana*, la *Hipermenestra*, la *Fedra* y otras representadas por la Bermejo merecieron aplauso y dieron mucho dinero, y estas mismas piezas, ejecutadas en otras ocasiones por su rival la María del Rosario y otras comediantas en Madrid, fastidiaron, de lo que yo soy testigo, y de algunas se puede ver en el *Memo-rial literario* y aun en las mismas copias existentes en el caudal, en las cuales, según estilo de las compañías, han puesto (como me consta) á la margen ó fachada de las piezas *apestó*, expresión que no han puesto representadas después por la Bermejo.

Es inútil el extenderme en probar el talento, no sólo trágico, sino cómico, de esta actriz. Pero no puedo menos de

Comedia; D. Ramón de la Cruz nos lo demuestra con su sainete *La visita de duelo*, en donde, para hacer pasar la noche agradablemente á una tertulia, uno de los visitantes representa él solo una función entera, ajustada á la práctica que se observaba en los dos coliseos de la época, ya citados, es á saber: loa, jornada primera de un drama, entremés, tonadilla, jornada segunda, sainete, tonadilla y jornada tercera, suprimiendo el fin de fiesta, que también era muy usado. El aliciente del teatro no lo constituía, ya lo he manifestado en un artículo anterior, el drama en tres actos por sí solo, sino en unión de la loa ó introducción, de los intermedios y del fin de fiesta. Hemos arrojado del Teatro Español la parte ligera, alegre y musical, y como contaba con la simpatía constante del público, ha formado rancho aparte, creando lo que hoy se llama el *género chico*. Sin volver al antiguo sistema, debería modificarse el actual, puesto que el espectador indirectamente lo reclama, señalando honroso puesto á la encantadora Euterpe, que tan buenos ratos ha hecho pasar al público y tan pingües ganancias ha producido á los *autores* en el histórico escenario del Teatro del Príncipe. Y lo triste del caso es que el *género chico*, como criado fuera de la casa paterna, habiéndose educado en los teatros-cafés, con el desenfreno propio de quien no tiene en su juventud persona sabia y cariñosa que le dirija, ha venido á parar al lamentable estado en que al presente le vemos.

arrimarme á la opinión de aquellos que se asombran cuando en competencia suya miran con partido de primera dama á la Juana García. No hallo más mérito en esta actriz que el de sus pocos años y no desgraciada cara, que la habrá granjeado el favor del populacho y de la gente que no ve otra cosa. Su gesto, su acción, su declamación, su insufrible tonillo la ponen en clase de una dama indigna de ser primera en las tablas de Madrid, cuyos teatros deben ser los más finos y sobresalientes de todo el reino por la alta jerarquía de personas que concurren á ellos. Es menester que se ciegue voluntariamente ó carezca de sentido común el que crea que la Juana, en competencia de la Bermejo, debe ser preferida para primera dama en las tablas de la corte. Por lo cual, y no ser plazas juradas las de comediantes, me parece que á la Juana García se la podría dar otro destino en el teatro, y poner en propiedad de primera dama á la Bermejo, que es á propósito para desempeñar tragedias que no puede la Juana, y también comedias, como lo dejo ya probado, y esto se hace más necesario en el actual reinado en que Sus Majestades (q. Dios gue.) gustarán acaso, como hasta ahora, divertirse alguna vez con una ú otra función de teatro, y la Bermejo es actriz conocida y aplaudida en los teatros de los Sitios Reales.

Los autores de las compañías y demás parciales suyos levantarían el grito hasta las estrellas; renovarían la ojeriza y las calumnias con que se han explicado contra esta mujer, la que en este año ha padecido una persecución tan general y terrible, que hasta los sujetos más imparciales y juiciosos han llegado á dudar si la Bermejo habrá dado ó no motivos para verse tan perseguida. Pero este recelo sólo nace de las voces esparcidas por sus contrarios. Para salir de dudas, era menester oír á la Bermejo, porque sin oír á las partes no se puede formar juicio cabal.

No es nuevo en las compañías cómicas suscitar ojerizas y persecuciones nacidas de la envidia, que no puede mirar con buenos ojos la habilidad superior de otro, contemplando en su mérito un fiscal que tácitamente reprende y acusa la desidia ó falta de talento del envidioso. Los comediantes se

jactan descaradamente de haber muerto á pesadumbres á Palomino, y traen este ejemplar para hacer lo mismo con la Bermejo. Las cartas de los Diarios son la capa con que palían y doran su ojeriza contra ella; pero las mismas cartas están diciendo que el autor de ellas las escribía de orden superior. Demás de esto, es constante que la Bermejo dió satisfacción pública en una carta que hizo poner en el Diario, cortando al mismo tiempo todo trato y comunicación con el caballero que llamaban *de las cinco letras* E. A. D. L. M. (1), el cual, para publicar sus críticas, no necesitaba de los auxilios é influjo de la Bermejo, supuesto que (como me consta con evidencia) él estaba muy resuelto á escribirlas para que sirviesen como de preámbulo á la reforma de los teatros que pensaba entablar, remendando piezas viejas como lo hizo con la *Estrella de Sevilla* (que es su *Don Sancho de las Roelas*) y lo tenía hecho con otras muchas, como él mismo lo confiesa en otro Diario (2). Fuera de eso, el *Censor*, el *Memorial literario* y el *Correo de los Ciegos* habían criticado mucho tiempo antes las comedias y comediantes, y aun *El Censor* con excesiva acrimonia, y mayor rigor que se hizo

(1) *El Autor De Los Menestrales*, D. Cándido María Trigueros.

(2) D. Santos no era partidario de las refundiciones; véase lo que dice en otro informe:

«Ojalá se hiciesen muchas traducciones de los buenos dramas que hay extranjeros, ó nuevamente se compusiesen otros originales, lo cual sería empeño más útil y digno de un buen ingenio, que el de quitar ó añadir á los antiguos, como por el Diario de hoy (20 Junio 1788) sabemos haberlo hecho don Cándido María Trigueros, *quitándolos la broza*, cómo él se explica, pues en esto puede haber inconveniente. Los antiguos dramas, buenos y malos, como ellos son, nos dan una idea de los progresos y atrasos de la poesía en sus respectivos tiempos; son un monumento de historia literaria; nos presentan ciertas maneras de hablar que hoy no son comunes, y tal vez una breve expresión y aun una sola palabra nos da luz para venir en conocimiento de algunos usos antiguos, y de otras cosas que merecen nuestra curiosidad. De la licencia en poner la mano en los escritos antiguos han resultado mil disputas sobre su legitimidad, teniéndose por apócrifos y supuestos muchos pasajes, capítulos y aun libros, que si no se les hubiera retocado no se dudaría de sus verdaderos autores. La comedia *Rcinar después de morir* la tenemos en una bien arreglada tragedia; y así como el poeta que la compuso se valió de un argumento conocido ya en nuestros teatros, sin tocar, ni alterar palabra alguna de la tal comedia, sino haciéndola de nuevo, del mismo modo tengo por cosa buena el enmendar á nuestros poetas dramáticos dando una entera novedad á los argumentos de sus dramas, pero sin desencuadernarlos, remendarlos y pegarles centones; porque es dejar la cosa tan mal ó peor que estaba.»

posteriormente en los Diarios, pues ridiculizaba á los comediantes y comediantas señalándolos por sus nombres; y con todo eso, los Diarios solamente encendieron la cólera de las compañías cómicas porque la Bermejo trataba con el autor de dichas cartas. Yo creo que aunque semejantes cartas no se hubieran publicado, hubiera seguido la envidia y ojeriza de los comediantes contra la Bermejo. Ninguna crítica en que pudiese ser cómplice esta mujer se había escrito, cuando el autor Martínez, María del Rosario, y no sé si Juana García, hicieron los mayores esfuerzos para que la Bermejo no fuese admitida en las compañías, llegando su exceso á tanto que sé que (según me han dicho) tuvieron la osadía de negarse á firmar como no se la excluyese, manifestando en este modo de proceder su ingratitud á los favores y especiales gratificaciones con que les había distinguido la generosidad de la Villa. ¿Qué es esto sino envidia del superior mérito de la Bermejo? Entonces, que no había críticas de los diarios, decían hasta los comediantes más ineptos que era una mujer altiva y dominante. No es de extrañar que estos ignorantes equivoquen la ingenuidad con la altivez, y lo dominante con el empeño de que las funciones se ejecuten con la propiedad que deben.

Yo no conozco á la Bermejo sino en las tablas, ni sé si es humilde ó altiva; pero comprendo que aunque tal vez haya prorrumpido en algunas expresiones duras, la han dado muchos motivos injuriándola, persiguiéndola, tratándola con desprecio y (lo que es peor) escribiendo alguno de las compañías y esparciendo coplas contra ella, las más infames y soeces que pudiera abortar la malignidad. Yo las he leído, y no pude leerlas sin indignación y horror. ¡Que la Bermejo es altiva! ¿Y qué tiene que ver el genio con el desempeño en servir al público? Por el genio, que también afeaban á la Cabañas, carecen los teatros de Madrid de un barba tan excelente como López, su marido. Cada cual tenemos nuestro genio, y el trabajo de luchar con ciertas pasiones de que no se libra ninguno de los mortales. Si la Bermejo es altiva, ¿son acaso humildes de corazón sus rivales? Si es altiva, si se excede, ¿por qué no se quejan con formalidad á V. S. que

es su Juez, para que la corrija? Pero serán frioleras á que ellos la habrán dado motivo; y no hay que hacer caso de frioleras, y menos en mujer injuriada y ofendida. Por corteidad no habrán dejado de querellarse, pues bien lo saben hacer con solo una sombra que les asista de razón. Mas aunque la altivez es reprehensible y la humildad loable, no son estas cualidades características de una buena actriz, sino el talento, aplicación y desempeño de su oficio: esto pide el público, y esto se encuentra en la Bermejo, por más que lo quieran meter á barato sus émulos. Si tiene otros defectos políticos y morales, no son ellos los jueces para corregirla, sino sólo V. S. que bien informado, y oídas ambas partes, dará á cada uno lo que merezca. Ella es mujer, y como tal tendrá, lo mismo que todas, sus defectos que disimular; pero es una bajeza que tantos barbados de las Compañías, con iguales ó mayores defectos, hagan vanagloria de abatir y sofocar á una pobre mujer. Ninguno se queja de ella con formalidad, sino con chismes y falsedades, de lo cual pudiera dar una prueba evidente si este punto no pasase ya de los límites, pues me parece que me he dilatado demasiado en esta apología de la Bermejo. Yo no conozco á esta mujer más que por una actriz que desempeña con primor su obligación, y por una mujer abatida de sus mismos compañeros; y estas dos circunstancias me han movido á ponerme de su parte, y recomendar á V. S. su verdadero mérito para que la atienda conforme á él en la formación de compañías para el año cómico que entra, haciéndola primera dama de las que llaman de los *Polacos*, en lugar de la Juana García, cuyo carácter, además de ser inepto para tragedias, es poco de desearse para comedias.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 ARQUITECTO DE RECONSTRUCCIÓN DEL

PUNTO IV

REFORMA DE ACTORES INHÁBILES Y SOBRANTES

La broza y excesiva hierba que produce el suelo es causa de que las plantas útiles que hay en él se sofoquen y no medren; por eso el labrador limpia la tierra y arroja las hier-

bezuelas inútiles. Así también, para que los comediantes hábiles no se sofoquen y medren más, es menester desembarazarlos de los inútiles y sobrantes, que sólo sirven de chupar el jugo del premio ó interés que necesitan los otros para florecer, como deben, en el teatro. Hoy no es como cuando una primera dama salía á las tablas sin costosos peinados y con un vestido de gorgorán ó droguete, aunque no por eso tienen ahora más sueldo que entonces: los gastos se han aumentado, y el partido de intereses creo que es poco más ó menos el mismo. Un galán, y más una dama, necesitan hoy gastar mucho dinero en vestidos, peinados y otros adornos que son precisos para representar á vista de unos espectadores como los que concurren á los teatros de la corte. Si no ganan para costear todas estas cosas se presentarán con indecencia, ó habrán de buscarlas por medios acaso ilícitos. Por lo cual, si se desea un teatro lucido y culto, es menester que los comediantes ganen un partido suficiente; y el modo de conseguirlo sería reformando gente inútil y sobrante, para que con el ahorro de dinero que se expende en éstos, se puedan dar competentes gratificaciones á aquéllos. El honor ó el interés suele ser el primer móvil de las acciones de los más de los hombres: sin lo uno ó lo otro no hay que esperar cosa de provecho en los teatros por parte de los comediantes. Hay hombre que sale rara vez á las tablas y goza poco menos partido que otro que trabaja todos los días; de que se sigue que éste vive descontento, murmura y no trabaja como debiera, persuadido de que no se le remunera su trabajo. Otros hay que no sirven sino en las comparsas, y éstos son suprefluos, pues para las comparsas se podían tomar hombres en los días que fuesen necesarios.

Los *autores* de las compañías son la causa de este exceso, digno de cortarse; pues por acomodar gentes suyas ó de sus paniaguados, introducen sujetos inútiles ó sobrantes, valiéndose de sus acostumbradas astucias, empeños, pretextos y falsos informes. Esta superabundancia con que están cargadas las compañías es uno de los estorbos para que los teatros de la corte hagan progresos. Es preciso minorar gente y decir que se vayan los sobrantes á los teatros de provin-

cias, donde aprendan y se ejerciten para hacerse dignos de volver á los de Madrid; y también jubilar á los inútiles, que no pueden ni están ya para trabajar en ningún teatro. Apenas podrá esto lograrse mientras las compañías estén gobernadas y dirigidas por *autores*. Acaso se excusaría con esto el desperdicio de cuatro ó seis mil pesos anuales. Aun en los partidos que quedan se pudieran hacer con más proporción á los gastos que les son indispensables; pues un gracioso, cuyos vestidos son una librea ó unos andrajos, no debiera ser tan gratificado como un galán, cuyos vestidos suben mucho de precio.

CARLOS CAMBRONERO.

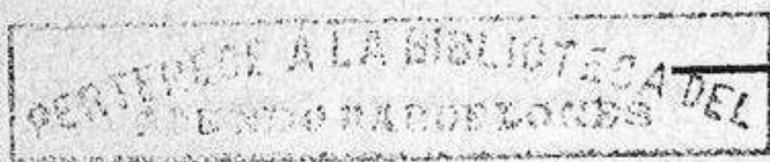
(Concluirá.)





ESTUDIO HISTÓRICO DE AVILA Y SU TERRITORIO

DESDE SU REPOBLACIÓN
HASTA LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS (1)



CAPITULO V

Nuevos pobladores que vinieron á Ávila.—El Conde Ramón sale de la ciudad.—Su gobierno y defensa.—Desavenencias entre los gobernadores.—Indicación de algunos sucesos que se suponen ocurridos en estos tiempos.—Avileses que se distinguieron en las conquistas de Cuenca y Ocaña.—Batalla de Uclés.—Muerte de Alfonso VI.

De los pobladores franceses que el Conde Ramón de Borgoña trajo á Ávila en su compañía apenas queda memoria alguna, y de los que acudieron después de las distintas comarcas de la Península se sabe que á algunos se les señaló para vivir el arrabal de Santiago, donde habitaban mudejares y labradores cristianos; otros se quedaron á residir en la colación de San Pedro, donde levantó su casa Sancho Estrada; parece ser que los que trabajaban en las obras vivían hacia San Andrés; dentro del recinto amurallado vivían los más

(1) Véase la pág. 278 de este tomo.

nobles de los repobladores, y los judíos tenían también sus hogares en dos calles, donde gozaban de la tranquila protección del Rey de las tres religiones, según llaman algunos al VI Alfonso.

Aún no estaban bien aseguradas las murallas de Ávila, cuando tuvieron que salir los que las defendían para rechazar á los moros fronterizos que recorrían las tierras de la comarca, apoderándose de lo que encontraban al paso. Lograron los de Ávila vencer á los atrevidos musulmanes que, confiados en que los de la ciudad no desatenderían las obras que en ella construían, fueron sorprendidos, siendo tan rápido el ataque que en la lucha llevaron la peor parte, y huyeron abandonando los ganados y vituallas que habían aprehendido, y fueron recobradas por sus anteriores dueños, regresando los nuevos pobladores de Ávila á su recinto, donde fueron recibidos con gran alegría, y continuaron levantando las almenas para completar la fábrica de sus robustas murallas, dentro de las cuales se albergaban 6.000 vecinos, según un recuento que se supone hecho por aquel entonces.

Algunos de estos moradores residían en las afueras de la ciudad, ocupando sus arrabales conforme lo expusimos al principio de este capítulo.

Puesta Ávila en estado de defensa, los principales jefes de su repoblación comenzaron á levantar molinos en las riberas del Adaja por concesión del Conde Ramón, que poco después pasó á Toledo con la Infanta, su mujer, y con un lucido acompañamiento de la gente que más se distinguía en la población que acababa de restaurar. Las antiguas crónicas de Ávila dicen que el Rey hizo salir al Conde de la ciudad por celos y desconfianza que de él tenía. En ellas se inspiró Sandoval cuando dijo en su *Crónica de los cinco Reyes*: «Pudo más una mala lengua con el Rey D. Alfonso que los trabajos del Conde por poblar las tres ciudades; favorecía el Conde un criado llamado Álvarez que, deseando ganarse el favor del Rey, puso al Conde en desgracia con éste, y le mandó dejar la obra de las nuevas poblaciones... etc.» Tan pueril es este relato que no nos detendremos á refutarle, y creemos que si el monarca le llamó á su lado fué, según sostiene-

nen otros autores, por inquietud de ver á su hija en país tan cercano de los muslimes, ó lo que es más probable, porque necesitara Alfonso VI que el Conde Ramón le sirviera en otro lugar con su acostumbrada lealtad.

Supo el Conde organizar rápidamente la improvisada ciudad, hizo los repartimientos de tierra libres de impuestos por los diez primeros años y pobló aldeas y lugares en sus términos, organizando una fuerza permanente que defendiera el país y acudiera á continuar la reconquista al otro lado de la próxima sierra cuando se presentara la ocasión. Aprobó el Rey todo lo hecho por el Conde, y concediendo algunas mercedes á los que le acompañaron, regresaron éstos muy satisfechos á la ciudad.

El gobierno y administración de Ávila y su tierra ya sabemos que estaba encargado á Álvaro Álvarez y Jimén Blázquez. Las huestes que custodiaban la ciudad las mandaban Hernán López Trillo y Fortún Blázquez, y las encargadas de proteger las aldeas y tierras que dependían de Ávila las dirigía Sánchez Zurraquines; tal fué el comienzo de aquella fuerza permanente que dejó organizada el activo Conde Ramón de Borgoña y que adquirió gran fama con el tiempo, pues guiada por el pendón de su concejo, asistió á todas las batallas más memorables de la Reconquista y logró grandes franquicias para su ciudad como premio de las heroicas hazañas de sus valientes hijos.

Bien pronto aparecen malavenidos los dos gobernadores por cuestiones surgidas sobre el nombramiento de los oficiales anuales del concejo, y hubieran venido á las manos á no impedírselo los que les acompañaban, y aunque el Obispo les hizo, según parece, firmar diversas treguas, no hallando modo de que se apaciguaran por completo, avisó al Rey de lo que ocurría, quien mandó que entregasen el gobierno á Fernán López de Trillo, al saberlo, se coligan contra él los dos destituídos y creyendo que su nombramiento obedecía á manejos de Fernán López para gozar él solo el mando supremo de la ciudad, le desafían y responde por él su yerno Estrada; llegan, por fin, á una avenencia por mediación de árbitros, uno de los cuales se dice que fué el noble segoviano

Martín Muñoz, hermano de la mujer de Jimén Blázquez, y para consolidar su amistad se celebraron varios enlaces matrimoniales entre individuos de las familias de Álvaro Álvarez y Jimén Blázquez, y estos dos caudillos volvieron á obtener el cargo de gobernadores de la ciudad, y para evitar nuevos conflictos acordaron que alternarían por años en el nombramiento de los oficios del concejo.

Los cronistas que tratan de lo que ocurrió en los primeros años de la restauración de Ávila se complacen en referir con muchos episodios hechos que todos conocen y que no repetimos por no reunir condiciones bastantes para admitirlos como hechos históricos.

Los sucesos á que dió lugar Aja Galiana, princesa mora, que envió Alfonso VI á Ávila para que se educara al lado de la Infanta Urraca, y que tanto dió que hacer con sus amores y sus perjuros, así como la correría del infiel Galafrón y el castigo que impuso el Conde al gobernador de Talavera, Sancho del Carpio, de quien sospechaba que no quiso impedir el paso por el Tajo á Galafrón por estar de acuerdo con él, lo cuenta todo el celebrado manuscrito que Bernal de Mata mandó copiar en 1517, apareciendo todo relatado con un sabor caballeresco que no tuvieron en cuenta los que de aquella crónica se sirvieron durante muchos años como la única luz para caminar por el obscuro laberinto que nos ofrece la historia de Ávila en los tiempos próximos á su restauración.

No obstante, el manuscrito que se copió en 1517 trae un hecho ocurrido en los primeros tiempos de la repoblación de Ávila, y que por la importancia que tiene para explicar los antagonismos que constantemente se advierten en ella entre las gentes que de diversas clases y regiones procedían, lo inserta Quadrado (pág. 221 de la obra y tomo citados), y lo consignaremos también por su carácter especial. Habían salido en cabalgata los *serranos* y á su regreso hallaron que los infieles habían asolado la tierra y cautivado las personas con robo de ganados, y animados por no encontrar resistencia, habían llegado en su audaz correría hasta las puertas de la ciudad, cuyos moradores, cuando volvieron los *serra-*

nos (1), les exageraron, espantados por el miedo que aún tenían, el crecido número de agarenos y los desmanes que habían cometido no se arredraron por eso aquellos valientes caballeros, y sin descanso volvieron para castigar el agravio y recobrar lo perdido. Al llegar al término llamado Rostro de la Colilla se volvió atrás la gente del pueblo; pero los caballeros siguieron firmes en su propósito hasta Barbacedo, y después de consultar un agorador, encontraron al enemigo acampado junto al río y le destruyeron, recogiendo un botín tan rico como abundante. Regresaron á la ciudad y hallaron con sorpresa que el populacho les cerró las puertas, y no contentos con obtener todo lo que se habían dejado arrebatado, osaron reclamar de sus libertadores parte del botín; negáronse éstos á tan injusta pretensión, y atrincherándose en las cercanías, estaban para venir á las manos, cuando llegó el Conde Ramón desde Segovia á ponerlos en paz, y echó fuera del murado recinto á los que tan mal supieron guardarlo, y estableció en su lugar á los serranos, á los que confió las alcaldías y custodia de los portillos, adjudicándoles por entero los despojos de la expedición. Confirmó todo esto Alfonso VII, y Sancho III lo sostuvo de igual modo, á pesar de las reclamaciones de los expulsados, y esta lucha de clases, ó mejor dicho, entre gentes que procedían de distintas comarcas, continuó durante el siglo XII, y cinco siglos después todavía recordaba la tradición sus causas y pormenores.

En 1098 pasó á la otra vida Álvaro Álvarez y continuó solo Jimén Blázquez con el gobierno de la ciudad; parece ser que pidió al Rey que nombrase á Rodrigo Alvarez para suceder á su difunto padre en la gobernación de Ávila, á lo que no accedió el monarca para evitar que se renovaran las pasadas discordias. Jimén Blázquez tuvo al año siguiente que sosegar la ciudad, alterada por las disputas suscitadas entre leoneses, castellanos, vizcaínos, asturianos y gallegos, y hubo de emplear gran severidad para acallarlos.

(1) Dice Quadrado que se llamaban así, ó por su procedencia montañosa, ó por las sierras que guardaban, donde tenían sus heredamientos.

El 29 de Febrero de 1099 falleció Juan Martínez del Abrojo, que llegó enfermo de una de las correrías que hacía por las tierras fronterizas, y fué sepultado en los claustros del templo viejo de San Salvador.

En 1104 y 1105 salieron por primera vez á batalla campal las huestes de Ávila, dirigiéndose contra el emir de Zaragoza, alcanzando señalados triunfos Sancho Sánchez Zurraquines, que mandaba trescientos caballos.

En la conquista de Cuenca se hallaron también los de Ávila, y prestaron grandes servicios á Fernán Ruiz de Minaya, caudillo de la empresa. Acudieron á aquel sitio Blasco Jimeno, López Fernández Trillo y el padre de este último, Fernán López; allí se encontraba el veterano Sancho Sánchez Zurraquines, del que dice Fr. Prudencio de Sandoval (en sus *Cinco Reyes*, folio 100) que «con escudo y espada arremetió con fortaleza la puerta, y aunque hiriendo y matando la atravesó, fueron tantos los flechazos y pedrados que le disparaban que quedó muerto, y lo mismo Flores Pardo, valiente capitán de la gente de Zamora». El primero que arrimando escala ganó la plaza y enarboló en ella bandera cristiana fué Pedro Rodríguez Bezudo, capitán de los segovianos, que, acometido por gran número de enemigos, cayó muerto sin poder ser socorrido; pero su hermano Gutierre, alentando su gente y arremetiendo á los musulimes, logró entrar en la ciudad, distinguiéndose entre los primeros que entraron Blasco Jimeno, capitán de la gente de Ávila, que quedó en Cuenca para defenderla en unión de Juan Ibáñez Rufo, caballero avilés, con 200 hombres de á caballo, y Gutierre Bezudo que, por muerte de su hermano, era el capitán de los de Segovia, poblándose lo más de aquella ilustrada ciudad de segovianos y avileses (1), según dice Colmenares (*Historia de Segovia*, cap. XIII, párrafo séptimo).

Desde allí, por acuerdo de Fernán Ruiz Minaya, fueron con gran aparato sobre Ocaña, que se les rindió á condición

(1) Puede verse acerca de esta conquista la *Historia de Cuenca*, por Martyr Rizo. Madrid, 1629, pág. 26.—Dice este autor que encontraron los cristianos en Cuenca 2.000 cautivos, y que Zurraquín Sancho y los nobles de Avila enterraron en la ciudad al valiente Sancho Sánchez Zurraquines.

de que se les dejara salir con sus bienes, lo que se les concedió, quedándose encargado de su defensa Fortún Blázquez, caballero de Ávila, que se había distinguido durante el sitio por su valor, y del mando de la gente de á caballo fué encargado su sobrino Jimén Blazquez, hermano de Blasco Jimeno, el que quedaba en Cuenca.

Los almoravides, que habían sido llamados hacía algunos años por Ebn Abed de Sevilla para que le auxiliasen contra Alfonso VI, cuya espada victoriosa no podían él ni los demás régulos de Andalucía resistir, obtuvieron sobre los cristianos una gran victoria en Zalaca, de la que no sacaron todas las ventajas que debieran, porque su caudillo Yusuf tuvo precisión por entonces de regresar al África, y cuando volvió á la Península, en vez de dirigirse contra los cristianos, se apoderó de los reinos de Taifas, excepto el de Zaragoza, cuyo emir se hizo su aliado. Esto permitió á Alfonso VI reponerse del pasado desastre y apercebirse á resistir nuevas invasiones, que no se hicieron esperar. La edad y los achaques no permitieron al Rey de Castilla salir á campaña; envió á su único hijo el Infante Sancho, bajo la dirección y cuidado del Conde de Cabra, su ayo, y los principales Condes de sus estados, que encontraron el enemigo sitiando la plaza y fortaleza de Uclés; dióse la batalla, pero á los primeros encuentros el Infante cayó del caballo y fué muerto, pereciendo su ayo y varios Condes, en número de siete, por lo que se llamó este desgraciado hecho de armas *batalla de Uclés ó de los siete Condes* (año 1108), perdiéndose con ella, por tercera vez, el territorio dotal que llevara Zaida, que habían contribuído á reconquistar las huestes avilesas.

Queriendo Alfonso VI hacer un supremo esfuerzo para vengar el desastre de Uclés y recobrar los lugares perdidos, reunió cuanta gente pudo, acudiendo con presteza los más esforzados caballeros de sus reinos. De Ávila sola, dice Sandoval (1) que «fueron más de 200 caballeros á servir al Rey, y entre ellos uno valiente asturiano llamado Zurraquín Sán-

(1) Sandoval, *Cinco Reyes*, fol. 99.

chez (1), á quien cuentan que le sucedió hallarse acometido por doce moros armados y á caballo y vencerlos, quitándoles lo que llevaban». También concurren los de Segovia con sus escuadras, y con todos estos refuerzos se formó un ejército que contuvo el poderío avasallador de los almoravides. La pena que produjo al gran conquistador de Toledo la pérdida de su hijo Sancho, á la que siguió al poco tiempo la de su madre Isabel Zaida, aumentó su desconsuelo y fueron abreviándose sus días, á lo que contribuyeron también padecimientos físicos que acabaron con la vida del glorioso Alfonso VI el 30 de Junio de 1109, que pasó á gozar del reposo eternal. Dos años antes había fallecido en Grajal de Campos, Ramón de Borgoña, Conde de Galicia, que tanto había figurado en la repoblación de Ávila y otras importantes ciudades.

CAPÍTULO VI

Estratagema de Jimena Blázquez.—Sus felices resultados.—Desavenencias entre D. Urraca y su esposo el Rey de Aragón.—Jurisdicción de Nalvillos, gobernador de Avila.—Luchas entre castellanos y aragoneses.—Proclamación de Alfonso Raimúndez.—Relato de las HERVENCIAS, según Sandoval.—El Hito del repto: refutación de su inscripción.—Razones que dan algunos historiadores en contra de las HERVENCIAS.

Por muerte de Alfonso VI recayó el gobierno de Castilla en las débiles manos de una mujer, su hija Urraca, precisamente cuando tanta falta hacía un brazo vigoroso que la reparara de los desastres anteriores y tuviera á raya á los africanos vencedores en Zalaca y Uclés. Los caballeros avileses se hallaban con sus huestes combatiendo en Toledo y al saberlo los infieles sitiaron á Ávila, cuyo gobierno ejercía Jimena Blázquez en nombre de su marido Fernan López,

(1) Las antiguas historias de Ávila dicen que los Zurraquines procedían de Vizcaya.

que estaba con los principales de la ciudad peleando en la comarca toledana, según ya indicamos. Falta de hombres Ávila para sostener el sitio, los pocos que quedaban, no atreviéndose á resistir al enemigo, lloraban su perdición sin pensar en el remedio; no desanimó esto á la valiente gobernadora y alentando á los moradores se preparó para rechazar el ataque (1); vistióse las armas de su marido, sus hijas y criados se pusieron arreos guerreros y las demás mujeres, que las vieron, las imitaron y todas acudieron á las murallas, adonde fueron también los que estaban aptos para la defensa. Los sitiadores, que observaron este inesperado alarde de fuerza, se retiraron favorecidos por la noche, antes de que llegasen los de Segovia, que, advertidos del peligro de Ávila, ya caminaban en su ayuda. La intrépida Jimena Blázquez, acompañada de las valientes castellanas, fué á dar gracias al templo de los mártires por el feliz éxito de la estratagemma, que le había dado una victoria sin pelear, costumbre piadosa que guardó por muchos años en semejante día la célebre heroína y con ella sus descendientes. Según Sandoval, ocurrió este hecho el 2 de Julio de 1109; en el mismo año le supone Hernández Callejo; otros, entre ellos Quadra-do, le fijan en 1110 y aun algunos creen que aconteció en 1111.

(1) Sandoval, *Cinco Reyes*, fol. 104, lo cuenta de este modo: «Ordenó (Jimena Blázquez) por la noche que saliera Sancho, hijo de Sancho Sánchez Zurraquines, con veinte caballos á reconocer el campo enemigo, y prendiesen ó matasen algún espía, y mandó que ocho trompetas saliesen fuera de la ciudad y que cuatro puestas en un collado que está de la otra banda del Adaja al Poniente y que todos tocasen fuertemente, por que los moros pensasen que había mucha gente de á caballo guardando la ciudad. Produjo todo excelente resultado, los moros, sobresaltados no pegaron los ojos en toda la noche. Jimena Blázquez se vistió con todas las armas de su marido Fernan López, que fué uno de los pobladores de Ávila, la imitaron sus hijas y criados y se presentaron de este modo en el coro de San Juan, donde se hallaban muchos hombres y mujeres llorando su perdición; todas las mujeres se pusieron atavíos guerreros y se pusieron desde los muros á arrojar ballestas y piedras. Visto esto por el sitiador Abdalla, reunió á los suyos y les dijo que estaba la ciudad más defendida de lo que pensaban, y que si á esto se añadía que no tenían ingenios para combatir la ciudad, á los que bien pronto socorrerían Segovia, Arévalo y Valladolid, se verían expuestos á salir derrotados de donde pensaban salir vencedores y que le parecía mejor retirarse por la noche, y después de entretener el día en dar algunas arremetidas á la ciudad, se retiraron por la noche...»

La Reina Urraca, que había quedado viuda y con un hijo de su primer marido, casó en segundas nupcias con su primo el monarca de Aragón, Alfonso I el Batallador. Este matrimonio fué origen de grandes escándalos y desavenencias entre los dos cónyuges primero, y entre los partidarios de uno y otro reino después, hasta que se declaró nulo el matrimonio por razón de parentesco. Creyeron algunos que terminaría la lucha alzando bandera por el hijo de la Reina y el difunto Ramón de Borgoña, pero esto vino á agravar la situación porque D.^a Urraca mantuvo con firmeza sus derechos.

Á este tiempo tan aciago se refiere, al decir de algunos cronistas é historiadores, un hecho tan ruidoso como dramático acerca de cuya autenticidad se ha discutido con gran empeño por dos escritores contemporáneos (1). Gobernaba la ciudad de Ávila Blasco Jimeno, que estaba casado con Arias Galinda, y tenía este gobierno, según algunos, provisionalmente, por su hermano Nalvillos, que había pasado el Tajo á correr tierra de moros; era Nalvillos el primogénito de Jimén Blázquez y no sólo mandó en Ávila, sino también en Olmedo, Segovia y Salamanca, según dice Colmenares, tomándolo del Padre Ariz (p. 2, § 30); Sandoval viene á afirmar también la superioridad de Nalvillos sobre los gobernadores de otras ciudades, sin más diferencia que la de afirmar que *era aficionado al Rey Batallador*, porque éste le había dado el gobierno de Avila y la preeminencia mencionada; mientras que Colmenares refiere, siguiendo á Ariz, «que ambos *Rey y Reina* dieron á Nalvillos Blázquez, celebrado avilés, la presidencia sobre los gobiernos de Avila, Segovia y Olmedo»; á su vez el Obispo historiador dice que la superioridad de aquel caudillo era «sobre Segovia, Arévalo, Salamanca y Talavera y le había hecho (el Rey de Aragón) capitán general de todas aquellas tierras fronterizas, cargo

(1) *Las Hervencias de Ávila*. Contienda histórico-literaria provocada por el Sr. D. Vicente de la Fuente y sostenida por D. Juan Martín Carramolino sobre la falsedad ó verdad del notable suceso que con tal título recuerda la Historia de Avila.—Madrid Imp. de *El Pensamiento Español*, 1866.—Un vol. en 4.º, 90 págs.

de gran confianza». Al erudito Quadrado se le ocurre una duda cronológica acerca del tiempo en que gobernó este personaje (2) y la expone de este modo: «Si su padre Jimén Blázquez murió en 1108, si le sucedió inmediatamente Fernán López y á este suplió valerosamente en 1110 su esposa Jimena, si Blasco Jimeno gobernaba en 1112 resistiendo á Alfonso el Batallador, ¿en qué año ejercía Nalvillos aquella amplia autoridad? Esta duda parece que quieren resolverla los que sostienen que la autoridad que Blasco Jimeno ejercía sólo era provisional por la ausencia de su hermano y así lo cuenta Sandoval; en cambio La Fuente dice que es falsa la jurisdicción de Nalvillos Blázquez sobre los gobernadores comarcanos.

El genio dominante y brusco del Rey de Aragón y el ligero proceder de la Reina de Castilla no eran lo más apropiado para una duradera concordia, y renovadas las mal apagadas disensiones conyugales, se llegó á un formal rompimiento, y encontráronse leoneses y castellanos con el de Aragón y el de Portugal (que se arrimaba siempre al bando contrario á la Reina Urraca) en el Campo de Espina, cerca de Sepúlveda (Noviembre de 1111), y declaróse la victoria por el monarca Batallador que, orgulloso con este triunfo, siguió destruyendo todo cuanto encontraba al paso por los pueblos de Castilla. Los próceres gallegos, temiendo la pujanza del aragonés y olvidando, al parecer, pasadas discordias, de acuerdo con la Reina, aclamaron por Rey de Galicia al niño Alfonso Raimúndez, y determinaron después llevarlo con su madre á Castilla, acompañándole el Obispo Gelmírez, el Conde de Trava y otros magnates gallegos con la gente de armas que pudieron allegar.

Cuando supo el aragonés esta novedad, salió al encuentro del Príncipe y su comitiva, hallándolos del lado de acá de Astorga en el camino de esta ciudad á León, y en un pueblo llamado Viadangos (hoy Villadangos) se trabó un reñido combate entre los aragoneses, que pugnaban por apoderarse

(2) Quadrado, *Recuerdos y bellezas de España*, tomo en que trata de Salamanca, Avila y Segovia, pág. 224, nota 1.^a

del Rey niño, y los gallegos, que le defendían. Vencieron aquéllos otra vez; pero se salvó el tierno Alfonso, á quien cogió el Obispo Gelmírez en medio de la batalla, llevándole á Orcejón, «fuerte é inexpugnable castillo», donde se hallaba su madre. Los demás se refugiaron á Astorga, y la Reina y el Obispo, según cuenta la *Historia compostelana* (I. 7., c. 73), se fueron por las asperezas de Asturias á Santiago, sufriendo los hielos y nieves de un crudo invierno y huyendo de encontrarse con las huestes victoriosas del Batallador.

Los que cuentan el hecho de las Hervencias sostienen que tuvo noticia el aragonés de que el Infante Alfonso iba á ser llevado de Simancas á Ávila (1) por los castellanos y envió un mensaje á esta ciudad, donde contaba con algunos parciales, diciendo que esperaba le tuviesen la ciudad en su lealtad y obediencia y le acogieran llanamente cuando viniese á ella. Blasco Jimeno, que gobernaba en Ávila provisionalmente, acogió muy bien á los emisarios del monarca de Aragón, y juntándose la ciudad, según se usaba en los negocios públicos, se les dió cuenta de lo que pedía Alfonso el Batallador, y acordaron contestarle que le recibirían y ayudarían con sus armas y caballos en todas las jornadas que hiciese contra los enemigos de la Fe; pero que si pensaba guerrear contra el niño Alfonso, no le recibirían y serían sus enemigos más declarados. El Rey de Aragón se indignó al saber la respuesta y creyó que si Nalvillos hubiera estado en la ciudad hubiera correspondido de otro modo por lo obligado que le estaba por las mercedes que de él había recibido. Poco después fué traído el huérfano del Conde Ramón á Ávila y reconocido por Rey; cuando supo esto el aragonés, desistió de una expedición que tenía proyectada á Galicia y, dirigiéndose hacia Ávila, acampó con su ejército al Oriente de la ciudad. Desde allí envió un mensajero á Blasco Jimeno diciendo que

(1) Sandoval, *Cinco Reyes*, folio 112 v., dice que «los partidarios de D. Alonso Ramón se metieron con él en Ávila, fiando de la fortaleza de sus muros y de la fidelidad de sus caballeros y del amor grande que al nuevo Rey tenían por haber su padre reedificado y poblado aquella ciudad y haberse criado en ella algunos años de su niñez el nuevo Rey D. Alonso, y de Ávila determinaron ir á juntarse en León con muchos gallegos y asturianos que bajaban en su ayuda».

si era cierto que había muerto el nuevo Rey de Castilla (pues se había divulgado que estaba muy enfermo y algunos aseguraban que había fallecido), le recibiesen á él, prometiéndoles grandes franquicias y privilegios; y que si vivía se lo mostrasen, empeñando su real palabra de levantar el campo y volverse á sus tierras en cuanto se convenciese de que no había dejado de existir. Contestó el gobernador de Ávila que el Rey de Castilla, su señor, se hallaba dentro bueno y sano y todos los caballeros y vecinos de la ciudad dispuestos á morir en su defensa. Respecto al otro extremo consultó Blasco Jimeno con sus conciudadanos y acordaron satisfacer los deseos del monarca aragonés con la condición de que entrara en la ciudad acompañado sólo de seis caballeros, todos desarmados, para ver por sus propios ojos al pequeño Alfonso Ramón, y los de Ávila por su parte darían en rehenes al Batallador sesenta personas de las principales familias, que quedarían retenidas en su campo mientras se verificaba la visita; después de lo cual se obligaba, «so pena de perjurio y fementido» á devolverlas sin lesión ni agravio. Agradó al de Aragón lo propuesto, y hecho juramento por ambas partes de cumplirlo, un día muy de mañana se dirigió á las murallas con sus seis caballeros y por una de las puertas de la ciudad salieron los rehenes para el campamento aragonés; se acercó á la puerta Alfonso I, adonde salieron á recibirle el gobernador y muchos nobles de Ávila, y les dijo que creía que el Rey estaba bueno y sano y que le bastaba que se le mostraran desde los muros ó desde la puerta, porque él no necesitaba entrar en la ciudad. Recelando los avileses alguna traición, subieron al niño Rey al cimborrio de la iglesia catedral que está junto á la puerta, y desde allí se le mostraron. Hízole el de Aragón un saludo muy ceremonioso y lo mismo los caballeros que le acompañaban, á lo que contestó el tierno Príncipe de la misma manera, y el aragonés volvió á su campo sin consentir que le acompañasen los de la ciudad.

Apenas llegó á sus reales mandó degollar los rehenes y á su presencia hizo cocer algunas de las cabezas de aquellos nobles, de lo cual, dice la tradición, le quedó á aquel lugar el nombre de *las Fervencias*.

Al día siguiente, dice Sandoval, de quien tomamos este relato (1), partió el Rey de Aragón, pasando el río Adaja que corre cerca de Ávila, y vió un molino que era de Blasco Jimeno, y lo mandó quemar, y lo mismo hizo con otro del alcaide Fernán López; siguió el ejército camino de Ontiveros, y dos leguas antes, asentó el Rey en Aldeanueva, lugar de Sancho de Estrada, caballero poblador de Ávila; el Rey se alojó en aquella aldea y el ejército en el campo, y al día siguiente marcharon para Ontiveros, quemando todos los lugares y caseríos que supieron eran de los de Ávila.

Cuando los avileses tuvieron noticia del trágico fin de los rehenes, quisieron tomar venganza, pero se encargó de ella Blasco Jimeno, que salió al día siguiente de haber levantado su campo el aragonés en su seguimiento, para retarle personalmente, alcanzándole cerca de Ontiveros. Se adelantó Lope Núñez de Guzmán, descendiente de la noble familia leonesa de los Guzmanes, que se había empeñado en acompañarle, y le dijo que un caballero le traía una embajada del concejo de Ávila; se detuvo el Rey, y cuando llegó hasta él Blasco Jimeno, le echó en cara su felonía y le desafió en nombre del concejo de su ciudad por alevoso, traidor y perjuro. Encolerizado el monarca de Aragón por este desacato, mandó á los suyos que castigaran al osado avilés. Echáronse los de la comitiva del Rey sobre aquel valiente caballero, pero aunque se defendió bizarramente, hiriendo á muchos de ellos, al fin cayó muerto por el gran número de lanzas y dardos que los contrarios le arrojaron, pereciendo también los que le acompañaban después de vender caras sus vidas.

En el lugar donde esto ocurrió se puso una piedra que llamaron el *Hito del repto*, y allí se erigió una ermita, donde dicen que está sepultado Blasco Jimeno, y Alonso Serrano, su descendiente, dotó allí una memoria anual por aquel desgraciado suceso.

Sandoval (*Cinco Reyes*, fol. 118 v.) copia la inscripción siguiente, puesta en una cruz en aquellos caminos como recuerdo del atrevido desafío. Dice así:

(1) Sandoval, *Cinco Reyes*, folios 113 v. á 117. No expresa las crónicas ni monumentos de donde sacó las noticias que trae sobre este particular.

«Aquí murió Blasco Ximeno, vno de los Caualleros Serrano de Abila, el qual, defendiendo fu persona, mató haçaño-famente á vn hermano del Rey don Alonfo de Aragon, que tuuo cercada la Ciudad y al Rey don Alonfo de Castilla, nieto de don Alonso que ganó á Toledo en ella... (faltan letras) q con grade lealtad le fue defendido fiendo niño, fufriendo que el Rey de Aragon le mataffe fefenta Caualleros, que le dieron en rehenes, heruidos en azeyte, porque le entregaffen al Rey; segun mas largamente confta por escrituras.»

Este epitafio, que Sandoval reprodujo de buena fe (1), le consideran algunos como el argumento más firme para sostener lo del famoso *repto* y como antecedente lo de las Ferrencias; pero ya el P. Abarca, en sus *Reyes de Aragón* (folio 158), decía que el argumento del epitafio es ridículo, «el cual, sobre ser moderno y de estilo de nuestro tiempo y tan corto en el número de los degollados que se pretende, envuelve la manifiesta patraña de la muerte de un hermano del Rey de Aragón, hecha por Blasco Jiménez, cuando se sabe que éste no tenía más hermano que D. Ramiro el Monje». Escritores posteriores han impugnado también la autenticidad de tal inscripción y la crítica histórica la considera hoy como una de las muchas invenciones de los falsarios del siglo XVI.

En premio de lo lealmente que guardaron y defendieron los fieles avileses al Rey Alfonso VII contra los ataques de su padre político el de Aragón, les otorgó aquel monarca grandes exenciones y privilegios y les dió por armas un escudo en el que se encuentra una torre con el Rey que se muestra á la ventana del homenaje con cetro y corona y este lema: *Avila del Rey* (2). Tal es la creencia, muy arraigada por cierto, en el ánimo de muchos que sostienen que por causa tan memorable Ávila se llama también *Avila de los Caballeros* y *Avila de los leales*; pero esta gloria escogida por

(1) También le copia el padre Ariz, segunda parte, pág. 59.

(2) Piferrer, *Nobiliario de los reinos y señoríos de España*. Véase el tomo VI, pág. 54.

aquella ciudad para su blasón no la puede admitir la crítica histórica porque la arquitectura del cimborrio de la Catedral es muy posterior al suceso, porque nada de esto dicen las antiguas historias, desde la Compostelana hasta la que compuso D. Rodrigo, poniendo expresamente al hijo de Urraca después de la sangrienta derrota de Villadangos al abrigo del fuerte é inexpugnable castillo de Orcejón y guardado siempre por gallegos, y no es probable que consintiera el Obispo Gelmírez que sacasen de allí al Príncipe niño para llevarle á retaguardia del vencedor y al paraje más comprometido de Castilla, rodeado de poblaciones adictas al Batallador y con guarniciones de aragoneses y navarros, lejos de Galicia, que era su reino, su patrimonio, su baluarte, el eje de su defensa y el punto de partida de todas las operaciones estratégicas; así se expresa el erudito D. Vicente de la Fuente en su contienda histórico-literaria acerca de *Las Hervencias*, y con vigor y desenfado continúa diciendo: «Allí tenía (el Rey niño) toda clase de recursos, en Ávila no tenía escape por ninguna parte y su socorro era casi imposible en un país declarado á favor de su padrastro y en una población que necesitaba mucha gente para defenderse y que podía ser rendida por el hambre; además, en Ávila mandaba Nalvillos, amigo del Batallador, y en Orcejón, que estaba cerca de Astorga, era ciudad adicta á Alfonso VII y su madre. Era, pues, un absurdo la marcha á Simancas y Ávila». *La Crónica Compostelana* nada dice de la permanencia en Ávila de Alfonso Raimúndez, sino que da á entender lo contrario. Añádase á este silencio, como ya indicamos, el del Arzobispo D. Rodrigo y de todos los escritores hasta el siglo XVI, que ninguno habla de semejante estada del Rey en Ávila. El padre Mariana, que debió conocer la *Suma de varones ilustres* de Sedeño y en cuyo tiempo publicó el benedictino Ariz su libro, nada dice de estas cosas; solamente Sandoval, más crédulo que Mariana, cayó en las redes del falsario, como cayeron otros de escasa crítica (1). Como si todo esto

(1) Tratan de las Hervencias: Gonzalo de Ayora, en su *Epílogo de algunas cosas dignas de memoria pertenecientes á la ilustre é muy magnífica é muy noble ciudad de Avila* que escribía á fines del siglo XV, dice, pág. 16, refi-

no fuera bastante, hay razones geográficas y militares que evidencian la imposibilidad de trasladar el Rey niño por un extenso país declarado á favor del enemigo y á tanta distancia de los que constantemente le defendieron. D. Modesto Lafuente (1), refiriéndose á las *Hervencias* y el *Hito del repto* según lo cuenta el Obispo historiador, dice: «No sabemos de dónde lo hayan podido tomar, ni comprendemos cómo pudiera acaecer en la época que Sandoval determina, que fué después de la batalla de Villadangos, cuando el niño Alfonso fué llevado por el Obispo Gelmírez al castillo de Orcillón (Orcejón dicen casi todos los que de esto tratan), ni entendemos cómo su madre y el prelado pudieron dejar allí al tierno Príncipe, contra lo que insinúan las crónicas más antiguas; ni cómo ni con qué objeto pudieron traerle enton-

riéndose á los rehenes que tenía el Rey de Aragón, que «los hizo cocer vivos en calderas gran parte de ellos».

El erudito avilés Antonio de Cianca, en su *Historia de la vida, invención, milagros y traslación de San Segundo Obispo de Avila* (edición de Madrid, 1595), en la pág. 76, lib. 1.º, dice que «hizo matar á algunos caballeros rehenes, hirviéndolos en aceite en aquel sitio».

Colmenares, en su *Historia de Segovia*, cap. XIII, § 8.º, se limita á afirmar que «Habiendo visto al Rey en la torre de la iglesia, vuelto á sus reales, hizo matar delante de sí (el aragonés) á los sesenta caballeros, y aun (según dicen) freir sus cabezas en aceite...»

Gil González Dávila, en su *Teatro eclesiástico de las Iglesias de las dos Castillas*, dice que «La ira que no pudo alcanzar á los cercados (los sitiados aviléses), descargó sobre los nobles que se habían dado en rehenes, faltando el Rey á su palabra real, haciéndoles padecer con dura muerte, sufriendo ellos con valeroso ánimo la necesidad en que el Rey enemigo les ponía, ofreciendo en sacrificio sus vidas por la defensa de su Rey y patria».

El P. Pedro Abarca, en su *Historia de los Reyes de Aragón* (tomo I, página 158), asegura que «por este bárbaro hecho dice el vulgo, y se ha pegado á otros, que aquel sitio se llama de las *Fervencias*, cuando se sabe que hay en él unos manantiales de aguas que parecen hervir».

Sandoval (*Cinco Reyes*, fól. 117), después de relatar con grandes detalles todos los sucesos con esto relacionados, afirma que dicen los de Ávila que el lugar donde tuvieron tan trágico fin los rehenes se llama de las *Hervencias*, por esto ó por haber allí unos manantiales de aguas que parecen estar hirviendo.

D. J. Martín Carramolino, en la contienda histórico-literaria acerca de las *Hervencias*, sostenida con D. Vicente de la Fuente, dice que engañaron al padre Abarca, porque jamás en aquel sitio ha habido aguas que al brotar hirvieran ni fueran gaseosas, ni el examen material del terreno consentiría tan ridícula suposición, y que si hay manantiales inmediatos, son de aguas casi heladas, pues allí cerca se reúnen las aguas que abastecen la ciudad.

(1) *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente. Barcelona, 1883.—Véase el tomo I, part. 2.ª, lib. 2.º, cap. IV, nota 3.ª, de la página 324.

ces los castellanos á Simancas y á Ávila, ni cómo pudo estar el de Aragón en Ávila cuando todos le suponen sitiando á Astorga».

Quadrado, al tratar de lo relativo á las Hervencias (1), termina diciendo: «Con todo lo cual se ve un lamentable embrollo que engendró la confusión de nombres y fechas sostenida por largos años. Pues creemos que nació de equivocar á Alfonso VIII, que fué realmente criado en Ávila, con el VII, á quien algunos llaman VIII, contando por VII al Batallador (2); por otra parte, la narración del manuscrito de 1517 que sigue Ayora difiere de un modo notable de la segunda crónica ampliada que publicó Ariz, y ni está de acuerdo en lo del tiempo en que allí residía el Rey niño ni en otros pormenores.

Para conocer con más detenimiento las razones que se alegan en pro y en contra de las *Hervencias*, puede verse la contienda histórico-literaria que acerca de este particular fué provocada por D. Vicente de la Fuente y sostenida por D. Juan Martín Carramolino. El primero sólo se equivocó en creer al padre Ariz el primer escritor que contó aquel suceso, cuyo origen se remonta á Sedeño y Ayora y al manuscrito que en 1517 mandó copiar Bernal de Mata; en cuanto al segundo de los polemistas, procuró rebatir á su contrario con gran firmeza.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

(Continuará.)

(1) En su obra ya citada.

(2) Entre los que cuentan de este modo se halla Piferrer que, en su *Nobiliario de los reinos y señoríos de España* (tomo VI, pág. 54), refiriéndose al Rey niño, dice que fué defendido por los de Ávila «contra los ataques de su padre político D. Alfonso VII...»



GRITOS DE FIEBRE

(EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO)

Ce qui paraît générosité n'est souvent qu'une ambition déguisée, qui méprise de petits intérêts pour aller à de plus grands.

La Rochefoucauld.

I

Ved cómo llora el mundo: el vil azote
de la matanza horrenda, en él germina
cual rayo que extermina;
como sangriento y maldecido brote
de la ambición infausta que despierta.
Mirad la triste Europa, que no acierta,
presa ya del pavor y el desaliento,
á castigar la audacia del tirano;
vedla cuál tiembla su robusta mano,
alzada al ejemplar, duro escarmiento.

Llorad también vosotros; suene el grito
de dolor y conmueva lo infinito;
vuestrós tristes y henchidos corazones

rompan en explosiones
en que estalle viril el sentimiento;
y vuestra voz tremenda y sobrehumana
vaya en alas del viento
á estremecer la esfera soberana:
que con horror profundo
tiemble, vibrando en la extensión lejana
lo muda inmensidad, cual tremebundo
tiembla en el fondo del espacio el mundo.

Porque la tierra tiembla... El crimen la hunde
en formidable y hondo cataclismo;
el rayo asolador del despotismo
sangre y muerte difunde
por doquiera que pasa;
y la sombría angustia ya rebasa
la humana resistencia
con su tormento mudo é implacable,
llevando, inexorable,
torrentes de dolor á la conciencia.
El odio se apercibe; la ira tiende
lívido el vuelo entre vapor de sangre;
el tétrico exterminio el aire hiende
con ímpetu que espanta,
y la odiosa soberbia se levanta
cual excitada víbora al combate.
Mas ved qué lucha en las entrañas late
de la diezmada Europa: los imperios,
las vetustas grandezas, se desploman
de huracanes fatídicos al paso;
los monarcas se abisman en ocaso,
y débiles se humillan
y ante el déspota altivo se arrodillan;
los tronos se derrumban
con estrépito ronco; y estremece
de la ambición el pavoroso aliento
que pálido y rugiente puebla el viento.
Furia infernal parece
que son los aires bélicos que zumban;

atronadora, hirviente catarata;
hálito abrasador que agosta y mata,
y la esperanza trueca
en la espantosa y formidable mueca
con que estalla el dolor que se desborda.

El consternado grito
que la doliente Europa al mundo lanza,
es una convulsión de la venganza;
se parece al apóstrofe maldito
de algún nuevo Satán que se avecina,
y, en su estertor agónico, fulmina
el tremendo anatema
de alguna horrible maldición suprema.
Mas esta voz que se levanta airada,
soberbia y arrogante
cual fuerte atleta que recoge el guante,
es extinguida en la hecatombe, ahogada
por el confuso estruendo
que levanta el horrendo
derecho de la fuerza: que este inmundo
derecho es el origen
de las funestas plagas con que afligen
y afligieron los déspotas al mundo.

¡Siempre lo mismo fué! Mirad la Historia
allá en el fondo de la audaz memoria,
y sentiréis latir en vuestra mente
á Ciro omnipotente,
á Sesostris altivo,
al vencedor de Poro, generoso;
á César, vengador y valeroso;
al que alzara de nuevo, fugitivo,
el abismado imperio de Occidente;
á Gengis Kan, asolador torrente
de felina barbarie;
al árabe fanático,
que con furor selvático
roba al viento sus alas, corre, vuela
como rayo que asuela,

viene, mata, destruye
y, con sangre que fluye
de la herida profunda
que en Occidente abriera en su delirio,
montes, valles inunda;
y por doquiera va, graba con ella
su destructora huella.

¡Siempre lo mismo fué! La fiebre loca
de la ambición que hiere y que consume,
nunca ve satisfecho su desvelo:
siempre es pequeño el suelo
que pisa, y siempre poca
la tierra en que se mueve, aunque le abrume
con pesadumbre enorme
su cargo aplomador, rudo é informe;
que la ambición hidrópica no cede
aunque al abismo rueda.
Siempre audaz y arrogante, siempre osada,
el mundo todo en abarcar se esfuerza;
y, en esa inmensa lucha,
en que solo se escucha
el grito de la fiebre desbordada,
no alienta un soplo que su empuje tuerza;
pues su ley es la fuerza,
su razón es el filo de la espada.

II

También España gime; también llora
y maldice, llorando,
la mano que traidora
la hirió en el rostro noble y venerando.
También al leon ibero, al leon altivo
las uñas le segó la tiranía;
también yace cautivo
ese leon indomable
que espanto diera al orbe en algún día:
el mismo que con noble bazarria

tendió siempre á sus pies á la execrable,
y que, siempre animoso y esforzado,
hizo humillar la frente avergonzado
al audaz que su esfuerzo provocara.

Pero no llora en el dolor, vencido:
ahora gime, abatido,
porque el déspota inmundo que anhelara
llevar el orbe en su implacable mano,
acudió á la traición como villano,
y, en la inícua soberbia del ultraje,
intenta convertir en vasallaje
el generoso orgullo castellano.

Y ¡ay! que la torpe frente
de un monarca, que siente
convulsiones de gloria,
halagos de esa madre de la Historia
que seduce y fascina,
abrumada se inclina
para jamás volver á levantarse.

Y ved cuál tiembla el infelice rey
ante el verdugo atroz que le encadena.
¿No le veis torvo y pálido abismarse?
Es que, allá en sus entrañas, ya resuena
la voz terrible de la impuesta ley.
Allí, á los pies del déspota, ¡cuál brilla
algo que fué del mundo maravilla!
Vedla hundida en el polvo; allí pregona
muda y sangrienta la cobarde hazaña:
es la hermosa corona
de la doliente España,
resto infeliz que la traición hereda;
miradla cómo rueda
hasta ceñir la frente á un rey bastardo.

III

¡Pueblo infelice, desgraciado pueblo
el que en los brazos de la paz dormita,
mientras su sueño vela un soberano

que alienta por la boca de un tirano
que engendro fué de la traición maldita!

¡Triste el monarca iluso
que imaginarios poderíos sueña;
que en el hervor de la ilusión desdeña
el consejo prudente;
y que, allá en su cerebro, en el confuso
tropel que agita su encendida mente,
no ve que la falsía,
con la cautela del ladrón sombría,
los enervados miembros le agarrota,
y le hace, gota á gota,
beber la horrible hiel de la impotencia;
ni siente que la vil hipocresía
con diabólica y dulce complacencia
se le enrosca voraz á la garganta;
y con blandura tanta
bebe la sangre de la abierta herida,
que el sin ventura cree que aquello es vida:
¡le parecen arrullos de la suerte
las mudas convulsiones de la muerte!

Tan tristes son, tan infelices fueron
tal pueblo y tal monarca,
que ni aun el mismo pensamiento abarca
la negra desventura en que cayeron;
pues si ese pueblo que tranquilo duerme
y ese rey que es imagen de lo inerme
despiertan á la voz del despotismo,
ven, á un lado, un abismo;
al otro lado la traición, que espera
soberbia y altanera,
y que se ríe del ajeno pasmo
con la risa nerviosa del sarcasmo.
Y entonces, ¡ah! entonces
ó suenan roncós los airados bronces
llamando á la pelea,
ó el llanto de los débiles gotea
sobre el odioso yugo

que ciñó á sus gargantas el verdugo.

Pero ya lloren de dolor postrados,
ora estén animados
de valeroso empeño,
¡qué amargo despertar! ¡Terrible sueño!

IV

¡Llora, pueblo infeliz! Riegue tu llanto
las infaustas cadenas que te oprimen;
llora el oprobio con que paga el crimen
tanta lealtad en ti y esfuerzo tanto.
Llora ¡oh pátria! y tus lágrimas de sangre
caigan cual lava ardiente
sobre la altiva é inhumana frente
del que la causa fué de tu agonía;
que tu mismo tormento
trueque la faz del déspota sombría
en lívido fantasma
del sañudo y voraz remordimiento.
Estalle pavoroso el sentimiento
en los abismos de dolor infaustos
en que gime tu espíritu doliente;
y ¡mira frente á frente
el infando anatema
con que te abrumba la traición humana;
que en tu actitud augusta y soberana
te presta aliento la Bondad Suprema!
Llora la paz perdida
cual fugitivo encanto de tu vida;
pero ¡despierta ya! Con ronco brío
sacude, audaces, los postrados miembros;
y, con tu noble y proverbial pujanza,
como rugiente, impetüoso río,
entra en el ancho mar de la venganza.
Ruede á tus pies deshecha la templanza
y véngate, implacable,

de la afrenta imborrable
que tus timbres empaña, victoriosos;
que, aunque indigno de pechos generosos,
cuando provoca la traición injusta,
á los inícuos hechos
jamás responden generosos pechos:
¡responde la venganza, porque es justa!

PELAYO VIZUETE.





LA LEYENDA DE LA TOMA

Corre de antiguo entre los granadinos como moneda de buena ley la especie de que «Garcilaso, valeroso joven que »floreció en la conquista de este reino con los Reyes Cató- »licos, mató al valiente moro Tarfe y le quitó de la cola del »caballo el pergamino con el *Ave-María* que Fernando del »Pulgar puso en la Mezquita mayor de Granada, y que Tar- »fe desafió sobre el cerco de Santafé á todos los caballeros »de él. Que Garcilaso era paje del Rey, y de tan pocos años »que le excusó la licencia de batallar con el moro, y que sin »ella salió y le mató. Que se le tuvo á tan grande hazaña »en su edad, que le premió el Rey con darle el *Ave-María* »desde entonces por sus armas y la Reina el apellido Vega, »por haber sido en la de Granada. Y, por último, que Fer- »nando del Pulgar salió á fijar el pergamino la noche de San »Juan y desde la ciudad de Santafé».

El origen de todas estas tradiciones, acogidas por varios escritores de nota, entre ellos Lope de Vega en su comedia *El cerco de Santafé*, y reproducidas en la que, con el título de *El triunfo del Ave-María ó La toma de Granada*, se representa actualmente en esta ciudad, se encuentra en las guerras civiles de Granada de Ginés Pérez de Hita, que en su incesante afán de poetizar todo el período árabe granadino,

introdujo en su obra tal tejido de ficciones y falsedades, que hoy es difícil convencer de su inexactitud á los que, enamorado de tan bellas tradiciones, las creen como verdades históricas por haberse impuesto á la buena fe y la excesiva credulidad del pueblo.

Pero á poco que se depuren estos hechos bajo el crisol de la historia, aparecerá la verdad sin el ropaje de la fábula y de la ficción, y los personajes importantes que concurren á la toma de Granada se presentarán con su verdadero carácter y desprovistos de los atavíos legendarios con que se les quiso mostrar encastándose en las ficciones caballerescas de la época.

En efecto, la causa del error histórico referente á Garcilaso no es otra que la igualdad de los nombres y la exactitud de su escudo con el *Ave-María* entre el guerrero que concurre á la toma de Granada y los que en siglos anteriores inmortalizaron este apellido ganando el *Ave-María* para su escudo, también en guerras contra los árabes.

Pasando por alto todos los romances que el fantástico autor de las guerras civiles presenta para dar vida poética ó guerrera á Garcilaso en la corte de los Reyes Católicos, bastará sólo para destruir la leyenda de la Toma en cuanto á Garcilaso recordar que en el año 1340, reinando Alfonso XI, se dió contra los moros la batalla famosa del Salado, y en ella se recuerda por la historia que los primeros que pasaron el puente en aquel día fueron, de entre los cristianos, Gonzalo Ruiz de la Vega y su hermano Garcilaso, siendo allí donde este guerrero obtuvo para sus armas el invencible blasón del *Ave-María*. Y ya en aquella acción memorable ostentaban de antiguo el apellido Vega, siendo curiosa la manera cómo cronistas y escritores tan concienzudos como Argote de Molina y Lorenzo de Padilla detallan minuciosamente la manera de ganar el *Ave-María* en la batalla del Salado por concesión del Rey Alfonso XI, ya que el apellido Vega venía de antiguo en su familia como recompensa al vencimiento de un moro de ilustre linaje en la vega de Toledo.

Y por si se quisiera buscar también abolengo á la ficción

caballeresca del rescate del *Ave-María* en Granada, tal como nos la muestra la tradición legendaria, obrando su hazaña Garcilaso después de la no contradicha y heroica de Pulgar, le encontraremos en un manuscrito de la época de Felipe II, existente hoy en el monasterio del Escorial, en el que se expresa que en la ciudad de Toledo nobles castellanos del apellido Vega rescataron el *Ave-María* que estaba en poder de un moro, matando á éste en singular combate, con iguales trazas que la leyenda popular señala al joven Garcilaso en la atrevida empresa de la toma de Granada. Testimonios que están robustecidos con las crónicas del Rey Alfonso XI y la del Cardenal de España, donde se describe la anterior hazaña en las vegas castellanas, matando á un moro que llevaba el *Ave-María* atada á la cola de su caballo, y se añade que en la batalla del Salado el *Ave-María* la llevaba por devoción escrita en sus arreos militares un Garcilaso, tomándola por real concesión desde entonces como divisa de su escudo.

Queda, pues, destruída en este particular la fantástica leyenda de la hazaña de Garcilaso, pues si el apellido Vega estaba en la familia mucho tiempo atrás y la hazaña que se supone realizada en la vega de Granada lo fué en la de Toledo, pierde toda su verdad la referente á la toma de Granada, no quedándole á ésta para prosperar otro apoyo aparente que el decir que, aun admitida la hazaña de Garcilaso, que vivió 152 años antes de los Reyes Católicos, bien pudo existir en estas campañas de Granada otro autor de hazañas parecidas y ganar otra *Ave-María* para sus armas. Pero esto no puede prosperar, ya por los antecedentes expuestos, ya también porque, como se demostrará á continuación, siendo falsos los hechos que se atribuyen, la fecha de su realización, el sitio donde suponen y otros accidentes, no quedará duda alguna de que sólo como poética leyenda puede pasar lo del reto de Tarfe y su muerte por Garcilaso.

Y así es, pues que cuando Hernán Pérez del Pulgar fijó el *Ave María* en la puerta de la Mezquita mayor de Granada, no lo hizo viniendo de Santafé, como supone la tradición popular, pues que dicha ciudad aún no estaba fundada; ni tampoco se realizó el hecho en noche clarísima de luna y

perteneciente al día de San Juan, en el mes de Junio, pues consta á todas luces de una manera evidente que este hecho valeroso se realizó en noche crudísima de invierno y sin rastro alguno de luz, como que era más de mediado el mes de Diciembre y cuando era ya imposible que la luna pudiese alumbrar la ciudad de Granada.

Hé aquí las pruebas históricas de estas aseveraciones. La facultad real premiando la hazaña de Pulgar determina que salió de Alhama y no de Santafé para realizar su empresa; y esto fué en 1490, según el padrón del altar de la capilla de Pulgar, cuando aún no se pensaba poner el campamento cristiano en lo que después fué la moderna Santafé, pues que la hazaña se realizó, según justifica la historia, el 18 de Diciembre del año antes referido. Y es también leyenda popular el creer fuese la noche del día de San Juan Bautista cuando ocurrió el hecho á que nos referimos, pues distando Alhama siete ó más leguas de Granada y siendo en aquel mes muy cortas las noches, no había tiempo material para realizar el hecho, al que la fantasía popular cubre con los encantos de noche clara de luna, cuando aquel día estaba ya finalizando el cuarto menguante, y si se vió algo fué sólo al amanecer, y entonces ya estaba Pulgar, realizada su hazaña, de vuelta en Alhendín con sus amigos.

Añádase á esto que hasta el 26 de Abril de 1491 no se plantó el campamento en lo que se llamaba el *gosco cercado*, que comprende lo que hoy es Santafe y algo de sus inmediaciones; recuérdese que en el mes de Julio de aquel año ocurrió el incendio casual, de que también saca partido la leyenda popular y que obligó á los Reyes á edificar la ciudad de Santafé, tal cual hoy se advierte, y en el corto plazo de ochenta días, y quedará demostrado hasta la saciedad ser erróneo cuanto se menciona en la leyenda referente á que Pulgar salió de Santafé para realizar su hazaña, por todos los historiadores admitida, pero en la leyenda con error notable en cuanto á la fecha y detalles de su realización.

Resta sólo á nuestro intento demostrar lo incierto de la vulgar afirmación de que el moro Tarfe sacó para el reto el *Ave-María* que Pulgar puso en la Mezquita, demostrando

además que el Garcilaso de 1490 no quitó al moro dicha *Ave-María*, ni salió á combatir con él sin licencia de los Reyes, no siendo tampoco joven, ni paje, sino capitán, y de edad madura, y teniendo de antiguo el apellido de la Vega en su familia.

El novelista Ginés Pérez de Hita primero, y los poetas de todos géneros después, han inventado la especie de que al día siguiente de haber realizado Hernán Pérez del Pulgar en Granada su heroica hazaña, clavando el cartel del *Ave-María* con un puñal en las puertas de la Mezquita mayor, lo quitó y arrancó de allí el valiente moro Tarfe, llevando el pergamino atado á la cola de su caballo aquel mismo día, y dirigiéndose al cerco de Santafé, para lanzar allí su famoso reto. Tal idea está desprovista de todo fundamento, pues el campamento de los cristianos no se plantó en el *gosco cercado* hasta Abril de 1491, y el cerco formal sobre Granada desde la ciudad de Santafé no se puso hasta Octubre de dicho año. Y si, como la historia nos enseña, la hazaña de Pulgar tuvo efecto en la noche del 17 al 18 de Diciembre de 1490, claro está que salta á la vista la falsedad de semejante aseveración.

Si á esto se añade que el pergamino y el puñal que clavó Pulgar en la Mezquita, como atestiguan las crónicas árabes y cristianas, se lo llevó la ronda á Boabdil, y no hay dato alguno que justifique que Tarfe lo recogiera, ni el Rey se lo donara, queda fuera de toda duda que, no habiendo sitio de Santafé, como no lo hubo hasta diez meses después, no pudo presentarse Tarfe con el pergamino que fijó en Granada Pulgar, á desafiar al ejército cristiano, y por consiguiente Garcilaso no salió ni pudo salir á pelear en defensa de los suyos y del nombre de *María*, ni tampoco mató á Tarfe, como se pretende fantásticamente en la *Leyenda de la Toma*.

No menos descabellada es la opinión de atribuir á Garcilaso la salida del Real para el combate, sin licencia de sus jefes, pues á más de ser falso el hecho en que se apoya, es también contrario á la disciplina militar, y por ello, aquel guerrero, antes de soñar con el premio que mereciera su victoria, temería el condigno castigo por su desobediencia, mucho más cuando la fantasía popular afirma que se negó el permiso que para combatir con el moro necesitaba.

No son necesarios muchos esfuerzos, á más de los datos indicados anteriormente, y que prueban que Garcilaso tenía como apellido propio el de la *Vega* y el *Ave-Maria* como armas de tan ilustre casa muchísimos años antes que la ciudad de Santafé se fundara, para demostrar que está fuera de toda duda que este guerrero tenía cuando ocurrió la toma de Granada muchos más años de diez y seis, y que no era paje del Rey, sino esforzado capitán de su ejército.

La crónica de Hernando de Pulgar, refiriéndose á sucesos de la guerra en 1485, habla ya de Garcilaso como aguerrido capitán, y al año siguiente de 1486, cuando describe la rendición de Vélez Málaga, lo menciona también con igual cargo. En 1488 lo presenta como alcaide y gobernador de la ciudad de Vera, y con la consideración de maestresala de los Reyes. Claro esta, pues, que si en los años de 1485, 1486 y 1488 era capitán del ejército de los Reyes Católicos, y desempeñaba cargos de importancia, mal pudo en 1491, en que se fundó la ciudad de Santafé, tener diez y siete años, ni realizar con los caracteres fantásticos la legendaria hazaña que se le atribuye en la vega de Granada. Y si todavía consultamos más datos sobre la historia de este ilustre guerrero, encontraremos que en la crónica de Pulgar se le ve asistir como capitán á la rendición de Málaga en 1487, lo que prueba que para ser cierta la aseveración popular, si en 1491 tenía Garcilaso diez y siete años, cuando asistió á la rendición de Málaga, en 1487, debió ser el capitán más joven del ejército cristiano, pues sólo tendría poco más de doce.

Y si todo esto lo dejó escrito Hernando de Pulgar antes de morir en Granada en 1492, queda fuera de toda duda que es increíble en el tiempo, imposible en el lugar, repugnante á la historia, apócrifa en las circunstancias ó falsa en la persona, la hazaña de Garcilaso, el desafío de Tarfe y las variantes en la empresa heroica de Pulgar, que con el ropaje hermoso de la ficción y de la fantasía popular se acogió y viene aceptándose hasta hoy con entusiasmo en la que pudiéramos llamar la *Leyenda de la Toma*.

FRANCISCO DE PAULA VILLA-REAL.

Granada 2 de Enero de 1896.



LAS MUJERES Y TIRSO

Enemigo declarado de la mujer se manifiesta Tirso de Molina en sus comedias. La causa de la aversión que por el *eterno femenino* siente, causa que parece resultado de una experiencia desengañada, no es fácil determinarla después de tantos años como van transcurridos desde que el ilustre fraile de la Merced compuso sus obras, y teniendo presente que se desconoce su biografía, pues que de su vida sólo se tienen algunos datos muy incompletos, entresacados con admirable paciencia de todos sus escritos y de los de alguno de los poetas de su tiempo.

El maestro Gabriel Téllez, abrazando la carrera eclesiástica en el promedio de su vida, y trocando el uniforme del soldado á los cuarenta de edad por los hábitos del religioso, más que por seguir una costumbre general en su época, quizá tomó resolución tal impulsado por uno de esos desengaños que agostan las ilusiones más risueñas y son, por sí mismos, bastantes á cambiar totalmente la dirección de la voluntad humana. Mas, ya por este motivo, ó por cualquier otro que es enteramente desconocido, lo cierto es que el agudo ingenio que encubrió su verdadero nombre con el pseudónimo de *Tirso de Molina* se mostró en sus comedias (escritas cuando ya era sacerdote y publicadas en nuestros días por

el Sr. Rivadeneyra en el tomo quinto de su Biblioteca) en franca oposición para con la mujer, formando su valiente actitud contraste muy singular con la adoptada y seguida por la mayor parte de los poetas á él contemporáneos y con las ideas generales y comunes entonces de protección y defensa al sexo denominado bello.

Ésta sería la causa de que las comedias de Tirso no alcanzasen la popularidad que merecían, según nos dicen los entendidos, y de que, olvidadas casi por completo sus producciones, ha sido necesario *resucitarlas* en la época presente.

Para este mordaz ingenio no había mujer buena, en el sentido más extenso de la palabra. Del examen de sus escritos se desprende tal afirmación, pues las mujeres que Tirso presenta en sus comedias son, en general, volubles, apasionadas, tiranas, crueles, inconstantes, falsas, orgullosas y altivas, así como los hombres que pinta son, en su casi totalidad, tímidos, sumisos y de espíritu apocado.

Las mujeres del tiempo del ilustre Tirso puede ser que no fueran de condiciones tan poco recomendables como él nos las describe, por lo cual creía D. Alberto Lista que tales pinturas corresponden mejor á las mujeres de hoy que á las de aquellos tiempos; pero de seguro que, si no todas, también hubo entonces, como las habrá siempre, mujeres á quienes con justicia se las pueda aplicar los calificativos que las da el maestro, por aquello de que siempre el oro va mezclado con la escoria, y lo malo unido á lo bueno.

Los que en aquellas remotas fechas se hacían lenguas de la timidez y recato de las mujeres, debieron sorprenderse grandemente al ver cómo el satírico fraile presentaba á Mari Hernández, á la villana de Vallecas y á la de la Sagra, disfrazadas de hombre para mejor seguir los pasos del que querían, y no perdonando sacrificio para lograr el fin apetecido; y no menos debieron sorprenderse los que pintaban á la mujer parca en las palabras y mesurada en los hechos, viendo cómo el perspicaz poeta hacía hablar á encopetadas señoras, investidas muchas con el título de duquesas, con gran desenfado de sus amores y poniendo en juego para conseguir sus propósitos los ardides más sutiles del ingenio.

En el detenido análisis que dejó escrito Tirso en sus comedias del corazón femenino, casi siempre aparece la mujer recompensando con la inconstancia los anhelos de su amador.

Que la mujer más amante
es, en efecto, mujer

se lee en *El burlador de Sevilla*. Por tal razón, muchas veces finge no recordar sus palabras. Así lo dijo en *Amar por arte mayor*:

En la mujer, son las horas
siglos..... ¿Quién se ha de acordar
de un siglo?

Y por el contrario, queriendo, cuando no es correspondida, aunque disimule y aparente otra cosa,

La mujer
aborrece cuando adora
y adora cuando desprecia,

escribió en la obra citada, y añadió en *Celos con celos se curan* que es

Arrogante, si querida;
terrible, si despreciada.

Tirso las compara, por esta causa, con la sombra, valiéndose de las siguientes frases, que pueden leerse en *Palabras y plumas*:

Terribles sois las mujeres,
pues á la sombra imitáis,
y, como ella, cuando amáis,
leves, del que os sigue, huís;
al que os desprecia, seguís,
y al que os adora, engaños.

Con empeño singular se esforzó el castizo vate en hacer que resaltase, sobre todos los defectos que reconocía en la

mujer, el de la inconstancia, cuyas consecuencias es posible experimentarse en alguna ocasión. Puede decirse que en todas sus obras hay alguna alusión, más ó menos clara, á dicha cualidad. Así es que no es extraño que Sirena diga en *El pretendiente al revés*:

si una mujer se mudara,
que en sí la inconstancia lleva...

que en *La villana de Vallecas* exclame Don Vicente, justamente incomodado:

¡Malhaya quien confianza
hace en el desasosiego
de la femenil mudanza!

que Ludovico se queje á Isabela, en *Amar por razón de Estado*, en estos términos:

Pagas mal á un bien querer;
inconstante en la firmeza;
pródiga de tu nobleza;
mudable, en fin, cual mujer;

que en *La villana de la Sagra*, Don Luis, refiriéndose al amante de Inés, diga á Angélica:

¡Dichoso él,
pues es el primer amante
que halla una mujer constante!

que en *Amar por arte mayor* exclame uno de los personajes:

¡Busque en los mares firmeza
quien en las mujeres fía!

que en *Celos con celos se curan*, donde se asegura que sólo en *el mal es la mujer constante*, se afirme que

la mujer es un sujeto
tan leve y sin fundamento,
que en su varia confusión
reinan, ciega la razón,
efímeros pensamientos;
jardín de diversas flores
que, con inconstancia vana,
nacen hoy, mueren mañana,

y, por último, que en *El amor y la amistad* se lean las siguientes aseveraciones:

Un vidrio que no se quiebre,
una caña firme al viento,
un mar sin tener mudanza,
una segura esperanza
á prueba de sufrimiento;
una belleza invencible
á la riqueza y poder;
ser constante una mujer...
cosas que son imposible.

Fuera de la inconstancia, el maestro Tirso reconocía en la mujer mayor suma de condiciones adecuadas para la ejecución del mal que para la realización del bien. El origen de esa tendencia proviene, según lo que se sostiene en una de las obras ya citadas, de

la heredada imperfección
de nuestra madre primera,
que escogió, como mujer,
lo que nos echó á perder...

Así es que casi todas son muy dadas á *mentir*. Advertencia consignada en varias de sus comedias, ya cuando afirma que

¿quién de palabras fía
de mujeres?

ó ya cuando escribe que sólo *Belcebú es capaz de entenderlas*. También estos *monstruos fieros y demonios*, según las califican Carlos en *El pretendiente al revés* y Aguado en *La villana de Vallecas*, son unas veces *blandas como la cera* y otras *tercas hasta quitarse la vida*, sólo porque han dicho, como Sirena, que lo harían.

Solicitadas por varios hombres, *escogen lo peor* la mayoría de las veces, y en ocasiones experimentan caprichos extravagantes, que quieren satisfacer á toda costa: por esto dijo Tirso, por boca de Doña Inés, en *La villana de la Sagra*:

¿Qué provincia ó qué nación,
 qué montes inaccesibles,
 qué peligros, qué imposibles,
 qué marañas, qué ficción,
 qué empresa nunca intentada,
 qué guerra de más poder
 no emprenderá una mujer
 cuando está determinada?

Nada hay que notar acerca de la fragilidad de las mujeres, pues

que la más firme mujer
 frágil cuerda viene á ser
 y la más cuerda de lana,

por cuya causa podía Eurico (*El condenado por desconfiado*)
 decir con mucho alborozo:

Seis doncellas he forzado,
 ¡dichoso llamarme puedo!
 pues seis he podido hallar
 en este felice tiempo;

pero sí advertir, con el maestro, el poco caso que debe hacerse de los melindres y reparos de la mujer, por

que siempre las que hacen burlas
 vienen á quedar burladas,

y del cuidado que aquéllas deben tener en no exponerse á las críticas de los maliciosos, pues

la mujer en la opinión
 siempre más pierde que gana,
 pues son como la campana,
 que se estima por el son.

Una advertencia las hace también sobre el recelo con que es menester que miren á esos parientes suyos que se llaman *primos*, pues

tal vez entra amor por primo
 y se queda por amante,

y otra hace á los hombres, con respecto á las damas timoratas y gazmoñas, cuya fingida discreción suele ser

el cebo de sus vicios:
con ella engaña á los necios
y los estafa á los lindos.

En cuanto á las aficiones de la mujer, la pintura que de ellas nos ofrece Tirso, es de las más exactas y completas que pudiera desearse. En *Palabras y plumas*, por ejemplo, el lector puede encontrar esta estrofa:

Una mujer
que se acostumbra á comer
desde pequeña veneno,
con cualquier otro alimento
siente daño y pesadumbre;

en *El pretendiente al revés*, esta otra, que dice relación con uno de sus placeres favoritos:

Por bailar
no comerá una mujer
ni dormirá en todo el año,

y en *La celosa de sí misma*, Magdalena, hablando con una amiga, la dice la verdad siguiente:

Maravilla
fuera, siendo tu mujer,
no morirte por saber,

pensamiento repetido en otra forma en un diálogo entre Don Pedro y una Duquesa que se halla en *Amor y celos*:

—¿Vos tan curiosa en saber
mis cosas?

—Si soy mujer,
¿qué os admira?

Que en la época de Tirso, como en la nuestra, eran dadas á embellecerse el rostro con pinturas y afeites, lo delatan estos versos de una de las comedias citadas:

Sois mudables, ¿qué queréis,
si en señal de eso os ponéis
en la cara tantas mudas?

y que les agradaba, también como ahora, adornarse con

vistosos trajes, lo declara Santillana en la graciosísima obra *Por el sótano y el torno*, en estos términos:

¡Bonitas
son! Si en carnes anduvieran,
de la misma carne hicieran
guarnición las mujercitas,

como su apego al dinero, que *les hace perder la memoria*, y de su prurito por figurar en todo espectáculo donde puedan divertirse. Por eso se dice en *No hay peor sordo*:

¿De fiestas, siendo mujer
te excusas? ¡Milagro ha sido!

Fácilmente dan las mujeres en su pecho cabida á los celos. Esto lo sabe todo el mundo; y, por lo mismo, no había de dejar de consignarlo el famoso Tirso, que nos asegura que no

hay Argos tan llena de ojos
como una mujer celosa,

y que su mayor venganza es entonces *la disimulada*, sin que perdone para conseguir aquélla ningún medio, pues hasta suele hacer caso de los que la proporcione otra mujer, *su mayor enemigo* por lo común. Pero sus iras, por grandes que sean, no suelen ser temibles, por lo cual se dice en *El vergonzoso en Palacio*

que son caballos de Francia
las iras de la mujer.
El primer ímpetu, extraño;
pero al segundo, se cansa.

Respecto de sus *intenciones*, véase lo que el poeta pensaba, él sabría con qué fundamento, en *No hay peor sordo*:

Dos días tienen de gusto
las mujeres, si no yerran
los que sus acciones tasan,
y son en el que se casan
y al que á su marido entierran.

Y en cuanto á su diligencia

en aborrecer y amar,
son ejecutivas todas,

del mismo modo que son también más previsoras que el hombre y están dotadas de mayor instinto. Á Don Grao se lo explica de este modo Doña Marta en *El amor y la amistad*:

Siempre somos las mujeres,
si lo pretendes saber,
mucho más largas de vista
que los hombres. Penetramos
las almas, cuando miramos,
sin que el cuerpo lo resista.
A Eva creó después
Dios que á Adán, y aunque postrera,
fué, en ver la fruta, primera,
de tan costoso interés.

De ese análisis del corazón femenino, ofrecido á los lectores por Tirso en sus comedias, resulta que ni la mujer soltera, ni la casada, *que aun á sus maridos hacen terceros de sus gustos*, ni la viuda, á la que cree *capaz de todo*, merece esa especie de culto idolátrico que la rindieron los demás poetas á él contemporáneos en sus respectivas obras, prodigándolas sistemáticamente las alabanzas más pomposas y ensalzando por rutina todas sus cualidades y condiciones. Cosa que no debe hacerse, según Tirso, en beneficio de ellas mismas, porque luego

no hay diablo que las resista.

Nuestro sesudo poeta no negaba las buenas prendas de la mujer, pero más experimentado ó más escarmentado que los vates de su tiempo, no se fiaba de ellas. Así lo expresa en *La villana de Vallecas*, cuando hace que Serafín exclame:

Serafín bien puede ser;
mas no creo en serafines
que por andar en chapines
son fáciles de caer;
y serafines caídos
ya se ve que son demonios.

Juicios que, expresados con tal franqueza en aquella épo-

ca, originaron una verdadera revolución, levantando tempestades de censuras que se desataron contra el poeta Tirso, hasta conseguir, según los críticos, formar en derredor suyo una atmósfera de dudas y enojos, que fué causa de que sus obras se representaran muy pocas veces.

Pasado el tiempo aquel, de entusiasmo por la mujer, la posteridad, que con sereno juicio ha examinado sus comedias, ha colocado á Tirso entre los primeros poetas de su siglo, y sus opiniones, que hoy son harto sabidas de todo el mundo, no por haberseles dado publicidad, sino por haber sido muchos los autores que participando de sus ideas han escrito de conformidad con ellas, son consideradas como muy justas y muy verdaderas. Pero, de todos modos, necesario es reconocer que si hoy no producen efecto, en aquella época se necesitaba mucha independendencia de carácter y mucha decisión y arrojo para decir, como dijo Tirso, por boca de Tarso, en la escena cuarta del acto primero de *El vergonzoso en Palacio*:

¡Que no tendrá miedo al diablo
quien no teme á una mujer!

C. MORENO GARCÍA.





EL ÚLTIMO ESTUDIANTE ⁽¹⁾

I

Gozan fama en el mundo, entre las mujeres hermosas, las de negra volcánica mirada, alborotada cabellera, color del azabache, tipos de la tierra africana con todo el ardor y toda la lozanía de las comarcas predilectas del sol. Dispútanles la palma á estas bellezas meridionales las hijas del Norte, que tienen la frialdad del hielo y la severidad de la agreste naturaleza de sus tierras, de ojos azules, blancas facciones y dorados cabellos. Felisa no era ni lo uno ni lo otro; pero aunque no se ajustase á estos tipos clásicos de belleza, quizás diese solución á su rivalidad, llevando la palma.

Era de bien formado cuerpo, graciosa y esbelta, serenas facciones admirablemente delineadas, sonrosado color, de suave y delicado matiz, ojos grandes castaños, poblada y larga cabellera, sonrisa ápacible y gracia en todo su ser exquisito.

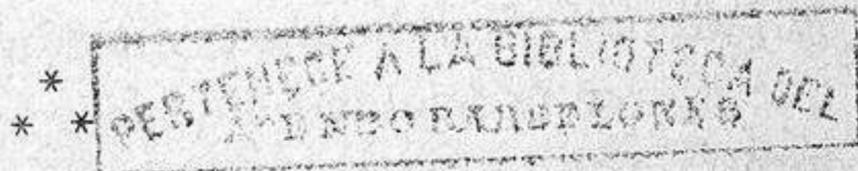
(1) Á poco de salir á luz esta hermosa novela de nuestro querido amigo el insigne literato y orador elocuente Excmo. Sr. Marqués de Figueroa, se agotó la edición. Graciosamente autorizados por el autor la reproducimos ahora, seguros de que nos lo agradecerán los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

(N. de la R.)

Felisa vivía con su madre en la Rúa de San Pedro y en la acera derecha, según se va de la ciudad, en humilde pero risueña casita, al lado de otra de negra cantería, ancho portal, balcón corrido y escudo, pero sucia, fea y destaralada.

Felisa y su madre tenían tienda. La casa era reducida: dos pisos, dos ventanas en cada uno, y en la planta baja una puerta y otra ventana. Detrás de los limpios cristales de ésta había paquetes de pimentón y de pastas, velas de esperma y de sebo, bacalao, cajas de fósforos, cuerdas de esparto, sombreros de paja, etc. Dentro de la tienda y detrás del mostrador, entre el cual y la pared quedaba el espacio necesario para pasar á las habitaciones una persona mientras compraba otra, había varios sacos de arroz, garbanzos, habas, etc., á medio vaciar algunos, llenos otros; colocados en la pared, sobre tablones forrados de papel amarillo, jabones, quesos del país, cajas de pasas y de higos; colgando del techo algunos jamones y sobre dos docenas de chorizos.

Lo que daba á todo aquello cierta coquetería y hechizo, eran la pulcritud y el esmero con que estaba la modesta tienda arreglada, y la limpieza que resplandecía en los menores detalles.



La sexagenaria señora Teresa, que así se llamaba la madre de Felisa, había pasado muchos disgustos en este pícaro mundo. Casada, en primeras nupcias, con un capitán de Guardia civil, de la clase de tropa, fué maltratada por él, como puede serlo un quinto en su época de aprendizaje por un cabo furriel; un hijo único que tuvo murió gloriosamente como bravo soldado, defensor en Cuba de la integridad de la patria. Á poco su marido, Dios le haya perdonado, fué asesinado bárbaramente en la provincia de Burgos por una partida de malhechores. La señora Teresa volvió, por tan triste motivo, desde Burgos á Santiago, su tierra, donde al cabo de dos años se casó, en segundas nupcias, con un hombre de bien á carta cabal, sacristán hasta el día de la boda

en un convento de monjas. La amistad de la señora Teresa con la abadesa del convento dió ocasión á que trabara con el sacristán conocimiento, que por sus pasos contados pasó á amistad, relación amorosa y matrimonio. La abadesa del convento era hermana de la Condesa de Vilar, en casa de la cual señora había servido en sus mocedades la madre de Felisa, siempre protegida, con tal motivo, por la ilustre Condesa y por su hermana la abadesa del convento.

No mucho después de su segunda boda, nuevos desgraciados sucesos sumieron en profundo pesar á la señora Teresa, extirpando los gérmenes de verdadera dicha que comenzaban á arraigar en su alma. Al mes de nacida, murió una niña, primer fruto de su matrimonio, y al año siguiente, cuando contaba tres meses de existencia Felisa, pasó á mejor vida su padre, de resultas de un fuerte ataque asmático.

Precisamente, cuando se casó con el sacristán, la señora Teresa puso la tienda, mediante un anticipo de la Condesa de Vilar; y no mucho después, por su buena y llana condición, tenía la tendera de la Rúa de San Pedro simpatías y parroquia. En el tiempo en que ocurren los sucesos que he de referir, su estado de salud no era tranquilizador; estaba gruesísima, con la gordura fofa y grasienta de la edad senil. Respiraba con trabajo; sólo andaba con los pies arrastra, y deteniéndose á menudo. Sentada todo el santo día en el tenducho, recordando desdichas lejanas, complacíase en contemplar á su hija, y así solíase quedar como absorta, hasta que cualquier ruido interrumpía su ensimismamiento, y entonces, moviendo quedamente los labios, murmuraba por sus muertos una oración. La pobre anciana, con un pie ya en la sepultura, cargada de años y de males, era sin embargo verdaderamente feliz. La que de joven, había sido una real moza—¡lo que pueden los años!—ni un rastro conservaba de su antigua belleza. Diríase que toda se la había transmitido á Felisa al darla el ser.

Felisa, lo mismo que hermosa, era buena, natural y sencilla. Sólo con visitar sitios públicos, hallaría solaz y apasionados á docenas; pero nada se la daba por esto, y apenas

salía alguna buena tarde con su madre á dar corto paseo hasta los Concheiros, obedeciendo á prescripción facultativa; todas las mañanas, eso sí, á oír misa de siete en las *Animas*, y alguna á visitar, antes ó después de oír misa, al Santo Apóstol en la catedral ó la Virgen del Rosario en el convento de monjas consabido. No faltará quien al llegar aquí avinagre el rostro, frunza el ceño y, ya de mal talante, murmure: «¡hum! beata tenemos»; pues tranquilícese el que tal sospeche, que ni Felisa era beata, ni lo parecía siquiera. Aunque practicaba aquellas devociones y otras más, y vivía en completo retiro, ni andaba con la vista clavada en el suelo, ni se escandalizaba al hallar en los demás faltas de que carecía ella, ni hablaban siempre sus labios de cosas santas, caracteres todos de beata que no reunía, y eso que muchas llamadas beatas encontrarían en Felisa no poco que imitar.

Cuidar de su madre, prolongar con atenciones y cuidados los días de su quebrantada existencia, éste era su mayor cuidado, ésta su principal preocupación. Ni apasionada ni soñadora, veía correr los días tras los días desde la modesta tiendecilla, sin que su ánimo se inquietase nunca, sin que su boca se abriese para bostezar, aburrida, hastiada de vida tan monótona.

Felisa era buena y bonita, si las hay en el mundo. No faltan en Santiago muchachas que tengan la una ó la otra cualidad, ó ambas á un tiempo, pero ninguna en grado tan alto como Felisa. Parecerá hiperbólico el elogio, y es, sin embargo, simple juicio desligado de todo sentimiento que no sea el de justicia.

II

Á mediados de Octubre del año 187..., esto es, con quince días de retraso, poco más ó menos, llegaba á Santiago Ambrosio Vidal, estudiante de segundo año de derecho.

Montado en aparejo redondo, sobre jaco que no era sino estrecho y flaco, y precedido de espabilado espolista, subió

á la ciudad por el Camino Nuevo (carretera de Pontevedra) á trote cochintero, sin parar mientes en nada de lo que á su alrededor veía, todo para él conocido, puesto que, estudiante en Santiago el curso anterior, había tenido tiempo en sus ocios, que fueron muchos, para aprenderlo.

Ambrosio Vidal era de marcial aire, regular estatura, pelo rubio ensortijado, ojos azules, claros, descarados y atrevidos como su lavada cara, á que daba alegre aspecto maligna y burlona sonrisa.

Llevaba inclinado sobre la ceja derecha el sombrero, color ala de mosca, y despedía por el lado izquierdo de su boca humo de una mala tagarnina. No mal portado en su traje, bien colocado en el albardón, parecía novelero personaje, caballeresco vestigio del pasado romanticismo; en cambio su jaco infundía sospechas de si sería manchego y descendiente en línea recta del conocidísimo *Rocinante* en que montaba D. Quijote.

El mozo dió muestra de su despreocupación cruzando en tal guisa el pueblo por lo más céntrico, aunque parezca mentira, y oyendo más bromas que si estuviera en pleno Carnaval, porque á la cuenta era ya popularísimo en Santiago.

Entró por la puerta Fagera, no sin que su jamelgo sufriese irónico denuesto de achalanado alquilador en Pitelos de *corceles* tan buenos como aquél, sino peores; siguió por *Bautizados*, y allí reparó las lucidas albardas de clara piel y dorados clavos, los estribos de zapato cómodos y recios, las engalanadas y flamantes cabezadas, los arreos todos, en fin, que adornaban en abigarrada confusión el portal de los guarnicioneros, y entonces notó Ambrosio lo ennegrecido, viejo y destartalado de los arreos suyos; lo cual no quiere decir que sintiese vergüenza, bochorno, ni cosa parecida.

Cruzó el Toral, subió el Cantón, y se perdió luego en las estrecheces de las retorcidas calles de las *Huérfanas* y la *Calderería*, para salir al comercial *Preguntoiro*, donde subieron de punto las risas y las bromas, no agrias y duras, sino amistosas, con que le daban afectuosa bienvenida sus compañeros y amigos.

—¡Hola, Trucha!—decíale aquí con voz bronca, saliendo entusiasmado de un corro, un estudiante de medicina.—¡Chispillas en campaña! ya nadie se aburre en Santiago—gritaba con voz atiplada uno de farmacia.—¡Oh, insigne Trucha, pez de calidad, pájaro de cuenta!—añadía un tercero de derecho alargándole la mano. Y para todos tenía nuestro Ambrosio una salida aguda, un dicho oportuno, una frase picante.

Al barullo de aquellos muchachos se acercaron otros y otros, y aun se pararon los transeuntes á contemplar la catadura estrafalaria del jaco y la graciosa del jinete; resultando que á los pocos momentos el paso hallábase obstruído.

El guardia municipal, de uniforme azul (destrozado y sucio por más señas) con botones plateados, «cara de máscara sobre cuerpo de palo», según calificación de Ambrosio, que con donaires tales alborotaba el cotarro, se acercó al grupo en ademán hostil, con ceño de capitán de foragidos, denotando harto bien que le movía el deseo de satisfacer alguna venganza. Aquella tropa le había jugado muchas; deseaba meterla en vereda haciendo un escarmiento, y como la ocasión la pintan calva... hé aquí que creyó llegada la ocasión. Iba en aumento el número de curiosos: ya pululaban por allí esos correveidiles, vagos que no hay pueblo que no tenga, adivinadores, por rara intuición, del lugar donde ocurre algo que husmear luego en la tertulia, ó que referir en la redacción del periódico.

No había ocurrido nada de particular; pero aquella multitud se apercibía á la resistencia; las multitudes, fiándose en el número, siempre se resisten á la autoridad. Todos sospecharon que ocurría algo grave; que los estudiantes allí reunidos, de armas tomar la mayor parte, armarían alguna. El ridículo se abrió paso. El guardia municipal, en un arranque melodramático de indignación, dijo: «Están ustedes *interpretando la vía*». Y ya por el dicho, ya por quien lo decía, tantas fueron las risas, que apenas se oía la voz de Ambrosio, que puso sal y pimienta al lance, burlándose á su sabor del pobre guardia, que, inmóvil como una estatua y cari-

acontecido por lo imprevisto del éxito, presenciaba la derrota de su autoridad. El flaco del guardia era la gramática. Decía *embalsamado* por embaldosado, *maroma* por aroma, *higo* por hijo... y así á este tenor. Puso Ambrosio fin á la famosa escena disolviendo los grupos al galopar de su rocinante.

No sólo de aquel guardia, sino también de los demás guardias, *villets* por mal nombre (que apenas hay quien sólo tenga el bueno en Santiago), era constante tormento la patrulla capitaneada por Ambrosio (a) Trucha, que apenas se daba punto de reposo en sus calaverescas aventuras.

Santiago, con sus torcidas calles, sus desiguales casas, sus irregulares arcos, que no permiten al alumbrado esparcir tanta luz como sombras, envuelto en las largas noches de invierno con manto de densa niebla, es escenario muy idóneo para toda clase de aventuras y de lances.

III

Una casa destartalada, que no obedecía á plan arquitectónico ninguno, que reñía, es más, con todas las reglas de construcción, que apenas se concebía cómo estaba segura, pero que, sin embargo, lo estaba, según lo acreditaban varios recientes reconocimientos, tal era la morada de Ambrosio. Formábanla dos pisos: el segundo abuhardillado, y el primero estrechos y reducidos; caso paradójico en Santiago, donde las casas grandes, aunque viejas, tienen siempre la comodidad que prestan la anchura y el desahogo.

En lo exterior de la casa llamaba la atención, ó hería la vista, mejor dicho, un balcón pintado de color verde rabioso, que hacía singular concierto con el rabioso encarnado con que habían pintado las ventanas.

Era la primera vez que paraba allí Ambrosio; pero la posadera conocíale de referencias, y por eso le puso mala cara, y lo que es más grave, le pidió por adelantado algunos

cuartos. ¡Y qué especial oratoria la de aquella su nueva patrona! ¡Y qué absoluta carencia de modestia! La cual nada recomendable condición, corregida y aumentada por su menos recomendable mojigatería, cargó sobremanera al estudiante que, desde luego, le negó el anticipo de cuartos que solicitaba... Por supuesto que la posadera se fué conformando. Llamábase la mujer Apolonia, y siempre estaba á vueltas con su santa, que maldito si la correspondía con sus atenciones, siquiera poniendo fin á los pertinaces dolores de muelas que tanto contribuían á avinagrar el genio diabólico de aquella insoportable mujer. Si comenzaba á hablar, y hé aquí otra de sus excelentes condiciones, nunca concluía... —Señorito, está muy caro todo; la Virgen Santísima nos valga... ¡Qué tiempos nos han tocado, señorito!... ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!... Suben las puertas, las carnes encarecen, el pescado falta... Nuestra Señora del Carmen nos dé fuerza...—¡Mal rayo!—decía interrumpiéndola Ambrosio; y ella se santiguaba, llenaba de bendiciones á toda la corte celestial, y murmuraba al retirarse, echada con cajas destempladas por el estudiante: «Virgen Santísima, está perdida la juventud... ¡Bendito y alabado sea! etc.»

Cualquiera comprendía que aquella fingida virtud era la moneda falsa de la piedad. Doña Apolonia—no le escatimaré un don que siempre se daba, aunque no le tenía—prestaba desde el doce por ciento en adelante... por supuesto con hipoteca.

Ambrosio pensó en mudarse á cualquier otra posada; pero recordó sus experiencias del curso anterior, y decidió no hacerlo. Porque en el curso próximo anterior, no habría estudiado muy á fondo sus asignaturas, pero de las casas de huéspedes, vulgo posadas, había hecho formal y concienzudo estudio; podía, pues, en cuanto á esto, ya que no en cuanto á las bagatelas científicas, como él llamaba á la ciencia justiniana, al inmortal derecho romano, estudiado en sus más microscópicos detalles, en el nada microscópico libro del Excmo. Sr. D. Pedro Gómez de la Serna; podía, digo, formular verdaderos axiomas, resultado de su expe-

riencia, y compuesta de éstos, redactar curiosísima guía del Santiago posaderil ú hospedero.

Había vivido, solo en los ocho meses del curso anterior, en el Camino Nuevo, en las Huertas, en San Roque, en la Puerta de la Peña, en la Rua de San Pedro y en el Inferniño de Abajo. Con una ama que no sabía las cuatro operaciones aritméticas, ó que si las sabía olvidábalas cada vez que hacía á fin de mes la cuenta... pero no en contra suya, por supuesto; con otra más fea que Picio, pero que tenía consigo agraciada sobrina, de que se enamoró ó hizo como que se enamoraba Ambrosio, por lo que la tía le puso entre la espada y la pared, dándole á elegir entre la mano de su hija ó la inmediata muda... que, naturalmente, escogió; con otra que jamás ponía las comidas á su hora, por los extraordinarios quehaceres... y no tenía más huéspedes en casa; con otra, en fin, porque, celosa de su marido, un Juan Lanás, que debía serlo de ella, armaba todas las noches de Dios soberanos escándalos.

Todas ellas, amén de los señalados defectos que las caracterizaban, tenían varios que les eran comunes: pecaban de inverosímilmente lacrimosas y cuenteras, intempestivas é inacabables ponderadoras de sus desgracias, malas guisadoras é importunas hasta no poder más; con las cuales partes y prendas, ¿qué extraño es que Ambrosio, acostumbrado á peregrinar por docenas de casas hospederiles, y á ser profundo conocedor de tales lugares, donde toda incomodidad *hace su asiento*, los detestase con alma, vida y corazón?...

Bien veo, dicho sea en descargo de las pupileras de Santiago, y Dios me libre de caer en sus manos si no les satisface lo que añada; bien veo que el *diario* no suele ser grande, y que en intemperancias, sin que haya las excusas del sexo, se las suele corresponder; bien veo que los tiempos no corren propicios y que no cuesta ya un ochavo el ciento de sardinas, como en los del Rey Carlos I, resultado de todo lo cual es el oficio llevado de Judas... Pero sufrieran tamañas contrariedades con resignación, y se harían merecedoras de un lugar en lo más alto del empiro.

IV

Conviene, para la mejor inteligencia de la presente historia, que suspenda al llegar aquí la relación para dirigir una mirada retrospectiva hacia el pasado de Ambrosio.

Llamábase Pedro el padre de éste, pero era más conocido por el mote, y de mote llamábanle *Raposo*. Era secretario de ayuntamiento, enriquecido por obra y gracia de los modernos sistemas políticos, y de su osadía é intriga admirables para proteger los bastardos intereses de un empingorotado político, fautor y cómplice—como tantos otros que blasonan de hombres de orden, verdaderos Tartufos de la política—de burdos é inmorales amaños.

El padre de Ambrosio, de pobrísimo origen, pues empezó de escribiente, cuando llegó á secretario se casó con una mujer astuta, dispuesta para toda clase de asuntos como pocas, y no más escrupulosa, en punto á conciencia, que su marido ó el personaje patrocinador.

Pedro Vidal, amén de negociador sin reparos, roñoso, hizo muy pronto acaudalado; bien es verdad que fortunas de tal suerte adquiridas, sin lograr la dicha propia y estorbando la ajena, son bien poco envidiables, ó despreciables, mejor dicho.

Aunque el padre y la madre de Ambrosio eran tal para cual, aunque de todo en todo convenían, y se podría con exactitud decir que ni nació mujer alguna más digna de aquel hombre, ni hombre alguno más digno de aquella mujer, es lo cierto que siempre andaban á la greña.

Quizás porque, á la manera que dos negaciones afirman, dos malicias se destruyen, acaso porque dió un *salto atrás* moral el niño Ambrosio, ello es que nació de buen natural, que en manera alguna admitía cotejo con sus padres. Sólo sí que, viviendo siempre al lado de éstos, que ni lo más mínimo se cuidaron de su educación, resultó traviesísimo muchacho; ni más ni menos que lo hubiera sido el de más recta alma, el más inocente y bien intencionado que se pudiera

decir ni pensar, abandonado á sus instintos y pasiones. Fué, tal vez, la desidia de sus padres causa de que contrajera en sus primeros años maligna enfermedad, que puso en peligro su vida é impidió en lo físico su desarrollo. Resultó así de no fuerte contextura, y aunque andando los años robusteciése bastante, siempre hubo, así y todo, notable desarmonía entre su espíritu decidido y emprendedor y su cuerpo débil; y en quien quiere tropezar con dificultades y vencerlas, sobreponiéndose á ellas con la firmeza de su alma, es grave contra que no acierte á corresponder á ésta la fuerza de su brazo.

Si alguien hubiera imbuído en el espíritu de Ambrosio nobles ideas y propósitos levantados, y hubiera, además de esto, adiestrado su cuerpo; si no se hubiese, á lo menos, criado en aquel medio de vida canallesco en que atendía su padre, chupóptero de la peor especie, á especular en perjuicio de la honrada pobreza de la gente de su ayuntamiento, ¡quién sabe si, empujado por favorables circunstancias, hubiese llegado Ambrosio á ocupar un puesto entre los hombres que valen en el mundo!

Con su pelo rubio, que tiraba á dorado, sus azules ojos, su blanca y apretada dentadura y animadas facciones y porte elegante, se distinguió Ambrosio desde sus primeros años entre la caterva de niños grotescos, de facciones duras y negras, de andar desairado, que por todos los poros de su cuerpo respiran tosquedad y ordinariez.

Y desde los primeros años, en los juegos con sus camaradas, flojo y débil, pero mañoso, se sobrepuso á éstos, corroborando el sabido refrán «más vale maña que fuerza». Sólo que en aquel caso, más aún que su maña, triunfaba su osadía, pues más vale osadía que maña y fuerza juntas.

.....

.....

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

(Continuará.)



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Pachín González, por D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.—*Madrid*, 1896.—En 8.º, 173 páginas: 3 pesetas.

Como seguramente hablará de esta obra en la sección de *Acontecimientos literarios* nuestro colaborador D. Melchor de Palau, aquí sólo nos toca decir que acaba de publicarse aquélla y que toda la prensa bate palmas con justicia. *Pachín González*, nombre del protagonista, sírvele al egregio escritor para referir por modo admirable la espantosa explosión del buque *Cabo Machichaco*. Queda el lector, al llegar al término del libro, bajo impresión hondísima; emocionado y con escalofrío en todo su cuerpo. Y cuenta que el autor de *Peñas arriba*, á la par que narra con asombrosa realidad y energía el terrible aspecto que presentaba Santander, no llega nunca á decir nada que resulte repugnante ó repulsivo. Alguien aseguró, al acaecer la catástrofe, que para pintarla fielmente se necesitaba ser un Dante: Pereda ha probado que no es menos vigoroso escritor que el gran poeta italiano.

*
* *

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

Le réalisme métaphysique, par EMILIO THOUVEREZ, doctor en letras, profesor auxiliar, etc.—Paris, Félix Alcan, editor.—En 4.º, 292 páginas: 5 francos.

El autor se ha propuesto combatir un equívoco y obligar á las doctrinas ambiguas, llamadas conciliadoras, á que declaren francamente cuál es el concepto que se forman de lo que no existe en las cosas ni después de ellas, sino antes. Señala los puntos fuertes y débiles de las doctrinas extremas, é indica la necesidad de un término medio.

El nominalismo suprime la ciencia y hace imposible la inducción; el realismo extrae de la realidad todo lo que tiene de real, y concluye poco á poco en la sombra. El problema está en probar á la vez que la ley es real y que su realidad es distinta de lo sensible. El conceptualismo no ha resuelto este problema. El Sr. Thouverez, en su libro, demuestra que cree firmemente en la coherencia de las cosas, en la primacía del espíritu y el pensamiento y en la realidad eficaz de Dios.

*
* *

Les caractères et l'éducation morale. Estudio de psicología aplicada por FEDERICO QUEIRAT, profesor de filosofía en el Colegio de Mauriac.—Paris, Félix Alcan, editor, 1896.—En 8.º VIII-171 páginas: 2,50 francos.

La definición crítica del carácter, con la clasificación y estudio de las principales variedades que presenta, la investigación de las cualidades que el educador ha de esforzarse en cultivar ó producir, al mismo tiempo que la indicación de los medios principales de que pueda disponer para ello, tales son los puntos que se tratan en este libro.

Los ejemplos que vienen en apoyo de las descripciones y análisis están tomados generalmente de personajes históricos, porque en éstos los rasgos, conocidos de todos, aparecen más acentuados y claros.

Este libro se dirige al mismo público que los precedentes del autor: *La imaginación y sus variedades en el niño*, obra de la que acaba de salir á luz la segunda edición; *La abstracción y su papel en la educación intelectual*. Interesa no solamente á los maestros, sino también á los padres, que tanto pueden influir en la formación del carácter de sus hijos.

*
* *

La coltura dei salici, por LODOVICO PICCIOLI, Subinspector de Montes.—Florenca, 1896.—En 4.º, VIII-250 páginas y 46 figuras en el texto: 3 pesetas.

La importancia que de algunos años á esta parte ha adquirido en Italia el cultivo de los sauces y los esfuerzos realizados y que realiza el Ministerio de Agricultura para que se obtenga de aquéllos, tratados por métodos científicos, el mayor provecho posible, han hecho que el Sr. Piccioli se incline á reunir en un tomo los conocimientos elementales relativos á las especies de sauces, crecimiento, clase de terrenos en que viven, manera de cuidarlos y productos que pueden proporcionar.

Acertadamente piensa el autor al describir con amplitud los caracteres de los géneros, especies é híbridos italianos y el modo de facilitar su exacto conocimiento, cosa muy útil, porque apreciando debidamente el valor morfológico y biológico, se distinguen mejor las especies y cabe elegir las más adecuadas, según cada caso, para el cultivo.

Bien puede asegurarse que el Sr. Piccioli ha prestado un gran servicio con su nueva obra, acreciendo además su fama de botánico é ingeniero de montes peritísimo; si nobleza obliga, según dice el antiguo proverbio castellano, no era pequeña la obligación en que se hallaba el hijo de sabio tan ilustre como D. Francisco Piccioli, director, hace mucho tiempo, de la Escuela de Montes de Italia y autor de libros de mérito extraordinario.

El carácter de la REVISTA CONTEMPORÁNEA nos impide hablar extensamente del hermoso volumen *La coltura dei*

salici—que, entre paréntesis, se vende á un precio inverosímil por lo barato,—pero un docto profesor é ingeniero del ramo, D. José Secall, dará su autorizada opinión acerca del mencionado libro en la *Revista de Montes*, y seguramente le hará la justicia que merece.

No hemos de omitir que acabamos de leer un concienzudo artículo de D. Francisco Piccioli acerca de algunos instrumentos fototopográficos.

*
* *

Du fondement de l'induction, por J. LACHELIER, Inspector general de Instrucción pública. Segunda edición.—París, Félix Alcan, editor, 1896.—En 8.º, 176 páginas: 2,50 francos.

Agotada hace años esta notable producción, se ha reimpresso ahora en la acreditada «Biblioteca de Filosofía Contemporánea». El autor ha añadido su trabajo *Psicología y Metafísica*, que publicó en 1885 en la *Revue Philosophique*, también agotado. Á cuantas personas se dedican á los estudios filosóficos agradará saber que pueden adquirir ambos escritos del Sr. Lachelier, tan buscados por su especial valía.

*
* *

Les principes du positivisme contemporain. Exposición y crítica, por JUAN HALLEUX, Doctor en Derecho y en Filosofía.—París, Félix Alcan, editor.—En 8.º, 351 páginas: 3,50 francos.

No es el positivismo sistema que haya formado un solo pensador con sus especulaciones: responde á una manera especial de ser del espíritu moderno. Mientras que la ciencia hacía tocar con el dedo los resultados de sus trabajos, desacreditábase, al decir del autor, la metafísica por fundar sus sistemas en sutilezas arbitrarias y sofísticas. Según el señor Halleux, la una necesita de la otra, y ambas se apoyan mu-

tuamente. La metafísica se extravía fácilmente en los ensueños especulativos del idealismo; pero sin ella la ciencia se reduce á una nomenclatura de hechos.

El autor no ha escrito una historia detallada del positivismo; lo que se ha propuesto es dar á conocer sus ideas fundamentales para criticarlas después y estudiar sus aplicaciones en el campo científico.

*
* *

Otras publicaciones.

Poesías gallegas, por Alberto Camino, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Leandro de Saralegui y Medina. La Coruña, 1896. En 16.º, 65 páginas.—Edición elegante de varias de las mejores y más sendidas poesías de aquel poeta galaico.

Sensaciones de viaje, por M. Díaz Rodríguez. París, Garnier hermanos, 1896. En 8.º, 177 páginas.—Siete capítulos componen este volumen interesante, en los que habla el autor de una aldea lombarda, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles, alrededores de esta ciudad y Constantinopla.

Academia de Bellas Artes de Barcelona. Acta de la sesión pública celebrada el 29 de Diciembre de 1895. Barcelona, 1896. En 4.º, 32 páginas.—Á la reseña que el secretario D. Andrés de Ferrán hace de las tareas de la corporación sigue un excelente discurso de D. José Luis Pellicer sobre la importancia de la enseñanza artística, y luego unas atinadas consideraciones que el afamado pintor y docto catedrático D. José Garnelo dirigió á los alumnos premiados. Sabíamos que Garnelo, muy joven aún, era un excelente artista, que se ha enseñoreado del dibujo y el color; con sus discurso nos prueba que es un pensador y un patriota.

El Ateneo, revista decenal dirigida por D. José Mariano Milego Inglada, abogado y catedrático de Legislación mercantil. Alicante, 1896.—Hemos tenido el gusto de recibir el primer número de este nuevo periódico. Contiene porción de artículos y no pocas poesías; hay mucha variedad en

los trabajos, lo que acrecienta el interés. Nada más justo que aparezca el nombre del fundador de *El Ateneo*, orador grandilocuente que, con su entusiasmo y actividad, ha de ser el alma de la revista; pero quisiéramos que no empleasen en la imprenta letras de tamaño tan extraordinario, que dan á la cubierta el aspecto de esquila mortuoria.

Escalafón del Cuerpo de Topógrafos en 1.º de Enero de 1896 Madrid, 1896. En 4.º, 23 páginas.—Pulcramente impreso y con una exactitud que demuestra el cuidado que ponen en cuantos trabajos se les encomiendan D. Adolfo de Motta, digno jefe del personal en la Dirección del Instituto Geográfico, y su oficial auxiliar D. Gonzalo de Castro, en quien concurren dos circunstancias bien antitéticas: la inspiración de esclarecido poeta de varoniles arranques y el espíritu ordenado y metódico de celosísimo funcionario público. También es merecedor de aplauso el ilustrado regente de la imprenta del Instituto, D. Deogracias Villafranca.

Anuario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid, 1896. En 16.º, 398 páginas.—D. Miguel Merino, sabio eminente y secretario de la docta corporación, luce como siempre sus condiciones envidiables de escritor gallardo y fluído: imposible dar mayor amenidad á asuntos tan áridos de suyo. De nosotros podemos decir que, cuando cae en nuestras manos un nuevo *Anuario*, lo abandonamos todo para leer y saborear hasta la última de sus páginas.

Sanatorios para tuberculosos. Base científica de la secuestación de los tuberculosos en estos establecimientos en su doble fin de su tratamiento higiénico y de la defensa de la humanidad, por el Dr. Valenzuela, médico de número del Hospital Provincial, etc. Madrid, 1896. En 8.º mayor, 71 páginas.

Acta de la sesión pública inaugural del curso de 1895-96 que la Academia y laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña celebró el día 23 de Noviembre de 1895. Barcelona, 1895. En 4.º, 68 páginas.—Merece particular elogio en este folleto el discurso del Dr. D. Luis Dolsa, acerca del tema siguiente: «Concepto de la degeneración y responsabilidad legal de sus productos mentales».

Annuaire de l'Observatoire Municipal de Montsouris pour l'année 1896. París, Garnier-Villars é hijos, 1896. En 16.º, 503 páginas con diagramas y figuras en el texto, 2 francos.—Inserta, como en los volúmenes precedentes, importantes trabajos sobre meteorología, química, micrografía y aplicaciones higiénicas. Sale á luz desde el año de 1872 y goza de crédito universal por la utilidad de las observaciones que da á conocer.

Puntos negros del descubrimiento de América (Estudio histórico crítico), por Luis Vega-Rey. Madrid, 1896. En 4.º, 203 páginas: 4 pesetas.—No cabe duda de que el Sr. Vega-Rey es un escritor laborioso y de variada erudición; así lo demuestra una vez más con su última obra, pero tenemos la desgracia de no hallarnos casi nunca conformes con sus ideas. No se armoniza bien, por ejemplo, que demuestre tanta consideración y respeto para con la Academia de la Historia, á la que dedica su curioso libro, y trate con tanto desdén á la Academia Española, la primera y más ilustre de nuestras corporaciones literarias.

La Ciudad de Dios.—En el número de 20 del corriente son dignos de especial mención los artículos siguientes: *La Antropología moderna*, por el padre Fray Zacarías Martínez; *Influencia de la mujer en la familia cristiana*, por el padre Fray Félix Pérez Aguado; *Los progresos de la Lingüística*, por el padre Fray Julián Rodrigo; *Las máquinas agrícolas*, por el padre Fray Justo Fernández; *Catálogo de escritores agustinos españoles, portugueses y americanos*, por el padre Fray Bonifacio del Moral; *Revista canónica*, por el padre Fray Anselmo Moreno.

La Ilustración Musical.—Nueve años de vida cuenta esta importante publicación que ilustran excelentes grabados y á la que acompañan siempre algunas páginas de música; dirígela el insigne maestro Pedrell, uno de los compositores más talentosos de nuestro país, y en ella colaboran artistas de tanto valer como el padre Eustoquio de Uriarte, agustino y profesor del Real Colegio de Alfonso XII, y D. Gabriel Rodríguez, y poetas inspirados, como el Sr. Morera y Galicia.

Guía palaciana, por D. Manuel Jorroto.—Esta importante y curiosa obra, profusamente ilustrada, se publica por cuadernos, á dos pesetas uno. Inclúyese en ella los retratos de los Reyes y de los principales personajes que intervienen en los actos que aquéllos autorizan con su presencia. Comba es el director artístico. Á los suscritores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA que presenten una faja ó recibo de ésta en la administración de la *Guía*, Sres. Viuda de Hernando y Compañía, Arenal, 11, se les rebajará el 25 por 100.

A.



BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el trigésimonoveno sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 29 del actual, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Los 1.240.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 12.400 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo diez y ocho bolas, en representación de las diez y ocho centenas que se amortizan, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 8 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.945 bolas sorteables, deducidas ya las 455 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 13 de Febrero de 1893.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Sorteo vigésimoprimer de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el vigésimoprimer sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Marzo, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, número 1, principal.

Los 1.750.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 17.500 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo veinticuatro bolas, en representación de las veinticinco centenas que se amortizan, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 19 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 17.384 bolas sorteables, deducidas ya las 116 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga las veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 24 de Febrero de 1896.—El Secretario general, *Aristides de Artíñano*.